

C10

ZOLA

LA BESTIA

HUMANA

1

PQ2498

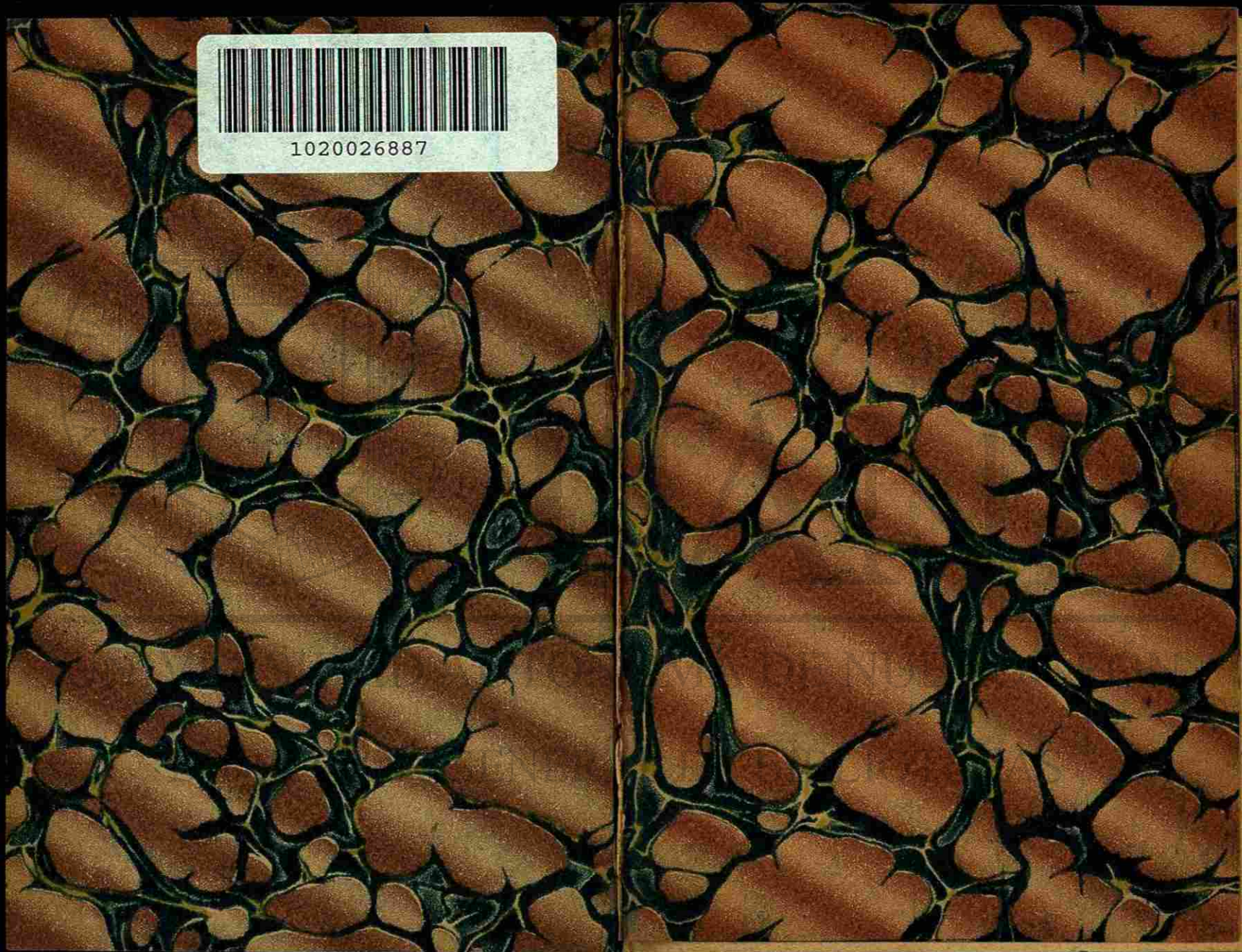
A1

1897

v. 1



1020026887

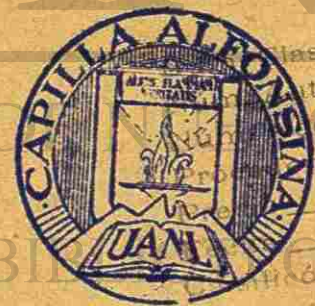


20/



LA BESTIA HUMANA

UANL

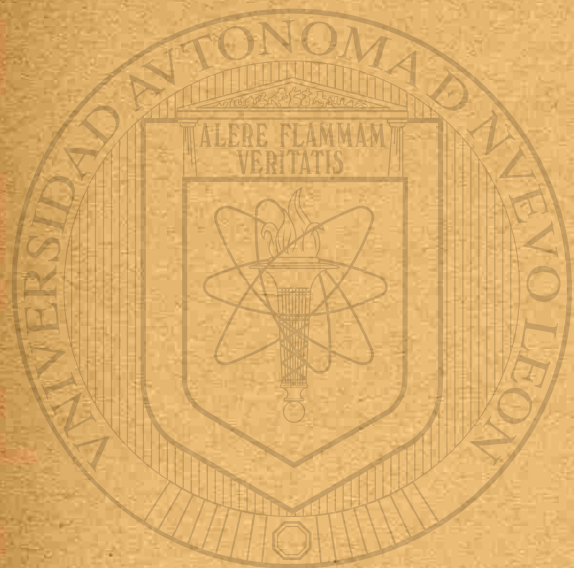


N  
2866  
30859  
-8-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

my



EMILIO ZOLA

LA  
**BESTIA HUMANA**

VERSION CASTELLANA

POR

CARLOS DOCTEUR

SEGUNDA EDICIÓN

VOLUMEN I

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

101170

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

LIBRERÍA INTERNACIONAL DE ROMO Y FÜSSEL

5 - calle de Alcalá - 5

1897

30859

RICARDO GONZALEZ

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA DE INVESTIGACIÓN  
"ALFONSO L. PESQUERA"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

843  
Z.

PA 2498  
A.1  
1897  
V.1



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad del editor.  
Queda hecho el depósito  
que marca la ley.

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL

MADRID.—G. Juste, impresor, Pizarro, 15.

Roubaud  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

# LA BESTIA HUMANA

I

Al entrar en el cuarto dejó Roubaud sobre la mesa el pan de una libra, el pastel y la botella de vino blanco. Pero por la mañana, antes de bajar á su puesto, la señora Victoria debió cubrir la lumbre de la estufa con tal cantidad de cisco, que el calor era sofocante. El subjefe de estación abrió la ventana y se apoyó de codos en ella.

Esto sucedía en el callejón sin salida de Amsterdam, en la última casa de la derecha, una casa alta en donde la Compañía del Oeste alojaba á ciertos empleados suyos. La ventana, que pertenecía á un ángulo del abuhardillado techo del quinto piso, daba sobre la estación, esa extensa zanja abierta en el barrio de Europa, cual bruseo ensanche del horizonte, que parecía agrandarse más en aquella tarde, con un cielo gris húmedo y tibio de mediados de Febrero, impregnado de rayos de sol.

Enfrente, y bajo aquel torbellino de luminosos rayos, las casas de la calle de Roma se con-

fundían y parecían borrar-se. A la izquierda, los muelles cubiertos abrían los enormes portones de cristales ahumados; el de las grandes líneas, inmenso, donde la vista se perdía estaba separado de los otros, más pequeños, los de Argenteuil, Versailles y la Ceinture, por los departamentos del correo y de la calefacción; mientras que el puente de Europa, á la derecha, cortaba con su estrella de hierro la zanja, que se veía reaparecer y seguir al otro lado, hasta el túnel de Batignolles. Y por debajo de la misma ventana, ocupando todo el vasto campo, las tres dobles vías que salían del puente, se ramificaban, separándose en forma de abanico, cuyas varillas de metal, innumerables, iban á perderse bajo las techumbres de los almacenes. Los tres puestos de guardaaguja, delante de los arcos del puente, ostentaban sus desnudos jardinillos. Entre la confusión de vagones y máquinas que llenaban la vía, una gran señal roja se destacaba en medio de la pálida atmósfera.

Durante un momento, interesóse Roubaud, comparando, pensando en su estación del Havre. Cada vez que venía á pasar un día en París, alojándose en casa de la señora Victoria, experimentaba la nostalgia del oficio. Bajo la marquesina de las grandes líneas, la llegada de un tren de Mantes había animado los muelles; y Roubaud signió con la mirada la máquina de maniobras, una pequeña máquina tender, de tres ruedas bajas y apareadas, que comenzaba á desenganchar el tren, ágil, laboriosa, empujando los va-

gonos sobre las vías de los depósitos. Otra máquina de gran potencia, una máquina de exprés, con dos grandes ruedas devoradoras, esperaba sola, arrojando por su chimenea un espeso humo negro, que subía recto, con lentitud en el aire tranquilo.

Pero toda la atención de Roubaud se concentró en el tren de las tres y veinticinco, con destino á Caen, lleno de viajeros y que sólo esperaba su máquina. Roubaud no podía distinguirla, parada al otro lado del puente de Europa; oíala no más pedir vía con breves y repetidos silbidos, cual persona que se impacienta. Una potente voz lanzó á los espacios cierta orden, y la máquina respondió, por un breve silbido, que se había enterado. Antes de ponerse en marcha, hubo un silencio; fueron abiertos los purgadores, y el vapor silbó rasando con el suelo en un chorro ensordecedor. Y entonces vió salir del puente aquella blancura que se aumentaba, arremolinándose como un vellón de nieve, lanzado al través de los armazones de hierro. Todo un ángulo del espacio estaba blanquecino, mientras que las bocanadas de humo de la otra máquina agrandaban su negro velo. Por detrás, se ahogaban prolongados sonidos de bocina, voces de mando y sacudimientos de las placas giratorias. Abrióse un resquicio, y pudo ver, allá, en el fondo, un tren de Versailles y otro de Auteuil, que se cruzaban, ascendente el primero y descendente el segundo.

Cuando Roubaud se iba á quitar de la ven-

tana, una voz que pronunciaba su nombre le hizo inclinarse y reconoció debajo de él, en el cuarto piso, á un joven de unos treinta años. Enrique Dauvergue, conductor jefe que allí vivía con su padre, jefe adjunto de las grandes líneas, y con sus hermanas, Clara y Sofía, dos rubias de diez y ocho y veinte años, adorables, que sufragaban los gastos de la casa con los seis mil francos de los dos hombres, en medio de una continua alegría. Oíase reír á la mayor mientras que la menor cantaba, y unos pájaros de las islas, en una jaula, rivalizaban con sus gorjeos.

—¡Hombre! señor Roubaud, ¿de modo que está usted en París?... ¡Ah! sí, por lo sucedido con el subprefecto.

Apoyado de nuevo en la ventana, explicó el subjefe de estación, que había tenido que salir del Havre aquella misma mañana, en el exprés de las seis y cuarenta. Una orden del jefe de explotación le llamaba á París, y acababan de sermonearle de lo lindo. Pero todavía se daba por muy contento con no haber perdido el destino.

—¿Y la señora?—preguntó Enrique.

La señora había querido venir también, para ciertas compras. Su marido estaba esperándola en aquel cuarto, cuya llave les volvía á dar la señora Victoria á cada viaje, y donde les gustaba almorzar tranquilos y solos, mientras que la buena mujer estaba presa abajo, en su puesto de salubridad. Aquel día habían comido un pa-

necillo en Mantes; pues, ante todo, querían desembarazarse de sus quehaceres. Pero ya eran las tres, y el marido se moría de hambre.

Enrique, para mostrarse amable, hizo sonriente otra pregunta, levantando la cabeza:

—¿Piensa Ud. dormir en París?

¡No, no! Ambos se volvían al Havre, aquella misma noche, por el exprés de las seis y cuarenta. ¡Ya, ya, vacaciones! Sólo le molestaban á uno para soltarle el toro y enseguidita á la perrera.

Durante un momento se miraron los dos hombres, meneando la cabeza; pero no se entendían ya, porque un maldito piano acababa de prorrumpir en notas sonoras. Las dos hermanas debían golpearlo á un tiempo, riendo alto y excitando á los pájaros de las islas. Entonces el joven, alegrándose á su vez, saludó y entró en el cuarto. El subjefe se quedó solo un instante, con los ojos fijos en el lugar de donde partía aquella alegría juvenil. Después levantó los ojos y vió la máquina, cuyos purgadores estaban ya cerrados, que el guardaaguja encaminaba hacia el tren de Caen. Los últimos copos de vapor blanco se perdían entre los enormes remolinos de negro humo que manchaban el cielo. Al cabo, retiróse también á su habitación.

Delante del *cuco* que marcaba las tres y veinte, Roubaud hizo un gesto desesperado. ¿Cómo diablos podía tardar tanto Severina? Cuando entraba en un almacén, no sabía salir. Para engañar el hambre, que le roía el estó-



mago, se le ocurrió la idea de poner la mesa. Erale familiar aquella vasta pieza de dos ventanas, que á la vez servía de alcoba, de comedor y de cocina, con sus muebles de nogal, su lecho cubierto de cretona roja, su alacena, su mesa redonda y su armario normando. Tomó de la alacena servilletas, platos, tenedores, cuchillos y dos vasos. Todo estaba limpio como una patena. Gozaba con estos cuidados caseros como si jugase á las *comiditas*, feliz con la blancura del lienzo, enamorado de su mujer, y riéndose al pensar en la carcajada que dejaría escapar ella cuando abriese la puerta. Pero así que hubo puesto sobre un plato el pastel, y colocado cerca la botella de vino blanco, inquietóse un instante y buscó algo con la mirada. Luego sacó precipitadamente de sus bolsillos dos paquetes olvidados, una lata de sardinas y queso de gruyère.

Dió la media. Roubaud se paseaba á lo largo y á lo ancho de la estancia, volviéndose al menor ruido, atento siempre hacia la salida. En su ociosa espera detúvose ante el espejo y se miró. No envejecía; aproximábase á los cuarenta, sin que el color rojo de sus recortados cabellos amenazase tornarse blanco. La barba que usaba corrida, permanecía espesa y era también dorada como el sol. De mediana estatura, pero muy vigoroso, pagábase bastante de su persona, satisfecho con su cabeza algo plana, su frente baja y su redonda y sanguínea cara animada por dos gruesos ojos vivos. Juntábanse sus cejas, sellándole la frente con la marca de los celosos. Como

se había casado con una mujer á quien llevaba quince años, estas frecuentes ojeadas dirigidas á los espejos le tranquilizaban.

Produjose un ruido de pasos, y Roubaud corrió á entreabrir la puerta. Pero era una vendedora de periódicos de la estación que volvía á su casa. Retrocedió hasta la alacena y se puso á contemplar una caja de conchas. Conocíala perfectamente; era un regalo que Severina había hecho á la señora Victoria, su nodriza. Y aquel objeto bastó para que toda la historia de su casamiento se desarrollase en la mente de Roubaud. Pronto haría tres años de su boda. Nacido en el mediodía, en Plassans, de un padre carretero, salido del servicio con los galones de sargento primero, factor mixto mucho tiempo en la estación de Mantes, había pasado á ser factor jefe en la de Barentín; y allí era donde había conocido á su querida mujer, cuando ella venía de Doinville á tomar el tren, en compañía de la señorita Berta, la hija del presidente Grandmorin. Severina Auvry no era más que la hija menor de un jardinero, muerto al servicio de los Grandmorin; pero el presidente, padrino y tutor de ella, la mimaba muchísimo, haciéndola compañera de su hija y enviándolas juntas al mismo colegio de Rouen. Tenía ella tal distinción nativa, que durante mucho tiempo limitóse Roubaud á desealarla de lejos, con la pasión de un obrero afinado por una delicada alhaja, que él consideraba preciosa. Allí se encerraba la única novela de su vida. Habriase casado con ella sin

un céntimo, por el placer de tenerla, y cuando se atrevió al cabo, la realidad sobrepujo el ensueño: además de Severina y una dote de diez mil francos, el presidente, retirado hoy, miembro del Consejo de Administración de la Compañía del Oeste, le había otorgado su protección. Desde el día siguiente al de la boda, había ascendido á subjefe de la estación del Havre. Claro es que tenía en favor suyo notas de buen empleado, celoso de su destino, puntual, honrado, de limitada, pero recta inteligencia; toda clase de cualidades excelentes, en fin, que explicaban la buena y pronta acogida dispensada á su demanda y la rapidez de su ascenso; pero él prefería creer que se lo debía todo á su esposa. La adoraba.

Cuando abrió la caja de sardinas, Roubaud perdió definitivamente la paciencia. La cita estaba señalada para las tres. ¿Dónde podría estar Severina? No le diría que la compra de un par de botas y media docena de camisas exigiese un día entero. Y como pasara otra vez por delante del espejo, observó que sus cejas estaban erizadas y que una sombría arruga surcaba su frente. Jamás había sospechado de ella en el Havre, pero en París se imaginaba toda clase de peligros, de astucias y de faltas. Una oleada de sangre se le subía á la cabeza; apretábanse sus puños de antiguo mozo de cuadrilla, como cuando empujaba vagones. Tornábase el bruto inconsciente de su fuerza, y la habría despedazado en un raptó de ciego furor.

Severina empujó la puerta y se presentó fresca, sonrosada, llena de alegría.

—Soy yo..... ¿Ya creerías que me había perdido, eh?

En el esplendor de los veinticinco años, mostrábase alta, esbelta, gentil y gruesa á pesar de su débil esqueleto. No era linda al pronto, con su cara larga y su boca grande adornada de admirables dientes; pero mirándola bien, seducía por el encanto y la singularidad de sus grandes ojos azules brillando bajo una espesa cabellera negra.

Y como su marido, sin responder, continuase examinándola, con la mirada vacilante que ella conocía tan bien, añadió:

—¡Oh! he corrido mucho..... Figúrate, imposible tomar un ómnibus. Entonces, no queriendo gastarme el dinero en un coche, he corrido..... mira qué acalorada vengo.

—Vamos á ver—dijo Roubaud violentamente—no me vas á hacer creer que vienes del Bon-Marché.

Mas en seguida, con infantil gentileza, arrojóse ella al cuello de su marido, tapándole la boca con su redondeada manita.

—¡Feo! ¡feo! cállate..... Bien sabes que te quiero.

Y tal sinceridad se desprendía de todo su sér, que viéndola Roubaud tan cándida, la estrechó amorosamente en sus brazos. Así concluían siempre todas sus sospechas. Ella se abandonaba, dejándose acariciar. Roubaud la cubría de

besos, que no le devolvía, y esto era precisamente lo que daba margen á su sombría inquietud; consideraba á aquella muchacha pasiva, profesándole un afecto filial, en que la amante no se revelaba nunca.

—¿De modo que habrás desbalijado el Bon-Marché?

—¡Sí! Te contaré..., pero antes comamos. ¡Qué hambre tengo!.... ¡Ah! escucha, traigo un regalito. Dí: Mi regalito.

Acercóse risueña, rozando su cara, con la mano derecha metida en el bolsillo, donde había un objeto que no sacaba.

—Dí pronto: Mi regalito.

El se reía también como un bonachón. Al fin se decidió á decir:

—Mi regalito.

Era una navaja que acababa de comprarle para reemplazar á otra que Roubaud había perdido y estaba llorando hacia quince días. Deshízose Roubaud en exclamaciones, encontrando soberbia aquella preciosa navaja nueva, con su mango de marfil y su reluciente hoja. En seguida iba á estrenarla. Severina estaba encantada del gozo de su marido, y por broma hizo que le diese un sueldo, para que no se rompiesen sus amistades.

—A comer, á comer—repitió ella.—¡No, no! te suplico que no cierres todavía. ¡Tengo un calor atroz!

Se reunió con él en la ventana, donde permaneció algunos segundos, apoyada en su hombro,

contemplando el vasto campo de la estación. Por el momento, las columnas de humo habían desaparecido, el cobrizo disco del sol descendía entre la bruma, á espaldas de las casas de la calle de Roma. Debajo, una máquina de maniobras arrastraba el tren de Mantes, ya formado, que debía salir á las cuatro y veinticinco, empujándolo á lo largo del muelle, bajo la marquesina, y allí fué desenganchada. En el fondo, dentro del sotechado de la Ceinture, los choques de topes anunciaban la repentina preparación de vagones que se iban á añadir. Y sola, en medio de las vías, con su maquinista y su fogonero, negros por el polvo del viaje, permanecía inmóvil una pesada máquina del tren mixto, como cansada y sin aliento, no teniendo otro vapor que un débil hilo de humo que salía de una válvula. Estaba esperando que le dejaran expedita la vía para volver al depósito de Batignolles. Una señal roja crujió, borróse, y la máquina emprendió la marcha.

—¡Qué alegres están las de Davergue!—dijo Roubaud quitándose de la ventana.—¿Las oyes golpear en el piano?.... Hace poco he visto á Enrique y me ha dado memorias para ti.

—¡A la mesa, á la mesa!—gritó Severina.

Y se apoderó de las sardinas empezando á devorar. ¡Ah! ¡el pan de Mantes estaba lejos! Esto la trastornaba cuando venía á París. Estaba radiante de felicidad por haber corrido las calles, y conservaba cierta fiebre de las compras hechas en el Bon-Marché. De un golpe todas las prima-

veras gastaba allí sus economías del invierno, prefiriendo comprarlo todo en ese almacén, porque decía que en él se economizaba el dinero de su viaje. Y, sin perder bocado, no cesaba de hablar. Algo confusa y sonrojada, acabó por soltar el total de la suma que había gastado: más de trescientos francos.

—¡Caracoles!—dijo Roubaud sobrecogido—¿te despachas bien para ser la mujer de un sub-jefe! ¿Pero no decías que sólo ibas á comprar media docena de camisas y un par de botinas?

—¡Oh! amigo mío, ¡ocasiones únicas!..... ¡Una seda rayada deliciosa!..... ¡un sombrero que es un encanto!..... ¡enaguas hechas con volantes bordados!..... Y todo ello por nada, me habría costado doble en el Havre..... Lo van á traer, ¡ya verás!

Roubaud había tomado el partido de reirse, tan linda estaba Severina en su alegría, mezclada de cierta confusión suplicante. Además era tan encantadora aquella comidita improvisada, en aquella habitación donde estaban solos y mucho mejor que en la fonda..... Ella, que de ordinario sólo bebía agua, se descuidaba, vaciando su vaso de vino blanco sin darse cuenta. La lata de sardinas se había concluído, y metieron mano al pastel con el hermoso cuchillo nuevo. Aquello fué un triunfo; ¡qué bien cortaba!

—¿Y tu asunto?—preguntó Severina.—Me haces charlar, pero no me dices cómo ha terminado eso con el subprefecto.

Entonces contó Roubaud la manera que ha-

bía tenido de recibirle el jefe de la explotación. ¡Oh! ¡un jabón de órdago! El se había defendido, diciendo la verdad pura: cómo aquel sietemesino de subprefecto se había empeñado en subir con su perro á un coche de primera, cuando había uno de segunda reservado para los cazadores y sus animales; y la cuestión que se había suscitado con tal motivo, y las palabras que se cruzaron. En resumen, el jefe le daba la razón por haber querido hacer respetar la consigna, pero lo terrible era la frase que él mismo confesaba: «¡No siempre serán Uds. los amos!» Suponíanle republicano. Las discusiones que acababan de señalar los comienzos de la legislatura de 1869 y el sordo temor de las próximas elecciones generales tenían al gobierno muy en cuidado. De modo, que lo habrían destituido seguramente, sin la buena recomendación del presidente Grandmorin. Sin embargo, tuvo que firmar la carta de excusa, aconsejada y redactada por éste último.

Severina le interrumpió gritando:

—¿Eh? ¿he tenido razón en escribirle y hacerle una visita contigo esta mañana, antes de que fueras á recibir la jabonadura?..... Ya sabía yo que nos sacaría del trance.

—Sí, te quiere mucho, y tiene vara alta en la Compañía..... Mira de lo que sirve el ser un buen empleado. ¡Ah! no me han regateado los elogios: no es cosa mayor la iniciativa, pero buena conducta, subordinación, ánimo, en fin, todo. Y bien, si no hubieses sido mi mujer y si

Grandmorin no hubiese abogado por mí, en razón de su amistad contigo, aviado estaría yo, me mandarían en castigo á cualquiera estación insignificante.

Severina tenía la mirada fija en el espacio y murmuró como si hablase consigo misma:

—¡Oh! ciertamente, es un hombre que tiene mucha influencia.

Hubo un instante de silencio, y Severina permanecía con la mirada perdida en el vacío, sin comer. Sin duda recordaba los días de su infancia, allí abajo, en el castillo de Doinville, á cuatro leguas de Rouen.

Jamás conoció á su madre. Cuando su padre, el jardinero Aubry, se murió, entraba ella en sus trece años; y por entonces fué cuando el presidente, viudo ya, la retuvo al lado de su hija Berta, bajo la inspección de su hermana, la señora de Bonnehon, mujer de un industrial, viuda también, á quien pertenecía hoy el castillo. Berta, que la llevaba dos años, se había casado dos meses después que ella con el Sr. Lachesnaye, consejero del tribunal de Rouen, un hombrecillo seco y amarillento. El año anterior aún estaba el presidente á la cabeza de aquel tribunal, en su país, cuando se jubiló después de una brillante carrera. Nacido en 1804, sustituto en Digne después de los acontecimientos de 1830, luego en Fontainebleau, más tarde en París, en seguida fiscal en Troyes, abogado general en Rennes y, por último, primer presidente en Rouen. Poseedor de varios millones, era

diputado provincial desde 1855, y le habían nombrado comendador de la Legión de honor, el mismo día en que se jubiló. Y cuanto de más lejos evocaba ella sus recuerdos, veíalo siempre tal como á la sazón era, rechoncho y sólido, muy blanco, con el cabello corto peinado en forma de cepillo, la cinta de barba cortada al rape, sin bigote, con un rostro cuadrado, de severa expresión á causa de su gruesa nariz y de sus ojos de un azul sombrío. Hacía temblar todo en torno suyo.

Roubaud tuvo que levantar la voz y repitió dos veces:

—¿En qué piensas?

Severina se estremeció, sufriendo un ligero temblor, como sorprendida y sacudida por el miedo.

—Pues en nada.

—Has dejado de comer, ¿no tienes ya hambre?

—¡Oh! sí.... Ahora verás.

Y vació el vaso de vino blanco, acabando después el pedazo de pastel que tenía en el plato. Pero habían concluido el pan de á libra, y no les quedaba ni un bocado para comer el queso. Entonces fueron los gritos y las carcajadas, cuando, registrándolo todo, encontraron en el fondo del aparador de la señora Victoria un pedazo de pan duro. A pesar de que la ventana seguía abierta, el calor continuaba, y aquella mujer, que tenía detrás la chimenea, no se refrescaba lo más mínimo, más encarnada y excitada por lo imprevisto de aquel alegre almuerzo. A propósito

de la señora Victoria, Roubaud volvió á ocuparse de Grandmorin: otra que también le debía un buen cirio. Muchacha seducida cuyo hijo había muerto, nodriza de Seyerina que acababa de costarle la vida á su madre, más tarde mujer de un fogonero de la compañía, vivía trabajosamente en París con el fruto de su costura, malgastado por su marido, cuando el encuentro con su hija de leche había renovado los antiguos lazos, haciendo de ella también una protegida del presidente, del cual había obtenido á la sazón un puesto en la salubridad, encomendándole la parte de señoras de uno de los retretes de lujo. La Compañía no le daba más que cien francos anuales, pero ella sacaba con las propinas cerca de mil cuatrocientos, sin contar el alojamiento, aquel cuarto, donde también se calentaba. En fin, una situación muy desahogada. Roubaud calculaba que si Pecqueux, el marido, trajese sus dos mil ochocientos francos de fogonero, entre ventajas y sueldo fijo, en vez de andar de jaraña en los dos extremos de la línea, habrían reunido entre los dos más de cuatro mil francos, el doble de lo que él, subjefe de estación, ganaba en el Havre.

—Sin duda—pensó él—no todas las mujeres querrían guardar retretes. Pero no hay oficio ridículo.

Su hambre devoradora se había calmado, y ahora comían con languidez, cortando el queso en pequeños pedazos para que durase el festín. Sus palabras también se tornaban lentas.

—¡A propósito!—exclamó Roubaud—se me

había olvidado preguntarte..... ¿por qué has rehusado al presidente el ir á pasar dos ó tres días en Doinville?

Su mente, con el bienestar de la digestión, acababa de representarse la visita de la mañana, muy cerca de la estación, en el hotel de la calle del Peñón; y Roubaud se había vuelto á ver en el severo gabinete, oyéndole decir al presidente que al otro día salía para Doinville. Luego, como cediendo á una idea repentina, habíales ofrecido tomar aquella misma tarde, con ellos, el exprés de las seis y treinta y llevar enseguida á su hija á casa de la hermana, la cual deseaba, hacía ya tiempo, que se la llevasen. Pero Severina había alegado mil razones que, según ella, se lo impedían.

—Yo, sabes continuó Roubaud—no veía mal ese viaje. Tú podías haberte quedado allí hasta el jueves, ya me las habría yo compuesto solo.... En nuestra posición necesitamos de ellos, ¿no es verdad? No ha estado bien rehusar su cumplimiento, tanto más, cuanto que pareció que tu negativa le causaba un disgusto. Por eso no dejé de insistir en que aceptases, hasta que me tiraste de la chaqueta. Entonces dije lo que tú, pero sin comprender..... ¡Y bien! ¿por qué no has querido?

Seyerina hizo un gesto de impaciencia.

—¿Acaso puedo dejarte solo?

—Eso no es una razón..... Desde que nos casamos, en tres años, has ido dos veces á Doinville, á pasar una semana. Nadie te impedía volver por tercera vez.

La molestia de la mujer iba en aumento. Severina había vuelto la cabeza.

—Bueno, pues ahora no tenía gana de ir. No me vas á obligar á que haga cosas que me desagradan.

Roubaud abrió los brazos como para indicar que él no la obligaba á nada. Sin embargo, repuso:

—¡Vamos! tú me ocultas algo.... Qué, ¿te ha recibido mal la última vez la señora de Bonnehon?

—¡Ah! no, la señora de Bonnehon la había recibido siempre muy bien. Era una mujer muy agradable, alta, fuerte, con magníficos cabellos rubios, hermosa todavía á pesar de sus cincuenta y cinco años. Murmurábase que desde que se quedó viuda, y aun en vida de su marido, había tenido á menudo el corazón ocupado. Adorábanla en Doinville y ella hacía del castillo una mansión de delicias, adonde toda la buena sociedad de Rouen iba de visita, sobre todo la magistratura. En la magistratura era donde la señora de Bonnehon había tenido muchos amigos.

—Entonces, confíesalo, los Lachesnaye son quienes te han batido el cobre.

Era indudable que, desde su casamiento con el señor de Lachesnaye, había dejado Berta de ser para ella lo que venía siendo hasta entonces. No se había hecho nada buena, esa pobre Berta, tan insignificante con su nariz de remolacha. En Rouen alababan mucho su distinción las señoras. Y un marido como el suyo, feo, áspero y

avaro, parecía más bien hecho para reflejarse en su mujer haciéndola mala. Pero no; Berta se había mostrado atenta con su antigua compañera; ésta no tenía ningún cargo preciso que dirigirle.

—¿Es el presidente quien te desagrada allí?

Severina, que hasta entonces había respondido lentamente con lánguida voz, sufrió otra sacudida de impaciencia.

—¡El! ¡Qué idea!

Y continuó con entrecortada y nerviosa frase. Apenas se le veía. Habíase reservado para sí, en el parque un pabellón, cuya puerta daba á una callejuela desierta. Entraba y salía sin que nadie lo supiese. Ni su misma hermana supo nunca de cierto el día de su llegada. El presidente tomaba un coche en Barentin, y se hacía trasladar á Doinville, donde pasaba días enteros en su pabellón, ignorado de todos. ¡Ah! no era él quien la molestaba allí abajo.

—Te hablo de él, porque me has contado veinte veces que en tu infancia te daba un miedo horrible.

—¡Bah! ¡un miedo horrible!.... exageras como siempre.... Verdad que apenas se reía y que miraba tan fijamente con sus abultados ojos, que hacía bajar la cabeza en seguida. He visto á muchas personas burlarse y no poder dirigirle una palabra, de tanto como les imponía con su gran fama de severo y sabio.... Pero á mí no me ha regañado nunca, siempre comprendí que su flaco era yo....

Otra vez se entrecortaba su voz y sus ojos se perdían en el vacío.

—Me acuerdo..... Cuando era chica y estaba jugando con algunas amigas en los paseos, si él aparecía, todas se ocultaban, hasta su hija Berta, que siempre temía caer en falta. Yo le esperaba tranquila. Pasaba, y al verme allí, sonriente, con el hocico levantado, me daba una palmadita en la mejilla..... Más tarde, á los diez y seis años, cuando Berta tenía que pedirle algo, me daba el encargo de hacerlo. Yo hablaba, sin bajar los ojos, y sentía como que los suyos me traspasaban la piel. Pero me burlaba de eso, porque estaba bien segura de conseguir lo que quería..... ¡Ah! ¡sí! ¡me acuerdo! ¡me acuerdo! Allí abajo no hay rincón del parque, ni corredor, ni habitación del castillo, que yo no vea cerrando los ojos.

—Callóse Severina. Tenía los párpados cerrados y por su arrebatado semblante parecía correr la impresión de estas cosas pasadas, las cosas que no decía. Un instante permaneció así, con los labios ligeramente temblorosos por involuntario titileo que la estiraba dolorosamente un extremo de la boca.

—La verdad es que ha sido muy bueno para ti—repuso Roubaud, que acababa de encender su pipa.—No solamente te ha hecho educar como á una señorita, sino que ha administrado muy bien los cuatro cuartos que tenías ahorrados, y ha redondeado la suma, cuando nuestro casamiento..... Sin contar con que algo te dejará, lo ha dicho delante de mí.

—Si—murmuró Severina—esa casa de la Croix-de-Maufras, esa propiedad, cortada por el camino de hierro. Allí se iban algunas veces á pasar ocho días..... ¡Oh! no cuento con nada, los Lachesnaye trabajarán para que no me deje una hilacha. Además, mejor es así; ¡nada, nada!

Habia pronunciado estas últimas palabras con voz tan viva, que su marido no pudo menos de extrañarse retirando la pipa de la boca y mirando á Severina con sus redondeados ojos.

—¡Estás graciosa! Asegúrase que el presidente tiene millones, ¿y qué mal habría en que se acordase de su ahijada en el testamento? Nadie se sorprendería de ello y nuestros negocios quedarían lindamente arreglados.

Después, una idea que cruzó por su mente le hizo reír.

—¿Temes acaso pasar por hija suya?..... Porque ya sabes, el presidente, á pesar de su aspecto frío..... vamos, que se cuchichean ciertas cosas. Parece ser que aun en vida de su esposa todas las buenas mujeres pasaban por él. En fin, un mozo que hoy todavía remanga las faldas á una mujer..... ¡Y aunque fueses hija suya!

Severina se había levantado violentamente, con el rostro inflamado y vacilante su azul mirada, bajo la pesada maza de sus cabellos negros.

—¡Su hija, su hija!..... No quiero que gastes esas bromas, ¿lo entiendes? ¿Puedo yo ser hija suya? ¿Me parezco á él?..... Basta ya, hablemos de otra cosa. No quiero ir á Doinville, porque no



quiero, porque prefiero volverme contigo al Havre.

Roubaud movió la cabeza, calmando á su mujer con un gesto. Bien estaba, puesto que eso le atacaba los nervios á ella. Jamás la había visto tan nerviosa. Efectos del vino blanco, sin duda. Deseoso de alcanzar el perdón, cogió la navaja, complaciéndose en limpiarla cuidadosamente, y para probar que cortaba como las que sirven para afeitarse, comenzó á igualarse con ella las uñas.

—Ya son las cuatro y cuarto—murmuró Severina, en pie delante del *cuco*.—Tengo que hacer aún varios recados..... Hay que pensar en nuestro tren.

Y, como para acabar de calmarse, antes de ordenar un poco el cuarto, volvió á ponerse de codos en la ventana. El, entonces, soltando la navaja y la pipa, se quitó también de la mesa, y se acercó á su mujer, estrechándola por detrás dulcemente entre sus brazos. Mantúvose así, abrazado á ella, apoyando la barba en el hombro de Severina, y unidas las cabezas. Ni uno ni otro se movían, mirándose fijamente.

Debajo de ellos, las máquinas de maniobras iban y venían sin cesar: y oíaseles apenas moverse, con sus ruedas ensordecidas y su discreto silbido, cual mujeres hacendosas, avisadas y prudentes. Una de ellas pasó y desapareció por debajo del puente de Europa, llevando á la cochera los vagones del tren de Trouville, que acababan de ser desenganchados. Y allá, al otro lado del puente, cruzóse con otra máquina que venía

del depósito, cual solitaria viajera con sus coches y sus aceros relucientes, fresca y gallarda, para emprender el viaje. Detúvose ésta, y pidió vía con dos breves silbidos. El guarda aguja la envió inmediatamente á su tren, formado ya, bajo la marquesina del muelle de las grandes líneas. Era el tren de las cuatro y veinticinco, para Dieppe. Una oleada de viajeros se precipitaba y oíase el rodar de las carretillas cargadas de equipajes, en tanto que algunos empleados empujaban uno á uno los caloríferos de los coches. La máquina y su *ténder* se habían aproximado al furgón de cabecera, produciendo un sordo choque, y se vió á un mozo apretar el tornillo de la barra de tiro. El cielo se había nublado por la parte de Batignolles; una bruma crepuscular envolvía las fachadas lejanas, pareciendo caer ya sobre el amplio abanico formado por las vías; mientras que, en medio de esta confusión, en lontananza, se cruzaban sin cesar los trenes de ida y vuelta de la Banlieue y de la Ceinture. Al otro lado de las sombrías techumbres de los muelles cubiertos, se elevaban sobre París, envuelto en sombras, rojas humaredas.

—No, no, déjame—murmuró Severina.

El le arrojaba su aliento en el cuello, y poco á poco, llegó á envolverla en una caricia más estrecha, excitado por el calor de aquel cuerpo joven, que tenía completamente abrazado. Ella lo embriagaba con su olor, acababa de enloquecer su deseo arqueando los riñones y procurando desasirse. De un tirón, apartóla Roubaud de la

ventana, cerrando las vidrieras con el codo. Sus bocas se habían encontrado, los labios de Roubaud se deshacían contra los de Severina. Trataba de arrastrarla hasta el lecho.

—No, no; no estamos en nuestra casa—repetió ella.—En este cuarto no, ¡te lo suplico!

Severina también estaba como embriagada, trastornada de comida y de vino, vibrante todavía por sus febriles caminatas á través de París. Aquella pieza demasiado caldeada, aquella mesa donde estaban los restos del almuerzillo improvisado, lo imprevisto del viaje, que se convertía en partida íntima de placer, todo le encendía la sangre, cubriéndola de un sensual estremecimiento. Y, sin embargo, se resistía, arqueada contra la madera del lecho, como asustada de algo que no podía sospechar.

—No, no quiero.

El, congestionado, contenía sus brutales manos. Se estremecía, y la hubiese deshecho.

—Tonta, ¿quién lo va á saber? Luego arreglaremos la cama.

Habitualmente, abandonábase ella con una docilidad complaciente, en su casa, en el Havre, después del almuerzo, cuando á él le tocaba el servicio de noche. Parecía no sentir ella placer, pero mostraba un feliz abandono, cierto afectuoso consentimiento en el placer de él. Y lo que en aquel momento enloquecía á Roubaud, era sentirla como nunca la había poseído, ardiente, convulsa de pasión sensual. El negro reflejo de su cabellera oscurecía sus tranquilos ojos azu-

les, sus gruesos labios parecían sangrar en el dulce óvalo de su rostro. Revelábase en aquel momento una mujer que Roubaud no conocía. ¿Por qué se negaba?

—Vamos, dime ¿por qué no? Tenemos tiempo.

Entonces, con una angustia inexplicable, en un debate interior, en que al parecer, no juzgaba ella las cosas claramente, cual si se hubiese olvidado de sí propia, lanzó un grito de dolor, que le hizo á él estarse quieto.

—No, no, déjame ¡te lo suplico!..... No sé, me ahoga sólo el pensarlo..... en este momento no me parece bien.

Los dos se habían caído sentados al borde de la cama. Roubaud se pasó la mano por la cara, como para quitarse el calor que lo abrasaba. Al verlo tan prudente, inclinóse Severina y le dió un sonoro beso en la mejilla, queriendo demostrarle que no por eso le amaba menos. Así permanecieron un instante silenciosos para reponerse. Roubaud había cogido la mano derecha de su mujer, y jugaba con una vieja sortija de oro, una serpiente de oro con rubíes, que llevaba en el mismo dedo que su anillo de bodas. Siempre se la había conocido en el mismo sitio.

—Es mi serpiente—dijo Severina con involuntaria voz de ensueño, creyendo que él miraba la sortija, y experimentando una imperiosa necesidad de hablar.—Me hizo este regalo en la Croix-de-Maufras, cuando cumplí los diez y seis años.

Roubaud levantó la cabeza sorprendido.

—¿Quién?..... ¿el presidente?

Cuando los ojos de su marido se había posado en los de ella, Severina sintió la brusca sacudida del que despierta soñando. Notó que sus mejillas se helaban. Quiso responder, pero no pudo, impedida por la especie de parálisis que la embargaba.

—Pues siempre me has dicho que fué tu madre quien te dejó esta sortija.

Aún podía recoger la frase dejada escapar en un olvido de todo. Habría bastado echarse á reír, fingiendo hablar de broma. Pero se obstinó inconscientemente, porque no era dueña de sí.

—Jamás, hijo mío, te he dicho que mi madre me hubiese dejado esta sortija.

Roubaud la miró con extrañeza palideciendo.

—¡Cómo! ¿Que nunca me has dicho eso? ¡Me lo has dicho veinte veces!..... No hay nada malo en que el presidente te haya dado una sortija. Otras cosas te ha dado..... ¿A qué haberlo ocultado? ¿A qué haber mentido, hablándome de tu madre?

—Yo no he hablado de mi madre, querido mío, te equivocas.

—Esta obstinación era imbécil de todo punto.

Veíase perdida, comprendía que Roubaud leía claramente en su semblante, y habría querido rehacerse, retirando las palabras pronunciadas; pero ya era tarde, porque sus facciones se descomponían y la confesión se escapaba de todo su ser. El frío de sus mejillas invadía todo el

rostro, y un titileo nervioso agitaba sus labios. Y él, espantoso, rojo hasta el punto de parecer que la sangre iba á romper sus venas, habíala cogido por las muñecas y la miraba muy de cerca, como para seguir mejor en el espanto de los ojos de Severina, lo que no quería decir en voz alta.

—¡Voto á Dios!—murmuró Roubaud—¡voto á Dios!

Ella sintió miedo y bajó la cabeza para ocultar el rostro entre sus brazos, adivinando el puñetazo. Un hecho pequeño, miserable, insignificante, el olvido de una mentira tratándose de una sortijilla, acababa de evidenciar la verdad, con sólo algunas palabras cambiadas. Y un minuto había bastado. La tiró atravesada en la cama, y descargó sobre ella dos puñetazos, sin mirar donde daba. En tres años no la había tocado, y ahora la reventaba, ciego, embriagado de ira, en un exabrupto de bestia, de hombre, cuyas manazas se habían ocupado otras veces en empujar vagones.

—¡Oh, ira de Dios!.... ¡Tú has dormido con él!.... ¡dormido con él!.... ¡dormido con él!....

Y se enfurecía más y más, descargando un puñetazo cada vez que pronunciaba estas palabras. Dijérase que quería introducir sus robustos puños en las carnes de aquella mujer.

—El desecho de un viejo, ¡maldita zorra!.... ¡dormido con él!.... ¡dormido con él!....

La cólera ahogaba su voz, que silbaba, pero que no salía. Entonces solamente oyó que ella, á

pesar de los golpes que amenazaban reventarla, decía que no. No encontraba otra defensa; negaba para que no la matase. Y ese grito, esa obstinación en la mentira, acabó de enloquecerlo.

—Confiesa que has dormido con él....

—¡No, no!

Roubaud se había apoderado otra vez de ella y la sujetaba entre sus brazos, impidiendo que apoyase la cara contra la colcha, cual débil ser que se oculta. Obligábala á mirarle.

—Confiesa que has dormido con él....

Peró resbalando el cuerpo, escapó Severina y quiso correr hacia la puerta. De un salto la alcanzó Roubaud otra vez, levantó el puño, y furioso, de un solo golpe la tiró al suelo contra la mesa. Arrojóse él también y la cogió por los cabellos para clavarle la cabeza en el suelo. Un instante permanecieron así, cara á cara, sin moverse ni hablar. Y en medio de aquel espantoso silencio, se oían los cantos y las carcajadas de las señoritas de Dauvergne, cuyo piano felizmente ahogaba con sus endiablados sonidos el ruido de la lucha. Clara estaba cantando canciones de las niñas que juegan al corro, y Sofía acompañaba á puño cerrado.

—Confiesa que has dormido con él....

Ella no se atrevió á decir que no, permaneció callada.

—Confésalo ¡voto á Dios! ó te mato.

Habríala matado, claramente lo leía ella en la mirada de su marido. Al caer vió Severina la navaja abierta sobre la mesa; ahora veía brillar

la hoja, y creyó que Roubaud alargaba el brazo para cogerla. Un abandono de sí propia y de todo se apoderó de ella, un irresistible deseo de terminar.

—¡Pues bien! sí, es verdad, déjame que me vaya.

Entonces, aquello fué abominable. Esta confesión que él exigía tan violentamente, acababa de herirlo, en plena faz, como una cosa imposible, monstruosa. Parecíale que jamás habría sospechado tamaña infamia. Cogió la cabeza de Severina y pegó con ella en una pata de la mesa. Ella se resistía, y, entonces, agarrándola de los cabellos, la arrastró por el cuarto, tirando las sillas. Cada vez que Severina hacía un esfuerzo para levantarse, arrojábala de un solo puñetazo, contra el suelo, jadeante, con los dientes apretados, encarnizándose de un modo salvaje é imbecil. Empujada la mesa, por poco tira el calorífero. Algunos pelos teñidos de sangre quedaron en un extremo del aparador. Y cuando recobraron alientos, ahitos de tanta carnicería, fatigado el uno de pegar, cansada la otra por tanto golpe, habían llegado junto á la cama; ella siempre en el suelo, revolcada; agazapado él sujetándola todavía por los hombros. Así reposaron y respiraron un poco. Abajo continuaba la música, y las carcajadas subían sonoras y distintas.

Bruscamente Roubaud levantó á Severina, apoyándola contra la madera del lecho. Después, de rodillas, apretado á ella, pudo hablar. Ya no la pegaba, la torturaba con sus preguntas,

hijas del insaciable deseo de saber que tenía.

—¿Con que dormiste con él? ¡grandísima pérdida!.... Repite, repite que has dormido con ese viejo!.... ¿Y á qué edad, eh? muy pequeña, muy pequeña, ¿no es eso?

Acababa Severina de romper á llorar; sus sollozos no la permitían responder.

—¡Por vida de Dios! ¿quieres decirme?...

¿Jugabas ya con él antes de los diez años, eh? Para eso te criaba, para sus cochinerías; ¡dilo, maldita, ó vuelvo á empezar!

Ella lloraba, sin poder articular palabra. Roubaud levantó la mano y la dió otro golpe. Como á las tres veces no obtuviese respuesta, la dió de bofetadas, repitiendo la pregunta.

—¿A qué edad? ¡Dilo, bribona! ¿Lo dices?

¿Para qué luchar? Yo no tenía fuerzas. El la hubiese sacado el corazón con sus gruesos dedos de antiguo obrero. Y el interrogatorio continuó. Severina lo decía todo, en tal anonadamiento de vergüenza y de miedo, que sus frases, pronunciadas muy bajo, se oían apenas. Y él, mordido por los atroces celos, se desesperaba con el sufrimiento que le producían las escenas que se representaba. Jamás sabía bastante, obligábala á insistir en los detalles; á precisar los hechos. Con el oído pegado á los labios de la miserable mujer, agonizaba ante aquella confesión, con el puño amenazador, siempre levantado, dispuesto á golpear más, si ella se detenía.

Todo lo pasado en Doinville desfiló de nue-

vo: la infancia, la juventud. ¿Había sucedido entre los matorrales del parque? ¿en la pérdida revuelta de algún corredor del castillo? ¿Pensaba ya en ella el presidente, cuando la recogió, á la muerte de su jardinero, haciéndola educar con su hija? Eso había comenzado, de seguro, los días en que las otras niñas huían en medio de sus juegos, si él se presentaba; mientras que ella, sonriente, con el hocico levantado, esperaba á que la diese, al pasar, una palmadita en la mejilla. Y, más tarde, si ella osaba hablarle cara á cara, si obtenía todo de él, ¿no era porque se sentía ama, cuando la compraba con sus bajezas de mocero, él, tan digno y recto para los demás? ¡Ah! ¡qué cochinería la de ese viejo, haciéndose besuquear como un abuelo, mirándola desarrollarse, tentándola, deshonorándola un poco á cada instante, sin aguardar á que estuviese madura!

Roubaud estaba jadeante.

—¿Conque á qué edad? repítelo, ¿á qué edad?

—A los diez y seis años y medio.

—¡Mientes!

¡Mentir! ¿para qué? Severina se encogió de hombros con un abandono y un cansancio inmenso.

—¿Y la primera vez dónde sucedió eso?

—En la Croix-de-Maufras.

Roubaud titubeó un segundo, su labio se agitaban y un resplandor amarillento turbaba sus ojos.

—¿Y si yo quisiese saber lo que te ha hecho?

Ella no contestó; pero como Roubaud blandiese el puño, dijo, pasado un instante:

—No me creerías.

—Dilo de todos modos.... ¿No pudo hacer nada, eh?

Severina contestó con un movimiento de cabeza. Había acertado. Roubaud, entonces, quiso conocer la escena hasta el fin, descendiendo á las palabras crudas y á las preguntas inmundas. Ella no desplegaba los labios, continuaba diciendo que sí ó que no, por señas. Tal vez quedasen los dos tranquilos, cuando lo hubiese confesado todo. Pero Roubaud sufría más con estos detalles que le habían parecido atenuantes. Aproximaciones normales, completas, no le habrían atormentado con visiones tan mortificantes. Aquel extravío lo podría todo, dislacerándole las carnes con la acerada cuchilla de los celos. Ahora, todo había concluido; ya no viviría, evocando sin cesar la execrable imagen.

Un sollozo desgarró su garganta.

—¡Por vida de Dios!..... ¡ah! ¡eso no puede ser! ¡no, no!..... ¡es demasiado! ¡no puede ser!

Luego, de repente, la sacudió con violencia.

—Pero ¡grandísima zorra! ¿por qué te has casado conmigo?..... ¿No sabes que es innoble el haberme engañado de ese modo? Ladronas hay en la cárcel, que no tienen tanto sobre su conciencia..... Me despreciabas, no me querías sin duda, ¿eh?..... ¿Por qué te casaste conmigo?

Ella hizo un gesto vago. ¿Acaso se daba cuenta ahora? Casándose con él sería dichosa, porque

podría romper con el otro. ¡Tantas cosas hay que no se harían y que se hacen, por ser las más prudentes! No, ella no le quería; y lo que trataba de ocultar, era que sin semejante historia, jamás habría consentido en ser su mujer.

—¿Quería casarte, verdad? Buena bestia encontró, ¿eh? ¿Quería casarte para que eso continuara, no? Para tales fines te llevó dos veces.

Severina hizo un ademán afirmativo.

—Para eso te convidaba esta vez también..... Hasta el fin, entonces, se habrían repetido esas obscenidades..... como se repetirán si no te estrangulo.

Y avanzaba sus convulsas manos para cogerla por el cuello; pero esta vez se rebeló ella.

—Eres injusto, pues que soy yo quien se ha negado á ir allí. Tú querías que fuese, y tuve que enfadarme, acuérdate..... Ya ves que yo no quería más. Estaba concluido todo. Jamás hubiese querido ya.

Roubaud comprendió que su mujer decía la verdad; pero no halló en sus palabras el menor consuelo. El atroz dolor, el puñal que tenía clavado en el corazón, era lo irremediable, como lo era cuanto había sucedido entre ella y aquel hombre. Sufría horriblemente por su impotencia para poder remediarlo. Sin soltarla todavía había aproximado al rostro de Severina; parecía fascinado, atraído allí, como para encontrar en la sangre de aquellas diminutas venas azules, todo lo que su mujer le confesaba, y murmuró alucinado:

—En la Croix-de-Maufras, en el cuarto rojo.... Lo conozco, la ventana da sobre el camino de hierro, la cama está enfrente. Y allí, en esa habitación, ha sido.... Comprendo que hable de dejarte la casa. Bien la has ganado. Ya podía mirar por tus cuartos y dotarte, merecía la pena.... ¡Un juez, un hombre millonario, tan respetado, tan instruido, tan elevado! La verdad, se vuelve uno loco. Y dime, ¿si fuese tu padre?....

Severina, haciendo un esfuerzo, se puso en pie, rechazándolo con un vigor extraordinario, para su debilidad de pobre ser vencido, y protestó con violencia.

—¡No, eso no! ¡Todo lo que quieras menos eso! ¡Pégame, márame; pero no digas eso, porque mientes!

Roubaud conservaba una mano de Severina entre las suyas.

—¿Lo sabes tú? Precisamente porque dudas, te sublevas así.

Y como ella tratase de retirar la mano, Roubaud sintió la sortija, la serpiente con cabeza de rubíes, olvidada en el dedo. Arrancósele y la deshizo con el tacón sobre los ladrillos, en un nuevo acceso de ira. Luego anduvo de un lado para otro, mudo, como loco. Ella, sentada al borde de la cama, le miraba fijamente con sus grandes ojos. Y el terrible silencio duró largo rato.

El furor de Roubaud no se calmaba. Cuando parecía haberse disipado un poco volvía en seguida, como la embriaguez, por grandes olea-

das repetidas, que le conducían al vértigo. Ya no era dueño de sí; pegaba al aire, arrojándose á todos los vientos de violencia que le azotaban, cediendo á la única necesidad de satisfacer á la fiera que bramaba en el fondo de su ser. Era una necesidad física, inmediata, como una sed de venganza, que le retorció el cuerpo y que no le dejaría en tanto no la hubiese satisfecho.

Sin detenerse, se golpeó las sienes y tartamudeó con voz agonizante:

—¿Qué es lo que voy á hacer?

Ya no mataría á esa mujer, supuesto que no la había matado enseguida. La cobardía de dejarla viva exasperaba su cólera. Porque aquello era cobarde; si no la había matado, debía ser á que aún lo atraía semejante desdichada. Sin embargo, no podía conservarla á su lado. ¿Iba á echarla á la calle para no volver á verla jamás? Y una nueva ola de sufrimiento lo envolvía, un execrable asco de sí lo embargaba por completo al pensar que no haría eso siquiera. ¿Qué, en fin? No quedaba más que aceptar el vilipendio, llevar á aquella mujer al Havre otra vez y continuar viviendo tranquilamente con ella, como si nada hubiese sucedido. ¡No, no! ¡antes la muerte! ¡la muerte al instante para los dos! Tal le excitó la desazón, que gritó más alto, extrañado:

—¿Qué es lo que voy á hacer?

Desde la cama donde Severina estaba sentada, seguía lo sin cesar con sus rasgados ojos. En el tranquilo afecto de compañera que había

sentido por él, moviase á compasión, al verlo en el estado de atroz dolor en que se hallaba. Las palabrotas, los golpes, todo le habría disculpado ella, si este loco delirio no le hubiese causado tanta sorpresa, una sorpresa de que no acababa de salir. Severina, pasiva, dócil, que muy joven se había doblegado á los deseos de un viejo: que más tarde se había sometido á casarse, deseosa tan sólo de arreglar las cosas, no alcanzaba á comprender semejante estallido de celos, por faltas antiguas de que estaba arrepentida; y sin vicio, con la carne mal despierta aún, en su semiconsciencia de muchacha dulce, casta á pesar de todo, miraba á su marido ir y venir y dar vueltas furioso, como habría mirado á un lobo, como habría mirado á un ser de cualquiera otra especie. ¿Qué pasaba por él? ¿Había tantos en su caso que no se enfadaban! Lo que la espantaba era ver al animal sospechado por ella, hacía tres años, en los sordos gruñidos, desencadenados hoy, rabioso, dispuesto á morder. ¿Qué decirle para impedir una desgracia?

A cada vuelta encontrábase Roubaud junto al lecho, delante de ella. Una vez se atrevió Severina á decirle:

—Escucha.....

Pero él, que no la oía, se dirigió al otro lado de la estancia, como una paja batida por la tempestad.

—¿Qué es lo que voy á hacer? ¿Qué es lo que voy á hacer?

Al fin le cogió ella del puño, deteniéndolo un minuto.

—Vamos, amigo mío, supuesto que soy yo la que no he querido ir allí.... Ni pensaba volver más ¡nunca, nunca! A ti es á quien yo quiero.

Y Severina se tornaba dulce, atrayéndole, levantando los labios para que la besara. Pero al caer sentado junto á ella, la rechazó con un movimiento de horror.

—¡Ah, bribona! ahora querías.... Hace poco no has querido, no tenías ganas de mí.... Y ahora querías, para volver á cogerme, ¿eh? Cuando se tiene á un hombre cogido por ahí, se le tiene fuertemente.... Pero me abrasaría estando contigo ¡sí! un veneno me abrasaría la sangre.

Roubaud temblaba. La idea de poseerla, la imagen de sus dos cuerpos echados en la cama, acababa de atravesarle como una espada de fuego. Y en la sombría noche de su carne, en el fondo de su deseo hollado que sangraba, surgió de pronto la necesidad de la muerte.

—Para que yo no reviente volviendo á estar contigo, mira, es preciso que antes reviente al otro.... ¡Es preciso que lo reviente, que lo reviente!

Su voz crecía al repetir las anteriores palabras, en pie, erguido, como si esas palabras, proporcionándole una resolución, lo hubiesen calmado. No dijo más; dirigióse despacio hacia la mesa, miró la navaja, cuya reluciente hoja estaba abierta, cerróla maquinalmente, y se la



guardó en un bolsillo, quedándose pensativo, sin cambiar de sitio, con la mirada perdida en el vacío. Algunas dudas arrugaban su frente. Para encontrar solución favorable, abrió de nuevo la ventana y su rostro recibió de plano el suave ambiente del crepúsculo. Detrás de él estaba su mujer, que se había levantado, llena otra vez de espanto; y no atreviéndose á interrogarle, tratando de adivinar lo que pasaba, en el fondo de aquel cráneo duro, esperaba de pie también, frente al inmenso cielo. Bajo la próxima noche, destacábanse negras las lejanas casas y el vasto campo de la estación se cubría de una bruma violada. Por la parte de Batignolles, sobre todo, la profunda zanja se hallaba como ahogada entre ceniza, donde comenzaban á borrarse las armaduras del puente de Europa. Hacia París, un postrer reflejo de la tarde hacía palidecer los vidrios de los grandes muelles cubiertos, mientras que debajo se amontonaban las tinieblas. Brillaron algunas luces: era que encendían los mecheros de gas de los andenes.

Una extensa y blanquecina claridad se destacaba allí; era la linterna de la máquina del tren de Dieppe, lleno de viajeros, con las portezuelas cerradas ya, y que sólo esperaba para arrancar la orden del subjefe de servicio. Habíanse producido dificultades, la señal roja del guardaaguja cerraba la vía, mientras que una máquina pequeña venía á recoger algunos coches que una maniobra mal ejecutada había dejado en el camino. Trenes y más trenes desfi-

laban sin cesar entre la creciente sombra, sobre la inexplicable red de los rails, en medio de largas filas de vagones inmóviles, estacionados en las vías de espera. Uno salió para Argenteuil, otro para San Germán; de Cheburgo llegó uno muy largo. Las señales, los silbidos y los toques de bocina se multiplicaban; por todas partes, uno á uno, aparecían fuegos rojos, verdes, amarillos, blancos; todo era una confusión en aquella hora de entre dos luces, en la cual todo parecía deber estrellarse; y todo pasaba, se rozaba y apartaba con el mismo movimiento suave de serpenteo, indeciso en el obscuro fondo del crepúsculo. Pero el farol rojo del guardaaguja desapareció y el tren de Dieppe silbó y se puso en marcha. Del seno de aquel cielo gris comenzaron á desprenderse algunas gotas de lluvia. La noche prometía ser húmeda.

Cuando Roubaud se volvió tenía el semblante lígubre, como invadido por la sombra de la expirante tarde. Su plan estaba formado. Miró la hora en el cuco, y dijo en voz alta:

—Las cinco y veinte.

Sentíase él mismo asombrado: ¡una hora, apenas una hora para tantas cosas! Habría jurado sin duda que los dos estaban a lí devorándose hacia semanas.

—Las cinco y veinte, aún tenemos tiempo.

Severina no cesaba de seguirlo con su anhelante mirar, sin atreverse á interrogarle. Vió que sacaba del armario papel, un frasquito de tinta y una pluma.

—Toma, vas á escribir.

—¿A quién?

—A él.... Siéntate.

Y como se apartase instintivamente de la silla, sin saber aún qué iba á exigir de ella Roubaud, cogióla éste por un brazo y la obligó á sentarse.

—Escribe.... «Salga Ud. esta tarde en el exprés de las seis y treinta, y no se haga presente hasta Rouen.»

Severina tenía la pluma en la convulsa mano y el terror á lo desconocido crecía en ella por momentos; á lo desconocido que ofrecían ante su imaginación estos dos sencillos renglones. Atrevióse, no obstante, á levantar la cabeza en ademán de súplica.

—¿Qué vas á hacer?.... Por Dios te pido que me lo digas....

Roubaud repitió con voz inexorable:

—Escribe, escribe.

Luego, fijos sus ojos en los de Severina, sin cólera, sin palabrotas, pero también con cierta obstinación, bajo cuyo peso sentíase ella oprimida, dijo:

—Lo que voy á hacer.... ya lo verás.... Y óyeme, lo que voy á hacer, quiero que tú lo hagas conmigo.... Así permaneceremos juntos y habrá algo sólido entre nosotros.

Espantábanla estas palabras y retrocedió aún.

—No, no, quiero saber.... No esperes que escriba sin saber de qué se trata.

Entonces, sin hablar, cogióla Roubaud una mano y se la estrechó fuertemente, como queriendo infundirle en la carne su voluntad por medio del dolor. Severina lanzó un grito; su sér se descomponía, se entregaba por completo. A pesar de seguir en la misma ignorancia, su dulzura pasiva no podía negarse á obedecer. Instrumento de amor, instrumento de muerte.

—Escribe, escribe.

Y escribió penosamente, con la dolorida manezuela de niña.

—Perfectamente, te portas bien—dijo Roubaud así que tuvo la carta.—Ahora arregla un poco esto, prepáralo todo, que volveré á buscarte.

Estaba tranquilo. Rehizo el nudo de su corbata delante del espejo, púsose el sombrero y se marchó. Severina oyó que cerraba la puerta y se llevaba la llave. La noche se extendía cada vez más. Aquella mujer permaneció un instante sentada, con el oído atento á todos los ruidos del exterior. En casa de la vecina, la vendedora de periódicos, producíase un lamento sordo y continuo: sin duda algún perrillo olvidado allí. Abajo, en el cuarto de las de Dauvergne, habíase callado el piano. Ahora se oía un alegre alboroto de cacerolas y vajilla. Las dos mujeres estaban ocupadas en la cocina; Clara cuidando un guisado de carnero, y Sofía aderezando una ensalada. Y Severina, anonadada, escuchábalas reír, en medio de la espantosa agonía de aquella noche que iba invadiendo los espacios.

30859

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIV.  
"ALFONSO RIVERA"  
Kndo. 1625 MONTERREY, MEXICO

A las seis y cuarto la máquina del exprés del Havre salió preparada del puente de Europa con dirección á su tren. Por causa de una obstrucción no había podido colocarse este tren bajo la marquesina de las grandes líneas y esperaba al aire libre, entre las tinieblas, donde la fila de algunos mecheros de gas á lo largo de la acera remedaban mortecinas estrellas. Acababa de cesar la lluvia, dejando en pos de sí un ambiente de glacial humedad esparcido por aquel vasto espacio descubierto, que la niebla limitaba en los pálidos fulgores de las fachadas de la calle de Roma. Aquel lugar ofrecíase inmenso y triste, anegado en agua, salpicado acá y allá de un fuego sanguinolento, confusamente poblado de masas opacas las máquinas y los vagones solitarios, trozos de tren dormidos sobre la vía de reserva; y del fondo de aquel lago de sombra surgían ruidos, respiraciones gigantescas, jadeantes de fiebre, silbidos semejantes á los agudos gritos de mujeres á quienes se viola, lejanos toques de bocina, lamentos en medio del bullicio de las calles vecinas.

Diéronse órdenes en voz alta para que añadiesen un coche. Inmóvil, la máquina del exprés perdía por una válvula un gran chorro de vapor, que subía en medio del negro fondo del espacio, donde se bifurcaba en tenues hilos de humo, sembrando de blancas lágrimas el sudario sin fin tendido en el cielo.

A las seis y veinte aparecieron Roubaud y Severina. Ella acababa de dar la llave á la señora

Victoria, al pasar por delante de los retretes, cerca de las salas de espera, y Roubaud la empujaba, con el aspecto de un marido que tiene prisa y á quien la mujer retrasa; él impaciente y brusco, con el sombrero atrás; Severina, con su velo pegado al rostro, jadeante y como traspasada de fatiga. Una oleada de viajeros seguía por el andén adelante y el matrimonio atravesó por entre la multitud buscando con la mirada un departamento de primera vacío. La acera se animaba por momentos, los mozos arrastraban hacia el furgón de cabecera los carretones de equipajes, un vigilante se encargaba de colocar á una familia muy numerosa, y el subjefe de servicio dirigía un vistazo á los enganches de los coches con su linterna en la mano, para ver si estaban bien unidos. Roubaud había encontrado al fin un departamento vacío, en el cual iba á hacer que subiese Severina, cuando fué observado por el jefe de estación, Sr. Vendorpe, que estaba paseándose, acompañado de su jefe adjunto de las grandes líneas, señor Dauvergne, ambos con las manos atrás, mirando la maniobra del coche que añadían. Cruzáronse saludos y fué preciso detenerse y hablar.

Al principio hablaron de la cuestión del subprefecto, que había terminado á satisfacción de todo el mundo. Enseguida se trató de un accidente ocurrido por la mañana en el Havre y que el telégrafo había transmitido: una máquina, la Lison, que el jueves y el sábado hacía el servicio del exprés de las seis y treinta, había sufrido la

rotura de la biela, precisamente al entrar en la estación, y la compostura debía tener paralizado allí durante dos horas al maquinista, Santiago Lantier, un paisano de Roubaud, y á su fogonero, Pécquenx, el marido de la señora Victoria.

En pie, delante de la portezuela del departamento, aguardaba Severina, mientras que su marido afectaba en presencia de aquellos señores una gran tranquilidad de ánimo, levantando la voz y riéndose. Pero hubo un choque y el tren retrocedió algunos pasos; era la máquina que empujaba los primeros vagones sobre el que acababan de traer, el 293, para tener un reservado. Y el hijo de Dauvergne, Enrique, que acompañaba el tren en calidad de conductor jefe, habiendo reconocido á Severina al través de su velo, la libró de sufrir el golpe que la habría dado la portezuela abierta si no la hubiese apartado rápidamente; después, sonriente, muy amable, explicóle que el reservado era para uno de los administradores de la Compañía, que acababa de pedirlo media hora antes de salir el tren. Una sonrisa nerviosa, sin motivo, apareció en los labios de Severina, y Enrique se separó de ella encantado, pues no era la primera vez que pensaba que aquella mujer sería una querida excelente.

El reloj marcaba las seis y veinte y siete. Faltaban todavía tres minutos. De pronto Roubaud, que acechaba de lejos las puertas de las salas de espera mientras hablaba con el jefe de estación, se dispidió de él para reunirse á Severina. Pero

el vagón no permanecía en su primer sitio y tuvieron que andar algunos pasos para encontrar el departamento vacío. Volviendo la espalda, empujó á su mujer, obligándola á subir, mientras que ella, en su ansiosa docilidad, miraba atrás instintivamente, llena de curiosidad. Llegaba un viajero rezagado, sin más que una manta en la mano, con el cuello de su ancho paletot subido y el ala del redondo sombrero tan echada á la cara sobre las cejas, que no se distinguía de su semblante, á la tenue luz del gas, más que un poco de barba blanca. A pesar del manifiesto deseo que el viajero tenía de no ser visto, Vandorpe y Dauvergne se habían adelantado hacia él. Le siguieron y no les saludó hasta cuatro vagones más allá, junto al reservado, donde se metió á toda prisa. Era él. Severina, temblorosa, se dejó caer sobre el asiento. Su marido la deshacía el brazo de un apretón como una última toma de posesión, radiante de alegría, ahora que se hallaba seguro de dar el golpe.

Dentro de un minuto daría la media. Un vendedor se obstinaba en ofrecer los periódicos de la tarde, y algunos viajeros se paseaban todavía por el andén, apurando un cigarrillo. Al fin subieron todos; oíase venir, de ambos lados del tren, á un vigilante que iba cerrando las portezuelas. Y Roubaud, que había tenido la desagradable sorpresa de ver en aquel departamento que creía vacío, una sombra que ocupaba un rincón, una mujer de luto, al parecer muda, inmóvil, no pudo contener una exclamación de cólera, cuan-

do se abrió la portezuela y un vigilante colocó á una pareja, un hombre y una mujer, muy gruesos, que se colaron de rondón. Iban á echar á andar. La lluvia había comenzado de nuevo á caer en mentudas gotas, anegando el vasto campo tenebroso, que sin cesar atravesaban los trenes, cuyos vidrios alumbrados era lo único que se distinguía: una fila de movibles ventanitas. Algunos faroles verdes se habían encendido y varias linternas andaban de acá para allá rascando con el suelo. Y nada más, nada más que una inmensa oscuridad donde se mostraban solas las marquesinas de las grandes líneas, pálidamente alumbradas por un débil reflejo de gas.

Todo se había cubierto de sombras, hasta los ruidos enronquecían; no existía más que el trueno de la máquina, abriendo sus purgadores y arrojando chorros de vapor blanquecino. Inmensos nubarrones ascendían por el espacio, extendiéndose como un negro sudario, entre los cuales pasaban grandes humaredas venidas no se sabe de dónde. Cubrióse aún más el cielo, y una nube de hollín voló con dirección al París nocturno incendiado en sus luces.

Entonces el jefe de servicio levantó la linterna para que el mecánico pidiese vía. Sintieron dos silbidos, y allá abajo, cerca del puesto del guarda-aguja, desapareció la señal roja, siendo reemplazada por una luz blanca. De pie á la puerta del furgón, el conductor jefe aguardaba la orden de marcha, que al cabo transmitió. El maquinista silbó de nuevo y abrió el

regulador. Se marchaba. En un principio, el movimiento era insensible, luego comenzó el tren á rodar. Dirigióse hacia el puente de Europa y se sumergió en el túnel de Batignolles. Sólo se veía de él, sangrando como heridas abiertas, las tres luces posteriores, el triángulo rojo. Todavía pudo seguirse algunos segundos entre las tinieblas de la noche. Después huía sin que nada pudiese detenerlo, aquel tren lanzado á todo vapor. Había desaparecido.

## II

En la Croix-de-Maufras, en un jardín, cortado por el camino de hierro, está colocada la casa, tan cerca de la vía, que todos los trenes que pasan la conmueven. Basta un viaje para que se quede grabada en la memoria; todas las personas que han desfilado por allí, saben que está en aquel lugar, aunque nada conozcan de ella; siempre cerrada, dejada como en abandono, con sus ventanas grises, reverdecidas por los chaparrones del Oeste. Aquello es un desierto; la casa parece aumentar más la soledad de aquel perdido rincón, separado de toda alma viviente, en una legua á la redonda.

Sola, la casa del guarda-aguja permanece allí, en un extremo del camino que atraviesa la vía y llega hasta Doinville, distante cinco kilóme-

do se abrió la portezuela y un vigilante colocó á una pareja, un hombre y una mujer, muy gruesos, que se colaron de rondón. Iban á echar á andar. La lluvia había comenzado de nuevo á caer en mentudas gotas, anegando el vasto campo tenebroso, que sin cesar atravesaban los trenes, cuyos vidrios alumbrados era lo único que se distinguía: una fila de movibles ventanitas. Algunos faroles verdes se habían encendido y varias linternas andaban de acá para allá rascando con el suelo. Y nada más, nada más que una inmensa oscuridad donde se mostraban solas las marquesinas de las grandes líneas, pálidamente alumbradas por un débil reflejo de gas.

Todo se había cubierto de sombras, hasta los ruidos enronquecían; no existía más que el trueno de la máquina, abriendo sus purgadores y arrojando chorros de vapor blanquecino. Inmensos nubarrones ascendían por el espacio, extendiéndose como un negro sudario, entre los cuales pasaban grandes humaredas venidas no se sabe de dónde. Cubrióse aún más el cielo, y una nube de hollín voló con dirección al París nocturno incendiado en sus luces.

Entonces el jefe de servicio levantó la linterna para que el mecánico pidiese vía. Sintieron dos silbidos, y allá abajo, cerca del puesto del guarda-aguja, desapareció la señal roja, siendo reemplazada por una luz blanca. De pie á la puerta del furgón, el conductor jefe aguardaba la orden de marcha, que al cabo transmitió. El maquinista silbó de nuevo y abrió el

regulador. Se marchaba. En un principio, el movimiento era insensible, luego comenzó el tren á rodar. Dirigióse hacia el puente de Europa y se sumergió en el túnel de Batignolles. Sólo se veía de él, sangrando como heridas abiertas, las tres luces posteriores, el triángulo rojo. Todavía pudo seguirse algunos segundos entre las tinieblas de la noche. Después huía sin que nada pudiese detenerlo, aquel tren lanzado á todo vapor. Había desaparecido.

## II

En la Croix-de-Maufras, en un jardín, cortado por el camino de hierro, está colocada la casa, tan cerca de la vía, que todos los trenes que pasan la conmueven. Basta un viaje para que se quede grabada en la memoria; todas las personas que han desfilado por allí, saben que está en aquel lugar, aunque nada conozcan de ella; siempre cerrada, dejada como en abandono, con sus ventanas grises, reverdecidas por los chaparrones del Oeste. Aquello es un desierto; la casa parece aumentar más la soledad de aquel perdido rincón, separado de toda alma viviente, en una legua á la redonda.

Sola, la casa del guarda-aguja permanece allí, en un extremo del camino que atraviesa la vía y llega hasta Doinville, distante cinco kilóme-

tros. Baja, con las paredes agrietadas y las tejas cubiertas de musgo, ofrece un aspecto abandonado y pobre, en medio del jardín que la rodea, plantado de legumbres y cerrado por un seto vivo, en el cual se levanta un gran pozo, tan alto como la casa. El paso de nivel se halla entre las estaciones de Malaunay y Barentín, en la mitad del camino, á cuatro kilómetros de cada una de ellas. Es, por lo demás, muy poco frecuentada; la vieja empalizada, medio podrida, no se abre apenas más que para los carretones de las canteras de Becourt, en el bosque, á media legua. No podría uno imaginarse rincón más apartado de todo ser viviente, pues el túnel del lado de Malaunay corta todo camino, y no se puede comunicar con Barentín más que por un sendero descuidado, á lo largo de la línea. Raras, pues, son las personas que visitan estos sitios.

Aquella tarde, á la puesta del sol, con un tiempo muy nebuloso y desapacible, un viajero, que acababa de salir de un tren del Havre en Barentín, seguía con ligero paso el sendero de la Croix-de-Maufras. El país está formado por una serie continua de valles y de cuestas, una especie de elevación del suelo, atravesado por el camino de hierro, alternativamente, sobre terraplenes y trincheras. A los dos lados de la vía, estas quebraduras continuas del terreno, estas elevaciones y depresiones, acaban por hacer casi intransitables los caminos, y aumentan la gran soledad de aquellos parajes. Los terrenos, blan-

cuzcos, permanecen incultos; algunos árboles coronan las elevaciones de varios bosquecitos, mientras que á lo largo de los estrechos valles corren arroyos, sobre los cuales proyectan su sombra algunos sauces. Otras elevaciones gredosas están absolutamente desnudas, sucediéndose los cotos estériles, en un silencio y abandono mortales. Y el viajero, joven, vigoroso apretaba el paso, como para escapar á la tristeza del crepúsculo, tan dulce en aquella triste tierra.

En el jardín del guarda barrera sacaba agua del pozo una muchacha alta, de diez y ocho años, rubia, fuerte, de labios grandes, ojos verdosos, frente estrecha y abundante cabellera. No era bonita; tenía muy sólidas las caderas, y los brazos duros como los de un mozo. En cuanto vió al hombre bajar por el sendero, soltó el cubo y corrió á colocarse delante de la verja que cerraba el seto vivo.

—¡Hombre! ¡Santiago!—exclamó.

El había levantado la cabeza. Acababa de cumplir veintiséis años, era de elevada estatura, muy moreno, hermoso muchacho de redondeado rostro, cuyas regulares facciones estaban estropeadas por unas mandíbulas demasiado desarrolladas. Sus cabellos espesos se ensortijaban, naturalmente, del mismo modo que su bigote, tan espesos y negros, que aumentaban la palidez de su rostro. Dijérase que era un caballero, al ver su fina piel y bien afeitadas mejillas, si no se viera de otra parte el sello indeleble del

oficio, las grasas que amarilleaban ya sus manos de maquinista, manos que, á pesar de todo, eran pequeñas y delicadas.

— Buenas tardes, Flora — dijo sencillamente.

Pero sus ojos, que eran grandes y negros, sembrados de puntitos color de oro, estaban como turbados por una humareda roja que los hacia palidecer. Los párpados se le abatían y los ojos se extraviaban revelando un malestar que rayaba en el sufrimiento. Y todo el cuerpo presentaba cierto movimiento instintivo de retroceso.

Ella, inmóvil, con los ojos fijos en él, había notado este involuntario estremecimiento, que trataba de reprimir, cada vez que hablaba con una mujer. La joven se mostraba también seria y triste. Luego, deseosa de ocultar su malestar, como él la preguntase si su madre estaba en casa, aunque de sobra sabía que estaba enferma ó incapaz de salir, no respondió más que con un signo de cabeza, apartándose para que pasase sin tropezarla, y se volvió al poco sin pronunciar una palabra, con el talle erguido y altivo.

Santiago atravesó con paso rápido el jardín y entró en la casa. Allí, en medio de la primera pieza, una extensa cocina donde comían y vivían, hallábase sola la señora Eufrosia, sentada cerca de la mesa, sobre una silla de paja, con las piernas envueltas en un viejo mantón. Era aquella una prima de su padre, una Lantier, que le había servido de madrina, y que, á la edad de

seis años le había recogido en su casa, cuando su padre y su madre, huyendo á París, le habían dejado solo en Plassans, donde después había seguido los estudios en la Escuela de Artes y Oficios. Profesábala él gran reconocimiento, diciendo que á ella únicamente le debía el haberse abierto paso.

Cuando llegó á ser maquinista de primera clase, en la Compañía del Oeste, después de haber permanecido dos años en el camino de hierro de Orleans, había encontrado á su madrina, casada en segundas nupcias con un guarda-aguja llamado Misard, desterrado con las dos hijas de su primer matrimonio en aquel perdido rincón de la Croix-de-Maufras. Hoy, aunque contando cuarenta y cinco años apenas, la hermosa Eufrosia, en otros tiempos tan robusta, parece que tiene sesenta, delgada y amarillenta, sacudida por continuos calofríos.

Esta lanzó un grito de alegría.

— ¡Cómo! ¡tú por aquí, Santiago!.... ¡Ah! ¡qué sorpresa, muchacho!

Besóla él en las mejillas, explicándole que acababa de tener inopinadamente dos días de permiso forzado. La Lison, su máquina, al llegar por la mañana al Havre, se rompió una biela, y como la reparación no podía quedar terminada antes de veinticuatro horas, no reanudaría él su servicio hasta el día siguiente por la tarde, para el exprés de las seis y cuarenta. Con este motivo había querido abrazarla. Dormiría allí, y no saldría de Barentin sino en el tren de las siete y



veintiséis minutos de la mañana. Y conservaba entre sus manos las de aquella pobre mujer, diciéndole cuánto le había inquietado su última carta.

—¡Ah! sí, hijo mío, esto va mal..... ¡Qué listo has sido en adivinar mi deseo de verte! Pero ya sé hasta qué punto estás sujeto y no me atrevía á pedirte que vinieras. En fin, ya estás aquí, y ¡si supieses qué peso tengo en el corazón!

Interrumpióse la mujer para dirigir con miedo una mirada por la ventana. Bajo el aspirante día, al otro lado de la línea, veíase á su marido, Misard, en un puesto de vigilante, una de esas cabañas de tablas, enclavadas en el suelo cada cinco ó seis kilómetros y unidas por aparatos telegráficos, á fin de asegurar la buena circulación de los trenes. Mientras que su mujer, y Flora después, estaba encargada de la barrera del paso nivel, habían hecho de Misard un estacionario.

Como si hubiese podido oirla, bajó la voz en medio de un temblor convulsivo.

—¡Creo que está envenenándome!

Santiago se sintió sobrecogido al oír tal revelación, y sus ojos, al volverse también hacia la ventana, se nublaron por aquella singular turbación.

—¡Oh! tía Eufrasia ¡qué idea!—murmuró.— ¡Tiene un aspecto tan dulce y tan inofensivo!

Un tren que iba al Havre acababa de pasar y Misard había salido de su puesto para cerrar la vía detrás de sí. Mientras subía el barrote, po-

niendo en el rojo la señal, estuvo mirándolo Santiago. Era aquel un hombrecillo de malas trazas, pobre de barba y no más rico de cabellos incoloros, con una cara hundida y miserable. Con todo, mostrábase silencioso, tímido y nunca enfadado, con una cortesía exagerada en presencia de sus jefes. Había entrado en la caseta de tablas para inscribir en el horario la hora del paso y para tocar los dos botones eléctricos, de los cuales uno dejaba la vía libre al puesto precedente y el otro anunciaba el tren al puesto siguiente.

—¡Ah! no le conoces—repuso la señora Eufrasia.—Te digo que me está haciendo tomar alguna porquería..... Yo, que era tan fuerte y me lo hubiese comido, estoy supeditada á ese escrúpulo de hombre.

Ella se encolerizaba llena de sordo rencor y temerosa, y desahogaba su corazón, satisfecha de tener al fin á quien contar sus penas. ¿Dónde había tenido la cabeza para casarse con semejante socarrón, sin un cuarto, avaro, cinco años menor que ella y con dos hijas, una de seis años y otra de ocho? Diez años hacía que había hecho tan buen negocio y no pasaba una hora sin que se arrepintiese de aquella miserable existencia, de aquel destierro en un helado rincón del Norte, donde tiritaba, aburrida hasta morir, sin tener nadie con quien hablar, ni siquiera una vecina. El era un antiguo trabajador de la vía, que á la sazón ganaba mil quinientos francos como estacionario; ella, desde el principio, tenía

cincuenta francos por la barrera, de la cual estaba hoy encargada Flora; y allí se encerraban lo presente y lo porvenir; ninguna otra esperanza le quedaba como no fuese la de vivir y morir en aquel rincón á mil leguas de los seres vivientes. Lo que no contaba eran los consuecos que aún tenía, antes de caer mala, cuando su marido trabajaba en el balastre, y permanecía sola guardando la barrera con sus dos hijas; pues poseía entonces desde Rouen al Havre, en toda la línea, tal reputación de mujer hermosa, que los inspectores de la vía la visitaban de paso; hasta había rivalidades entre ellos; los capataces de otro servicio estaban siempre turnando, para redoblar la vigilancia. El marido no era un obstáculo. Deferente con todo el mundo, se deslizaba por todas las puertas, yendo y viniendo sin ver nada; pero aquellas distracciones habían cesado ya, y ella se pasaba en aquel sitio las semanas, los meses, sobre la misma silla, en aquella soledad, sintiendo descomponerse un poco más su cuerpo de hora en hora.

—Te digo—repitió para concluir—que es él quien se ha encarnizado contra mí, y acabará conmigo, aunque es tan pequeño.

El ruido de un timbre le hizo dirigir una mirada inquieta al exterior. Era el puesto precedente que anunciaba á Misard un tren que iba con dirección á París, y la aguja del aparato de vigilancia, colocada delante del cristal, se había inclinado en sentido de la dirección. Detuvo el timbre y salió para anunciar el tren con dos so-

nidos de bocina. Flora, en aquel momento, fué á empujar la barrera; luego se puso delante, con la bandera recta, en su vaina de cuero. Oíase el ruido del tren, un exprés oculto por una curva del camino, el cual se aproximaba con creciente rugido. Pasó como un relámpago, haciendo retemblar la casucha y amenazando derribarla en medio de un viento de tempestad. Flora volvió á sus legumbres, y Misard, después de haber cerrado la vía ascendente detrás del tren, fué á abrir otra vez la vía descendente bajando el barrote, para borrar la señal roja, pues un nuevo timbre, acompañado de la elevación de la otra aguja, acababa de advertirle que el tren que había pasado cinco minutos antes había salido del puesto siguiente. Volvió á entrar, previno á los dos puestos, inscribió el paso y esperó. Tarea siempre la misma que ejecutaba durante doce horas, viviendo y comiendo allí, sin leer tres líneas de un periódico, sin que pareciese siquiera que su oblicuo cráneo encerrara idea alguna.

Santiago, que otras veces daba broma á su madrina sobre el extrago que causaba entre los inspectores de la vía, no pudo menos de sonreírse diciendo:

—Bien puede ser que tenga celos.

Pero Eufrasia se encogió de hombros como con lástima, mientras que una sonrisa apareció irresistible en sus pálidos labios.

—¡Ah! ¿Qué estás diciendo, hijo mío?.... ¡Celoso él! Siempre se ha dado por muy satisfe-

cho desde el momento en que nada le salía del bolsillo.

Después, víctima nuevamente de su estremecimiento, dijo:

—No, no, á él no le importa eso, lo que le importa es el dinero.... Lo que nos ha enfadado, mira, ha sido que no he querido darle los mil francos de papá el año pasado, cuando heredé. Entonces, como me amenazaba, á causa de los disgustos caí mala.... Y el mal no me ha dejado desde entonces, sí, precisamente desde entonces.

El joven comprendió, y como creía serían ideas lúgubres de mujer enferma, trató de disuadirla. Pero ella se obstinaba, como persona cuya opinión está firmemente formada. Entonces acabó él por decir:

—Pues bien, nada hay tan sencillo como que todo eso concluya si Ud. quiere. Dale Ud. los mil francos.

Un esfuerzo extraordinario la puso en pie, como resucitándola.

—¿Los mil francos? ¡Jamás! Prefiero reventar.... ¡Ah! Están ocultos, bien ocultos. Aunque revuelvan toda la casa, creo que no los encontrarán.... Y bastante la ha revuelto el indino. Le he oído de noche golpear en las paredes. ¡Busca, busca! Aunque no fuese más que el placer de verlo alargarse la nariz, me bastaría para tener paciencia.... Falta saber quién decaerá primero de los dos, si él ó yo. Estoy llena de desconfianza y no tomo nada de lo que él toca.

Aunque yo reventase, no tendría los mil francos. Preferiría dejarlos enterrados.

La mujer cayó de nuevo sobre la silla, sin fuerzas, sacudida por otro sonido de bocina. Era Misard, que desde el umbral del puesto de vigilancia, avisaba la llegada de un tren que iba al Havre. A pesar de la obstinación en que la mujer se encerraba de no dar la herencia, le tenía un secreto miedo, el miedo del coloso ante el insecto que lo roe. El tren anunciado, el mixto salido de París á las doce y cuarenta y cinco de la tarde, venía á lo lejos, produciendo un sordo ruido al rodar sobre los rails. Oíasele salir del túnel, resoplar más fuerte en el campo. Luego pasó con el trueno de sus ruedas y la masa de sus vagones, con la invencible fuerza del huracán.

Santiago, con los ojos levantados hacia la ventana, había mirado desfilas los vidrios cuadrados, donde se dibujaban perfiles de viajeros. Quiso desvanecer las ideas negras de Eufrasia, y repuso de broma:

—Madrina, se queja Ud. de no ver jamás ni un gato en este rincón.... ¡Pues ahí tiene usted gente!

Ella no comprendió en un principio.

—¿Dónde hay gente?... ¡Ah! sí, esos que pasan. ¡Vaya una gracia! No se les conoce ni se puede hablar con ellos.

Santiago se reía.

—Pues ya me conoce Ud. á mí y me ve pasar á menudo.

—A tí te conozco, y como sé la hora á que llega tu tren, te veo en la máquina. Tú no haces más que pasar. Ayer hiciste así con la mano, pero yo no pude contestarte..... No, no, esa no es manera de ver á la gente.

Sin embargo, esta idea de la oleada de gente que los trenes ascendentes y descendentes arrastraban cotidianamente ante ella, en medio del gran silencio de su soledad, la dejaba pensativa, fija la mirada en la vía que iba borrándose entre las sombras de la noche. Cuando podía valerse, é iba y venía colocándose delante de la barrera, con la bandera empuñada, no pensaba jamás en estas cosas. Pero ensueños confusos, apenas formulados, le embrollaban la cabeza, desde que pasaba los días en aquella silla, no teniendo en qué pensar, sino en la lucha sorda que sostenía con su marido. Parecíale sarcástico vivir perdida en el fondo de aquel desierto, sin un alma á quien confiarse, cuando de día y de noche, continuamente, desfilaban tantos hombres y mujeres, en la tempestad de trenes, que conmovían la casa, huyendo á todo vapor. A buen seguro que todo el mundo pasaba por allí, no solamente franceses, sino también extranjeros, gentes venidas de las comarcas más lejanas, supuesto que nadie podía permanecer ahora en su casa, y que todos los pueblos, según se decía, no formarían pronto más que uno. Esto sí que era el progreso, todos hermanos, rodando todos juntos, allá abajo, hacía un país de Jauja. Ella trataba de contarlos, por término medio, á tan-

tos por vagón: había muchos, y no lograba su deseo. Frecuentemente creía reconocer algunas caras, la de un señor de barba rubia, un inglés sin duda, que cada semana hacía el viaje de París, y la de una señora morena, que pasaba regularmente el miércoles y el sábado. Pero pasaban como un relámpago, y no estaba segura de haberlos visto, porque todos los rostros se confundían como semejantes, desapareciendo los unos en los otros. El torrente corría no dejando huella de sí. Y lo que la ponía triste era que bajo aquel rodar continuo, bajo tanto bienestar y dinero que se paseaban, sentía que aquella multitud, siempre rugiente, ignoraba que ella estuviese allí, en peligro de muerte, hasta tal punto, que si su hombre acababa con ella alguna noche, los trenes continuarían cruzándose cerca de su cadáver, sin sospechar siquiera el crimen cometido en el fondo de su aislada casa.

Eufrasia se había quedado con los ojos fijos en la ventana, y resumió lo que experimentaba demasiado vagamente para explicarlo con detenimiento.

—¡Ah! es una hermosa invención, no se puede negar. Se camina con rapidez, sabemos más..... Pero las fieras salvajes siguen siendo fieras salvajes, y por más que se inventen máquinas mejores todavía, siempre habrá fieras salvajes.

Santiago movió otra vez la cabeza para decir que pensaba como ella. Hacía un instante que estaba mirando á Flora ocupada en abrir la ba-

rrera, delante de un carro de cantera, cargado con dos enormes piedras. El camino servía únicamente á las canteras de Becourt, de tal modo, que por la noche la barrera se cerraba con una cadena, siendo raro que hiciesen levantar á la joven. Viendo á ésta hablar familiarmente con el carretero, un jovencillo moreno, exclamó Santiago:

—¡Toma! ¿Está malo Cabuche, que su primo Luis guía las caballerías?... Madrina, ¿ve Ud. á menudo á ese pobre Cabuche?

Ella levantó las manos sin responder, lanzando un profundo suspiro. Aquello era todo un drama del otoño último, que no podía mejorarla: su hija Luisita, la menor, que estaba como criada en casa de la señora de Bonnehon, en Doinville, se había escapado una noche, loca, herida, para ir á morir en casa de su buen amigo Cabuche, en la que éste habitaba en pleno bosque. Habían corrido rumores, que acusaban de estupro al presidente Grandmorin; pero nadie se atrevía á repetirlo en voz alta. La misma madre, aunque supiese á qué atenerse, no quería tratar de este asunto. Sin embargo, acabó por decir:

—No, ya no viene, se ha convertido en un verdadero lobo.... ¡La pobre Luisita, que era tan mona, tan blanca, tan agradable! ¡Cuánto me amaba! ¡Qué bien me hubiese cuidado! Mientras que Flora ¡Dios mío! no me quejo, pero es muy terca y sólo quiere hacer su santa voluntad, y tiene un carácter muy violento.... Todo esto es bien triste.

Santiago, mientras escuchaba, seguía con los ojos el carro que, á la sazón, atravesaba la vía. Pero las ruedas se enredaron en los rails, y fué preciso que el conductor hiciese crujir su látigo, mientras que Flora excitaba las caballerías con sus voces.

—¡Diantre!—exclamó el joven—Dios quiera que no llegue un tren, porque los haría una tortilla.

—¡Oh! no hay peligro—repuso la señora Eufrasia.—Flora es temeraria algunas veces, pero conoce bien su oficio y abre el ojo.... Gracias á Dios hace cinco años no experimentamos accidente alguno. Antes fué atropellado un hombre. Nosotros no hemos sufrido más que el atropello de una vaca, que por poco hace desearrilar un tren. ¡Ah! ¡pobre animal! la cabeza se encontró en un lado, cerca del túnel, y el cuerpo en otro.... Con Flora puede uno dormir á pierna suelta.

El carro había pasado, dejando oír las profundas sacudidas de sus ruedas contra las piedras del camino. Entonces Eufrasia volvió á su constante preocupación: la idea de la salud, tanto en los demás como en ella.

—¿Estás completamente bien ahora? ¿Te acordarás de los padecimientos que tenías en nuestra casa y de los cuales nada comprendía el médico?

Santiago sufrió un desvanecimiento de la vista.

—Estoy muy bien, madrina.

—¡De veras! ¿Ha desaparecido todo? ¿Ese do-

lor que te atravesaba el cráneo por detrás de las orejas? ¿Los accesos de fiebre y la tristeza que hacía ocultarte como una bestia en el fondo de su guarida?

A medida que hablaba, turbábase más Santiago, víctima de un malestar, y acabó por interrumpirla, diciendo con voz débil:

—Le aseguro á Ud. que estoy muy bien, no tengo nada, nada absolutamente.

—¡Vamos, tanto mejor, hijo mío!.... No habría de curarme yo porque tú estuvieses malo. Además, es natural que á tu edad tengas salud. ¡Ah! no hay nada mejor que tener salud.... Te has portado muy bien viniendo á verme cuando podías haber ido á otra parte á divertirme. Comerás con nosotros y te acostarás arriba en el granero junto al cuarto de Flora.

Pero otra vez, un toque de trompeta le cortó la palabra. Ya era de noche, y al mirar por la ventana, sólo distinguieron confusamente á Misard hablando con otro hombre. Acababan de dar las seis, y dejaba encargado de su servicio al que lo reemplazaba de noche. Ya iba á quedarse libre después de las doce horas pasadas en aquella caseta, amueblada únicamente con una mesa donde estaban los aparatos, un taburete y un calorífero, cuyo calor demasiado fuerte le obligaba á tener casi siempre la puerta abierta.

—¡Ah! ya viene—murmuró la señora Eufrosia, llena de miedo.

El tren anunciado llegó, largo y pesado, con su rugido cada vez más perceptible. Y el joven

tuyo que inclinarse para que le oyese la enferma, conmovido por el estado miserable en que la veía y deseoso de consolarla.

—Escuche Ud., madrina, si verdaderamente tiene malos propósitos, tal vez lo detenga el saber que ando yo de por medio.... Haría Ud. bien en confiarme los mil francos.

Ella se rebeló otra vez.

—¡Mis mil francos! ¡ni á tí ni á él!.... ¡Te digo que prefiero reventar!

En aquel momento pasaba el tren, con su tempestuosa violencia, como si barriese todo delante de él. La casa retembló, envuelta en una oleada de viento. Aquel tren, que iba al Havre, llevaba muchos viajeros, pues el día siguiente domingo había una fiesta, el lanzamiento de un navío. A pesar de la velocidad, por las vidrieras de las portezuelas se habían podido ver las filas de las cabezas de los viajeros que llenaban los departamentos, filas que se sucedían, desapareciendo con rapidez vertiginosa. ¡Cuánta gente! ¡Otra vez la multitud, la multitud sin fin, en medio del rodar de los vagones, del silbar de las máquinas, del tictac del telégrafo y el tintineo de los timbres eléctricos! Aquello era como un gran cuerpo, un ser gigante acostado en tierra con la cabeza en París, las vértebras á lo largo de la línea, los miembros unidos por los topes y los pies y las manos en el Havre y en otras ciudades de llegada. Y aquello pasaba, pasaba, triunfal marchando con una rectitud matemática, en medio de la ignorancia voluntaria

de cuanto había de humano, en los dos lados del camino, la eterna pasión y el eterno crimen.

Flora entró la primera, encendió una lamparita de petróleo, sin pantalla, y puso la mesa. Nadie pronunció una palabra. Sobre el hogar calentábase una sopa de coles. Estaba Flora sirviéndola, cuando Misard entró á su vez, sin manifestar sorpresa por ver allí al joven. Tal vez lo había visto llegar, pero no se lo preguntó. Un apretón de manos, tres breves palabras, nada más. Santiago tuvo que repetir espontáneamente la historia de la biela rota, su idea de venir á ver á su madrina y quedarse á dormir allí. Misard se contentó con mover la cabeza, como si lo hallase todo perfectamente, y todos se sentaron, empezando á comer sin prisa y en silencio. Eufrasia, que desde por la mañana no había quitado los ojos de la olla donde hervía la sopa de coles, aceptó un plato. Su marido se había levantado para darle el agua de hierro, olvidada por Flora, una garrafa llena de clavos; pero ella no la probó. Misard, enclenque, con su maligna tos, no parecía observar las ansiosas miradas con que Eufrasia seguía sus menores movimientos. Como ella pidiese sal, que no había en la mesa, dijole él que tendría que arrepentirse de comer tanto, pues esto era lo que la ponía mala; y se levantó trayendo un poco en una cuchara, aceptándola ella sin desconfianza, porque la sal lo purificaba todo, según decía. Entonces hablaron del tiempo verdaderamente tibio que hacía aquellos días, y de un descarri-

lamiento acacido en Maromme. Santiago acabó por creer que su madrina tenía pesadillas despierta, pues no sorprendía nada en aquel escrúpulo de hombre de indecisa mirada. Tardaron más de una hora en comer. Cuatro veces á la señal de la trompeta había salido Flora un momento. Los trenes pasaban sacudiendo los vasos sobre la mesa; pero ninguno de los convidados se fijaba en ello.

Un nuevo toque de trompeta se oyó, y esta vez Flora, que acababa de quitar la mesa, no volvió. Dejaba á su madre y á los dos hombres sentados á la mesa delante de una botella de aguardiente de cidra. Los tres permanecieron allí media hora todavía. Luego Misard, que hacía un instante había fijado sus ojos en un rincón de la estancia, cogió su gorra y salió dando las buenas noches. Merodeaba en los arroyuelos vecinos, donde había muchas anguilas, y nunca se acostaba sin ir á visitar el fondo de dichos arroyuelos.

En cuanto Misard se marchó, dirigió Eufrasia una mirada á su ahijado diciéndole:

—¿Le has visto? ¿Le has visto registrar con la mirada aquel rincón?... Es que se le ha ocurrido la idea de que yo podía haber ocultado mi bolsa detrás del puchero de manteca.... ¡Ah! le conozco bien, estoy segura de que esta noche separará el puchero para verlo.

Su cuerpo se había cubierto de un copioso sudor y sus miembros se agitaban convulsos.

—¡Mira! ¡eso está ahí todavía! Debe haberme

I.

envenenado, porque tengo la boca amarga como si hubiese tomado monedas de cobre viejo. Dios sabe, sin embargo, que nada he tomado de sus manos..... Esta noche no puedo más, mejor es que me acueste. Adiós, hijo mío, porque si te vas mañana á las siete y veintiséis, será demasiado temprano para mí. Vo' verás, ¿no es eso? y espere-  
remos que todavía esté yo en pie.

Santiago tuvo que ayudarla á entrar en su cuarto, donde se acostó, quedándose dormida, sin fuerzas. En cuanto se vió solo, dudó Santiago si subir á echarse sobre el heno que le esperaba en el granero. Pero no eran más que las ocho menos cuarto y tiempo le quedaba de dormir. Salió á su vez, dejando encendida la lamparilla de petróleo en la casa vacía y soñolienta, conmovida de vez en cuando por algún tren.

Fuera ya, Santiago experimentó los efectos de la suavidad del ambiente. Sin duda iba á llover más. En el cielo una nube lechosa, uniforme, se había extendido, y la luna llena, que no se veía, oculta detrás de la nube, aclaraba toda la bóveda celeste con un color rojizo. También se distinguía claramente el campo, cuyas tierras y eminencias y cuyos árboles se destacaban negros enmedio de aquella luz igual y mortecina, como seres insomnes. Dió la vuelta á la reducida huerta. Después pensó marcharse hacia Doinville, porque allí la subida del camino era menos áspera. Pero la vista de la casa solitaria, construída de cualquier manera al otro lado de la línea, lo atrajo, y atravesó la vía pasando por la

empalizada, pues la barrera estaba ya cerrada por la noche. Esa casa conocíala él perfectamente y la miraba en todos sus viajes, enmedio del rugido de su veloz máquina, molestándole sin que supiese por qué, con la sensación confusa que producía en su existencia. Cada vez experimentaba, primero como miedo de no volver á encontrarla allí, y después como cierto malestar al verla en su sitio. Nunca había visto abiertas sus puertas y sus ventanas. Todo lo que le habían dicho de ella era que pertenecía al presidente Grandmorin; y aquella noche sintió un deseo irresistible de pasearse en sus alrededores para saber más.

Santiago permaneció un rato parado en el camino frente á la verja. Retrocedía y se alzaba sobre las puntas de los pies, tratando de darse cuenta. El camino de hierro, al cortar el jardín, no había dejado delante de la casa más que un estrecho parterre cerrado por tapias; detrás se extendía un vasto terreno rodeado por un seto vivo. Ofrecía cierto aspecto de lúgubre tristeza en su abandono, con el reflejo rojizo de aquella nebulosa noche. Disponíase Santiago á alejarse, sintiendo un calofrío, cuando notó que había un agujero en el seto. La idea de que sería cobarde si no entraba le hizo pasar por el agujero. Su corazón latía violentamente. Pero enseguida se detuvo al ver una sombra agazapada.

—¡Cómo! ¿eres tú?—exclamó asombrado al reconocer á Flora.—¿Qué haces aquí?

También ella sintió un estremecimiento de



sorpresa. Repuesta luego, dijo tranquilamente:

—¡Ya lo ves, estoy cogiendo cuerdas..... han dejado un montón y se pudrirían sin servir á nadie. Por eso yo, que las necesito, vengo á cogerlas.

—En efecto, con unas grandes tijeras en la mano, sentada en el suelo, estaba Flora desenredando las lias de cuerdas y cortando los nudos que se resistían.

—¿No viene el propietario?—preguntó el joven.

Ella se echó á reír.

—¡Oh! Desde la cuestión de Luisita no hay cuidado que el presidente se atreva á asomar la punta de su nariz por la Croix-de-Maufras. Puedo cogerle sus cuerdas sin cuidado.

Santiago se calló un momento, turbado por el recuerdo de la trágica aventura que evocaba.

—Y tú, ¿crees lo que Luisita ha contado? ¿crees que él haya querido violarla y que luchando es como se ha herido ella?

Flora exclamó bruscamente dejando de reírse:

—Luisita nunca ha mentido, ni Cabuche tampoco.... Es amigo mío.

—Y tal vez tu novio á estas horas.

—¡El! Habría que ser una famosa *ramera*....

¡No, no! es mi amigo; yo no tengo novio ni quiero tenerlo.

Flora había erguido su poderosa cabeza, cuyo espeso vellón le dejaba descubierto poco espacio de frente; y de todo su robusto ser se desprendía una salvaje energía de voluntad. Ya era la he-

roina de una leyenda en el país. Contábanse historias de salvamentos: una carreta retirada de la vía al pasar un tren; un vagón que bajaba solo por la cuesta de Barentín, detenido; como una bestia feroz galopando al encuentro de un exprés. Y estas pruebas de fuerza asombraban, haciendo que los hombres la desearan, tanto más cuanto que la creyeron fácil en un principio, porque vagaba por los campos, buscando los rincones más apartados y echándose en el fondo de las cuevas, con los ojos abiertos é inmóvil. Pero los primeros que se habían arriesgado no volvieron á sentir gana de comenzar la aventura. Como la gustaba bañarse desnuda en un vecino arroyo, algunos pilluelos de su edad habían ido por verla; pero ella logró coger á uno de ellos, y sin tomarse siquiera el cuidado de ponerse la camisa, lo vapuleó de tal modo que ya nadie iba á observarla. En fin, esparcíase el murmullo de una historia con cierto guarda-aguja del empalme de Dieppe, acaecida al otro lado del túnel; un tal llamado Ozil, muchacho de treinta años, muy honrado, á quien ella pareció dar algunas esperanzas, pero que, habiendo tratado de violentarla cierta noche, por poco le deja muerto de un garrotazo. Flora era virgen y guerrera, desdeñosa de varón, lo que acabó por convencer á las gentes de que tenía la cabeza extrañada.

Al oírla declarar que no quería novios, Santiago continuó sus zumbas.

—Entonces ¿no se realiza tu casamiento con

Ozil? Yo había oído decir que todos los días andabas buscándole por el túnel.

Ella se encogió de hombros.

—¡Ah! mi casamiento..... Me hace gracia lo del túnel. Dos kilómetros y medio de galopar á oscuras, con el miedo de que un tren pueda aplastarla á una si no abre bien el ojo. ¡Hay que oír á los trenes allá abajo!... me tiene aburrída ese Ozil. Ya no es á él á quien quiero.

—¿Quieres, pues, á otro?

—¡Ah! no lo sé..... ¡No á fe mía!

Y soltó una carcajada, mientras un fuerte nudo que no podía deshacer, reclamaba toda su atención. Luego, sin levantar la cabeza, como absorbida por su tarea, dijo:

—Y tú, ¿no tienes novia?

Santiago á su vez se puso serio. Sus ojos se extraviaron, fijándose á lo lejos en la noche.

Después respondió con brevedad:

—No.

—Eso es, me han contado que odias á las mujeres. Además, no te conozco de ayer; jamás nos has dirigido una palabra amable..... ¿Por qué, di?

Santiago continuaba callado, y Flora, abandonando el nudo, se decidió á mirarle.

—¿Es que sólo quieres á tu máquina? Se dicen muchas cosas respecto de eso, ¿sabes? Dicen que estás siempre en la frontera haciéndola relucir, como si sólo tuvieses caricias para ella..... Yo te lo digo porque soy amiga tuya.

El también la miraba ahora á la pálida cla-

ridad del nebuloso cielo. Y se acordaba de ella cuando era pequeña, violenta y voluntariosa, saltándole al cuello en cuanto lo veía, sintiendo por él una pasión de niña salvaje. Después fué perdiéndola de vista, encontrándola cada vez más crecida, pero recibiéndole siempre del mismo modo, acosándole más y más con la llama de sus claros ojos. A la sazón era una soberbia mujer, codiciable; y sin duda le quería hacia mucho tiempo, desde su niñez. Su corazón comenzó á latir, presintiendo repentinamente que aquella mujer le amaba apasionadamente. Trastornaban su cabeza oleadas de sangre, y su primer movimiento fué huir. El deseo le había vuelto loco siempre; todo lo veía rojo.

—¿Qué haces ahí de pié? Siéntate.

El vaciló de nuevo. Luego, vencido por la necesidad de gustar otra vez del amor, flaqueándole las piernas, dejóse caer junto á ella sobre el montón de cuerdas. No hablaba, tenía seca la garganta. A la sazón era ella, la orgullosa, la seria, quien hablaba por los codos, aturdiéndose á sí misma.

—¿Ves qué mal hizo mamá casándose con Misard? Siempre la jugará alguna mala partida... Yo me lavo las manos, porque bastante tiene una con sus quehaceres, ¿no es verdad? Además, mamá me envía á acostar en cuanto quiero intervenir..... ¡Que se desenrede ella! Yo vivo fuera pensando en cosas para más tarde.... ¡Ah! Te vi pasar esta mañana en tu máquina, desde esos matorrales de allí abajo donde estaba sen-

tada. Pero tú no miras nunca..... Ya te diré las cosas en que pienso, pero no ahora, más tarde, cuando seamos amigos del todo.

Había dejado caer las tijeras, y él, siempre mudo, se había apoderado de sus dos manos. Ella, encantada, se las abandonaba. Sin embargo, cuando Santiago se las llevó á los labios, Flora sufrió un estremecimiento de virgen. La guerrera se despertaba batalladora, á esta primera aproximación del hombre.

—¡No, no! déjame, no quiero..... Estate quieto, hablaremos..... Los hombres no pensáis más que en eso. ¡Ah! si yo te repitiese lo que Luisita me contó el día que murió en casa de Cabuche..... Por lo demás, ya estaba yo enterada de lo que es el presidente, porque le he visto hacer algunas porquerías cuando venía aquí con ciertas muchachas..... Hay una de quien nadie sospecha..... la ha casado después.

Santiago no escuchaba. Habíala cogido brutalmente y deshacía su boca contra la de ella.

Flora lanzó un débil grito, una queja más bien, profunda y dulce, donde estallaba la confesión de su ternura, oculta durante mucho tiempo; pero seguía luchando, á pesar de que lo deseaba. Sin proférerir palabra, pecho contra pecho, forcejeaban á ver quién caía primero. Un instante pareció ser ella la más fuerte; habría podido tirar á Santiago debajo de sí, á no ser porque éste la agarró del pescuezo. Saltó el corpiño y aparecieron los dos pechos, duros, blan-

cos como la leche. Flora cayó de espaldas, vencida.

Entonces él, jadeante, con los miembros agitados por un temblor nervioso, se detuvo mirándola en vez de poseerla. Un furor súbito pareció apoderarse de Santiago, una ferocidad que le hacía buscar con los ojos un arma, una piedra, cualquiera cosa con que matarla. Sus miradas encontraron las tijeras brillando entre los montones de cuerdas, y se apoderó de ellas, para hundirlas en aquella desnuda garganta, entre los dos pechos de sonrosados pezones. Pero un frío horrible le congelaba los miembros; arrojólas y huyó, mientras que ella, con los párpados cerrados, creía que la rechazaba á su vez por haberse resistido.

Santiago subió corriendo por el sendero de una cuesta y fué á parar al fondo de un estrecho valle. Las piedras que rodaban á su paso lo asustaron, y tomó á la izquierda por entre varias malezas, volviendo un recodo que lo arrojó á la derecha sobre una meseta vacía. De pronto resbaló y fué á dar contra la valla del camino de hierro. Llegaba un tren, y él no lo notó en un principio, lleno de espanto como se hallaba.

¡Ah, sí! ¡era el continuo oleaje humano que pasaba mientras él estaba agonizante allí! Trepó y bajó de nuevo, encontrándose siempre con la vía en el centro de profundas zanjas. Aquel desierto país, cortado por montecillos, era como un laberinto sin salida, donde se agitaba su locura en medio de terrenos ocultos. Después de algu-

nos minutos, *battuite* las pendientes, cuando vió delante de sí la negra abertura, la abierta boca del túnel. Un tren ascendente se precipitaba por él, bramando, silbando y haciendo retemblar el terreno.

Entonces, flaqueándole las piernas, cayó Santiago al borde de la línea, boca abajo sobre la hierba, prorrumpiendo en sollozos convulsivos. ¡Dios mío! ¿le habría vuelto aquel abominable mal de que se creía curado? ¡Había querido matar á una muchacha! ¡Matar á una mujer! ¡matar á una mujer! Y esto resonaba en sus oídos, desde el fondo de su juventud, con la fiebre creciente, enloquecedora del deseo. Así como otros, al despertar de la pubertad, sueñan con el deseo de poseer una mujer, él se había excitado ante la idea de matarla. Porque no podía mentirse, había cogido las tijeras para clavarlas en las carnes de Flora, en cuanto vió aquellas carnes, aquel seno tibio y blanco. ¡Y no por cólera, no! era por gusto, porque había sentido deseos de ello, deseos tales que si no se hubiera agarrado desesperadamente á la hierba habría vuelto corriendo, allí abajo, para asesinarla. A ella ¡santo cielo! á la joven que él había visto crecer, y por la cual acababa de sentirse amado profundísimamente. Sus crispados dedos penetraron en la tierra y los sollozos le desgarraron la garganta, en un acceso de espantosa desesperación.

Esforzábase por calmarse, queriendo comprender el misterio. ¿Qué tenía él que lo diferenciaba de los demás? Allí abajo, en Plassans,

en su juventud, ya se había dirigido la misma pregunta varias veces. Su madre Gervasia le había tenido muy joven, á los quince años y medio; fué el segundo, pues su madre había parido á Claudio cuando apenas tenía catorce años; y ninguno de sus dos hermanos, ni Claudio, ni Esteban, nacido después, parecía que se resintieran de haber tenido una madre tan joven y un padre tan mozo como ella, el apuesto Lautier, cuyo mal corazón tantas lágrimas costó á Gervasia. Tal vez sus hermanos tenían algún mal que no confesaban; el mayor sobre todo, ardía en deseos de ser pintor; tan rabiosamente, que todos le creían medio loco. La familia no estaba bien equilibrada, muchos de sus individuos tenían una lesión cerebral. El, á ciertas horas, sentía esta lesión hereditaria; no porque tuviese mala salud, pues la aprensión y la vergüenza de sus crisis eran las solas causas de que hubiese adelgazado en otro tiempo; pero había en su ser repentinas pérdidas de equilibrio, como roturas, agujeros, por los cuales el *yo* se le escapaba en medio de una especie de gran humareda que disformaba todo. Santiago no se pertenecía á sí mismo, obedecía á sus músculos, á la fiera enturecida. Sin embargo, no bebía, rehusaba hasta una copa de aguardiente, porque había observado que la menor gota de alcohol le volvía loco. Y vino á caer en la cuenta de que pagaba por los demás: por los padres, por los abuelos, generaciones de borrachos que tenían la sangre gangrenada, sintiendo él ahora un lento enve-

nenamiento, un salvajismo, que lo asemejaba á los lobos devoradores de mujeres en el fondo de los bosques. Santiago se había apoyado sobre un codo, reflexionando, mirando la negra entrada del túnel; y un nuevo sollozo recorrió todo su ser, cayó de nuevo dando con la cabeza en tierra, lanzando gritos de dolor. ¡Aquella muchacha, aquella muchacha que él había querido matar! Esta idea le acosaba, aguda y terrible, como si las tijeras le hubieran entrado en sus propias carnes. Ningún razonamiento lo tranquilizaba; había querido matarla y la mataría, si todavía se hallaba en el mismo sitio, desceñida, con el seno descubierto. Santiago se acordaba bien: apenas tenía diez y seis años, cuando le sorprendió el mal por primera vez, jugando con una muchacha, hija de un pariente, dos años menor que él: la muchacha se había caído, él le vió las piernas y se echó encima. También recordaba que al año siguiente había afilado un cuchillo para hundirlo en el cuello de una graciosa rubia á quien veía pasar todas las mañanas por su puerta. Esta tenía el cuello grueso y sonrosado, donde Santiago elegía el sitio, una señal oscura detrás de la oreja. Luego habían sido otras. Una hilera que se presentaba ante su recuerdo como horrible pesadilla, todas aquellas á quienes había hablado con su deseo brutal de asesino. Había una principalmente, á quien sólo conocía por estar sentada junto á él en el teatro, y de la cual tuvo que huir por no destriparla. Supuesto que no las conocía ¿qué furor podía te-

ner contra ellas? y, sin embargo, aquello era como una crisis repentina de rabia ciega, como una inagotable sed de vengar antiguas ofensas, de las cuales hubiese perdido el recuerdo exacto. ¿Procedía esto del mal que las mujeres habían causado en su generación, del rencor acumulado de hombre en hombre, desde el primer engaño en el fondo de las cavernas? Y él sentía también en su acceso, una necesidad de batallar para conquistar la hembra y domarla, la necesidad pervertida de echarse la muerta á la espalda cual un botín que se arranca á los demás para siempre. Su cráneo estallaba bajo el esfuerzo. Santiago no lograba darse una contestación satisfactoria, demasiado ignorante, en aquella agonía de hombre impelido á cometer actos en que su voluntad no tomaba parte, y cuya causa había desaparecido en él.

Otro tren pasó con el relámpago de sus luces y se internó como el rayo que ruge y se extingue en el fondo del túnel; y Santiago, como si aquella muchedumbre anónima, indiferente y oprimida hubiese podido oírle, se había levantado ahogando sus sollozos, tomando una actitud inofensiva. ¡Cuántas veces, á continuación de uno de estos accesos, había sentido los sobresaltos de un culpable, al menor ruido! No vivía tranquilo, feliz, desligado del mundo, sino cuando estaba en su máquina. Cuando lo llevaba en la trepidación de sus ruedas, con gran velocidad, cuando Santiago tenía puesta la mano sobre el volante de marcha, embebido

enteramente por la vigilancia de la vía, mirando las señales, no pensaba ya y respiraba libre el aire puro que soplaba siempre como aire de tormenta. Y por esto amaba tanto su máquina, como si fuese una querida de la cual sólo esperase felicidad. Al salir de la Escuela de Artes y Oficios, á pesar de su viva inteligencia, había elegido este oficio de maquinista por causa de la soledad y aturdimiento en que vivía, sin ambiciones, habiendo llegado en cuatro años á maquinista de primera clase y ganando ya dos mil ochocientos francos; lo cual, con las primas de calefacción y engrasamiento, ascendía á más de cuatro mil, sin soñar con nada más. Veía á sus compañeros de segunda y tercera clase, á los que formaban la compañía, á los obreros á quienes tomaba como discípulos, veía los á casi todos casarse con obreras, con mujeres á quienes solamente se veía á la hora de partir, cuando llevaban las cestas de la comida; mientras que los compañeros ambiciosos, sobre todo los que salían de alguna escuela, esperaban á ser jefes de depósito para casarse, con la esperanza de encontrar una señora de sombrero. Él huía de las mujeres ¿qué le importaban? No se casaría nunca, no tenía otro porvenir que rodar solo, ahora y siempre sin descanso. Todos sus jefes lo presentaban como un maquinista excepcional, que no debía ni se mezclaba en aventuras, siendo solamente objeto de zumbas de parte de sus compañeros por el exceso de su buena conducta, é inquietando si-

lenciosamente á los demás cuando caía en sus tristezas, mudo, lánguido y terrosa la faz. En su cuartito de la calle de Cardinet, desde donde se veía el depósito de Batignolles, al cual pertenecía su máquina ¡cuántas horas recordaba haber pasado, encerrado como el monje en el fondo de su celda, dominando la revolución de sus deseos á fuerza de sueño, durmiendo boca abajo!

Haciendo un esfuerzo intentó Santiago levantarse. ¿Qué hacía allí, en la hierba, en aquella tibia y nebulosa noche de invierno? El campo seguía anegado en sombras, no había más luz que la del cielo; la niebla fría semejaba una inmensa cúpula de cristal esmerilado, que la luna, oculta detrás, alumbraba con un pálido reflejo amarillento, y el horizonte negro dormía con la inmovilidad de la muerte. Debían ser cerca de las nueve; lo mejor era irse á su casa y acostarse. Pero en su atolondramiento soñó verse de vuelta en casa de los de Misard, subiendo la escalera del granero, y echándose sobre el heno junto al cuarto de Flora. Allí estaría ella, Santiago la oía respirar; hasta sabía que jamás cerraba la puerta y podría reunirse á ella. Un gran calor frío recorrió su cuerpo; la imagen evocada de aquella muchacha desnuda, con los miembros abandonados y tibios por el sueño, le sacudió una vez más con un sollozo, cuya violencia le tiró de nuevo al suelo. Había querido matarla, ¡matarla, Dios mío! Santiago agonizaba ante la idea de que iría á matarla en el lecho dentro de poco si volvía á la casa. Por más que

no tuviese arma alguna, por más que hiciese esfuerzos para contenerse, comprendía que la bestia, fuera de su voluntad, empujaría la puerta y estrangularía á la muchacha bajo el impulso del raptó instintivo y de la necesidad de vengar la antigua injuria. ¡No, no! ¡antes pasar la noche errando por los campos que volver allá! Habíase levantado de un salto y echó á correr.

Entonces, durante media hora, anduvo errante á través del negro campo, como si la jauría desencadenada de los espantos lo hubiese perseguido con sus ladridos. Subió cuestras y bajó estrechas cañadas. Uno tras otro, presentáronse arroyos á su paso, pero él los franqueó mojándose hasta las caderas. Unas malezas que le cortaban el camino lo exasperaron. Su único pensamiento era caminar en línea recta, lejos, más lejos cada vez para huir de la bestia enfurecida que sentía dentro de sí. Pero la bestia iba consigo, galopaba al compás de él. Hacía siete meses que llevaba una existencia como cualquier mortal, creyendo estar ya libre de la fiera, y ahora volvía á empezar la lucha para que no saltase sobre la primera mujer que hallara en su camino. Sin embargo, el profundo silencio, la inmensa soledad le tranquilizaban un poco, hacíanle soñar con una vida muda y desierta como aquel aislado país, en medio de la cual caminaría siempre fuera de los senderos transitados, sin encontrar jamás un alma. Tuvo, sin embargo, que volverse á pesar suyo, porque al otro lado tropezó con la vía,

después de haber descrito un ancho semicírculo, entre las desiguales pendientes que hay debajo del túnel. Retrocedió, con inquieta cólera, temiendo encontrar seres vivientes. Luego quiso cortar por detrás de un montecillo, perdióse y volvió á tropezar con la valla del camino de hierro, precisamente á la salida del subterráneo, frente al prado donde había estado sollozando poco antes. Y, vencido, encontrábase allí de pie, cuando el trueno de un tren que salía del seno de la tierra, lo detuvo. Era el exprés del Havre, salido de París á las seis y treinta, que pasaba por aquellos sitios á las nueve y veinticinco: un tren, que de dos en dos días, estaba él encargado de conducirlo.

Santiago vió primero aclararse la negra boca del túnel como la de un horno, donde se abrasan trozos de leña. Después, en medio del estruendo que producía, apareció la máquina, con el deslumbramiento de su inmenso ojo redondo, la linterna delantera, cuya luz agujereó las tinieblas del campo, encendiendo á lo lejos los rails con una doble línea de fuego. Aquello era una aparición, como un relámpago; enseguida sucedieron todos los vagones, rápidos, con los cuadrados vidrios de las portezuelas profusamente alumbrados, haciendo desfilas los departamentos llenos de viajeros, en vértigo tal de velocidad, que la vista se perdía sin distinguir claramente las imágenes. En aquel momento preciso, Santiago vió por los relucientes cristales de una berlina, á un hombre que sujetando á

otro tumbado sobre el asiento, le clavaba una navaja en la garganta, mientras una masa negra, tal vez una tercera persona, tal vez una maleta caída, gravitaba con todo su peso sobre las convulsas piernas del asesinado. El tren huía, se perdía hacia la Croix-de-Maufras, no dejando ver de él, en las tinieblas, más que los tres faroles de detrás, el triángulo rojo.

Clavado en tierra, el joven seguía con sus ojos el tren, cuyo rugido se extinguía en el fondo de la paz mortal de los campos. ¿Había visto bien? Dudaba, sin embargo; no se atrevía á afirmar la verdad de la realidad de esta visión traída y llevada en un relámpago. Ni un rasgo sólo de los dos actores del drama se le había quedado impreso en la imaginación. La masa obscura debía ser una manta de viaje, caída al través del cuerpo de la víctima. No obstante, creyó en un principio haber distinguido, bajo espesa cabellera, un delicado y pálido perfil, pero todo se confundía y evaporaba como en un ensueño. Un instante, evocado el perfil, reapareció: luego borróse definitivamente. Aquello no era sin duda más que una ilusión. Y todo esto le helaba, parecía tan extraordinario, que casi acababa por creer en una alucinación, nacida de la espantosa crisis que acababa de atravesar.

Durante cerca de una hora todavía anduvo Santiago con la imaginación trastornada por confusos fantasmas. Estaba fatigadísimo y la fiebre que antes sintiera había cedido á un glacial frío

interior. Sin haberlo decidido acabó por tomar el camino que conduce á la Croix-de-Maufras, y así que hubo llegado junto á la casa del guarda-aguja, se detuvo, pensando en quedarse á dormir bajo el estrecho soportal; pero le llamó la atención un rayo de luz que pasaba por la rendija de la puerta, y la empujó maquinalmente. Un espectáculo inesperado le dejó inmóvil en el umbral.

Misard, en el rincón, había apartado el puchero de manteca; y á gatas por el suelo, con una linterna encendida puesta junto á sí, buscaba en la pared, examinándola por medio de leves golpes dados con el puño. Por lo demás no se turbó nada y dijo con naturalísimo acento:

—Se me han caído unas cerillas. Y cuando hubo colocado en su sitio el puchero de manteca, añadió:

—He traído la linterna, porque hace poco, al entrar, he visto á un hombre tendido en la vía.... creo que está muerto.

Santiago, á quien en un principio le había asaltado la idea de que Misard estaba ocupado en buscar el bolsillo de la señora Eufrasia, convirtiéndose en certeza sus dudas acerca de las acusaciones formuladas por esta última, sintióse tan impresionado por la noticia, que se olvidó del otro drama, el que se representaba allí en aquella casita perdida. La escena de la berlina, la visión tan fugaz de un hombre degollando á otro, acababa de renacer.

—¡Un hombre en la vía! ¿dónde?—preguntó palideciénd.



Misard iba á contarle que le había visto al traer dos anguilas que quería ocultar ante todo en su casa. Pero ¿tenía necesidad de confiarse á este muchacho? Así, pues, se contentó con responder:

—Allí abajo, como á quinientos metros.... Hay que ver claro, para saber á qué atenerse.

En aquel momento oyó Santiago un leve ruido sobre su cabeza. Tan ansioso estaba que se sobrecogió.

—No es nada— manifestó Misard;—Flora que se mueve.

Y el joven conoció, en efecto, el ruido de dos pies desnudos pisando el suelo. Se conoce que Flora había estado esperándole y venía á escuchar por la rendija de la puerta.

—Le acompañaré á Ud. ¿Y está Ud. seguro de que esté muerto?

—¡Caramba! eso me parece. Con la linterna saldremos de dudas.

—¿Y qué le parece á Ud.? Un accidente, ¿no es eso?

—Puede. Algún mozo que habrá querido morir aplastado, ó quizás algún viajero que se habrá tirado del vagón.

Santiago se estremeció.

—¡Venga Ud. pronto! ¡Venga Ud. pronto!

Jamás le había agitado semejante fiebre de ver. Fuera ya, mientras que su compañero seguía tranquilo por la vía, balanceando la linterna, cuyo círculo de claridad se deslizaba levemente sobre los rails, corría él delante, irritado

por tanta lentitud. Su anhelo era como un deseo físico, como el fuego interior que acelera el andar de los amantes en las horas de cita. Tenía miedo de lo que le esperaba allá abajo y volaba, no obstante, con toda la velocidad de sus musculosas piernas. Cuando llegó, sintióse sacudido de pies á cabeza por un estremecimiento nervioso. Y su agonía por no ver nada claramente, se tradujo en juramentos contra el otro, que venía rezagado treinta pasos más atrás.

—¡Por vida de Dios! ¡Acabe Ud. de llegar! Si viviese todavía podríamos socorrerlo.

Misard llegó con su habitual calma, y cuando hubo paseado la linterna por encima del cuerpo, exclamó:

—¡Ah! está muerto.

El individuo, despedido sin duda de un vagón, estaba boca abajo, con el rostro pegado al suelo, á unos cincuenta centímetros de los rails. No se veía de la cabeza más que una espesa corona de cabellos blancos. Las piernas estaban separadas y el brazo derecho yacía como desprendido, mientras que el izquierdo permanecía doblado debajo del pecho. Estaba muy bien vestido, llevaba un amplio paletot de paño azul, y sus pies estaban calzados con unas elegantes botinas. El cuerpo no presentaba señales de fuerte contusión; pero mucha sangre había salido de la garganta y manchaba el cuello de la camisa.

—Un caballero á quien han despachado—

dijo tranquilamente Misard, pasados algunos segundos de silencioso examen.

Luego, volviéndose hacia Santiago, que se hallaba inmóvil, estupefacto, prosiguió:

—No hay que tocarlo, está prohibido..... Qué-dese Ud. aquí custodiándolo, mientras yo voy á Barentin á dar parte al jefe de estación.

Levantó la linterna y miró á un poste kilométrico.

—¡Bueno! precisamente en el poste 153.

Y dejando la linterna en el suelo, se alejó despacio.

Santiago, solo ya, no se movía, mirando sin cesar á aquella masa inerte, que la vaga claridad rasante con el suelo dejaba confusa. Y la agitación que había precipitado su marcha, el horrible atractivo que lo detenía allí, le conducían á este punzante pensamiento que brotaba de todo su ser: ¡el otro, el hombre de la navaja se había atrevido! ¡había llegado hasta el fin de su deseo! ¡había matado! ¡Ah! ¡no ser cobarde, satisfacerse, clavar la navaja! A él, que lo devoraba el deseo hacía diez años! Había en su fiebre un desprecio de sí propio, cierta admiración por el otro, y sobre todo el deseo de ver aquello, la inextinguible sed de satisfacer los ojos con el pingajo humano, con el muñeco en que la navaja convierte á una criatura.

El otro había realizado lo que él soñaba. Si él matase tendría aquello en tierra. Saltábasele el corazón del pecho; su prurito de asesino se exasperaba como una concupiscencia ante el espec-

táculo de aquella trágica muerte. Y dió un paso, y se acercó más, como un niño nervioso que se familiariza con el miedo. ¡Si! él se atrevería, ¡el también se atrevería!

Pero un rugido detrás de su espalda le obligó á echarse á un lado. Llegaba un tren, que él no había oído hasta entonces, absorto en su contemplación. Iba á ser triturado, el cálido aliento, el soplo formidable de la máquina acababa de advertírselo. Y el tren pasó, envuelto en su huracán de ruido, de humo y de luz. Iba lleno de gente, la ola de viajeros continuaba hacia el Havre para la fiesta del día siguiente. Un niño se aplastaba la nariz contra los cristales, mirando el negro campo; algunos perfiles de hombres se dibujaban, y una joven, bajando el cristal, arrojó un papel manchado de aceite y azúcar. El alegre tren se perdía á lo lejos, indiferente á aquel cadáver que había rozado con sus ruedas y cuyo cuerpo yacía en tierra vagamente alumbrado por la linterna, única claridad que se destacaba en la inmensa paz de la noche.

Entonces experimentó Santiago el deseo de ver la herida, mientras permanecía solo. Una sola inquietud le detenía, la idea de que, si tocaba la cabeza, lo notarían tal vez. Había calculado que Misard no podría estar de vuelta con el jefe de estación antes de tres cuartos de hora. Y dejaba pasar los minutos, pensando en Misard, en ese enteco, tan calmoso, que se atrevía también matando lo más tranquilamente del mundo á fuerza de drogas. ¡Cuán fácil era matar! Acer-

cóse otra vez; la idea de ver la herida lo aguijoneaba de tal modo, que sus carnes ardían. ¡Ver cómo había sido hecho aquello! ¡ver el agujero rojo! Volviendo á colocar con cuidado la cabeza, nadie lo notaría. Pero le quedaba otro temor, que no se confesaba, en el fondo de su vacilación, el miedo á la sangre. Siempre sentía unidos el espanto con el deseo. Pasó un cuarto de hora más y ya iba á decidirse, cuando un leve ruido, á su lado, le hizo estremecerse.

Era Flora, que se hallaba de pie, mirando como él. Tenía curiosidad por ver los accidentes: en cuanto se anunciaba el atropello de alguna persona ó de cualquier animal, no había cuidado que Flora dejase de ir. Ahora quería ver el muerto de que su padre hablaba. Y después de la primera ojeada, no vaciló. Bajándose y tomando la linterna con una mano, levantó y dejó caer en seguida con la otra la cabeza del que yacía á sus pies.

—¡Aparta, que eso está prohibido!— murmuró Santiago.

Pero ella se encogió de hombros. Y la cabeza se veía en la claridad amarillenta, una cabeza de anciano, con nariz grande y ojos azules y rasgados. Bajo la barbilla manaba la herida, una profunda cuchillada que había cortado la garganta, una herida dentro de la cual debió revolverse varias veces la cuchilla. El lado derecho del cuerpo estaba inundado de sangre. A la izquierda, en el ojal superior del paletot, la roseta de oficial de la Legión de Honor parecía un coágulo rojo extraviado.

Flora lanzó un leve grito de sorpresa.

—¡Toma! ¡el viejo!

Santiago, inclinado como ella, se acercaba y mezclaba sus cabellos con los del muerto para ver mejor; se sentía ahogado ante aquel espectáculo. Inconscientemente, repitió:

—El viejo, el viejo.....

—Sí, el viejo Grandmorin..... El presidente.

Examinaron un momento aquella pálida faz, con la boca torcida y los ojos espantados; luego soltaron la cabeza que la rigidez cadavérica comenzaba á helar, y volvió á caer sobre el suelo, tapando la herida.

—¡Acabó de jugar con las muchachas!— repuso Flora más bajo.—Seguramente le ha sucedido esto por causa de alguna..... ¡Ah! ¡pobre Luisita! ¡Bien empleado le está al muy cochino!

Reinó un largo silencio. Flora, que había dejado la linterna, esperaba, dirigiendo á Santiago sus miradas, mientras que éste, separado de ella por el muerto, no se había movido, como anonadado por lo que acababa de ver. Debían ser cerca de las once. Flora esperó todavía algunos minutos, asombrada del silencio que él guardaba. Después de la escena habida por la tarde, encontrábase cohibida y no podía hablar primero. Pero un ruido de voces se sintió: era su padre que venía con el jefe de estación; y no queriendo que la viesen, se decidió á preguntar á Santiago:

—¿No vienes á acostarte?

Estremecióse Santiago. Luego, haciendo un esfuerzo desesperado, dijo:

—¡No, no!

Flora no contestó una palabra, pero su actitud reveló gran sentimiento. Como para que la perdonase su resistencia de poco antes, mostróse humildísima y dijo al cabo:

—¿De modo que no te volveré á ver?

—¡No, no!

Las voces se aproximaban, y sin tratar de estrecharle la mano, supuesto que parecía poner á propósito el cadáver en medio, sin siquiera darle el familiar adiós del compañerismo de la infancia, alejóse Flora y se perdió entre las tinieblas, ahogando un sollozo.

Enseguida llegó el jefe de estación con Marsard y dos mozos. También probó la identidad del cadáver: era el presidente Grandmorin, á quien conocía, por haberlo visto bajar en la estación siempre que iba á casa de su hermana, la señora Bonnehon, en Doinville. El cuerpo tenía que permanecer en el sitio donde estaba, y solamente mandó que lo cubriesen con una capa que uno de los hombres traía. Un empleado había recibido la orden de salir de Barentin en el tren de las once, para ir á poner el hecho en conocimiento del Procurador general en Rouen. Pero no se podía contar con él antes de las cinco ó las seis de la mañana, pues tendría que traer al juez de instrucción, al escribano y á un médico. El jefe de estación organizó un servicio de guardia junto al muerto; durante toda la noche, mediante relevos, estaría allí constantemente un hombre vigilando con la linterna.

Y Santiago, antes de decidirse á ir á echarse bajo algún cobertizo de la estación de Barentin, de donde no debía salir para el Havre hasta las siete y veinte, permaneció mucho tiempo inmóvil, absorto. Después le turbó la idea del juez de instrucción que aguardaban, cual si hubiese sido cómplice del asesinato. ¿Diría lo que había visto al pasar el exprés? En un principio resolvió hablar, puesto que, en suma, nada tenía que temer. Además, su deber no era dudoso. Pero después cambió de opinión, toda vez que no podía dar á conocer un sólo hecho decisivo ni se atrevería á fijar ningún detalle preciso sobre el asesino. Necia cosa fuera meterse donde no le llamaban para perder el tiempo y emocionarse sin provecho de nadie. No, no, no hablaría. Y se fué, volviéndose dos veces para ver el bulto negro que formaba el cuerpo sobre el suelo, en medio de la redonda claridad de la linterna. Un frío intenso se dejaba sentir en aquel desierto. Habían pasado varios trenes y llegaba otro muy largo con dirección á París. Todos se cruzaban en su inexorable poder mecánico, rozando la cabeza medio cortada de aquel hombre á quien otro había degollado.

### III

Al día siguiente, domingo, acababan de dar las cinco de la mañana en todos los relojes del

—¡No, no!

Flora no contestó una palabra, pero su actitud reveló gran sentimiento. Como para que la perdonase su resistencia de poco antes, mostróse humildísima y dijo al cabo:

—¿De modo que no te volveré á ver?

—¡No, no!

Las voces se aproximaban, y sin tratar de estrecharle la mano, supuesto que parecía poner á propósito el cadáver en medio, sin siquiera darle el familiar adiós del compañerismo de la infancia, alejóse Flora y se perdió entre las tinieblas, ahogando un sollozo.

Enseguida llegó el jefe de estación con Marsard y dos mozos. También probó la identidad del cadáver: era el presidente Grandmorin, á quien conocía, por haberlo visto bajar en la estación siempre que iba á casa de su hermana, la señora Bonnehon, en Doinville. El cuerpo tenía que permanecer en el sitio donde estaba, y solamente mandó que lo cubriesen con una capa que uno de los hombres traía. Un empleado había recibido la orden de salir de Barentin en el tren de las once, para ir á poner el hecho en conocimiento del Procurador general en Rouen. Pero no se podía contar con él antes de las cinco ó las seis de la mañana, pues tendría que traer al juez de instrucción, al escribano y á un médico. El jefe de estación organizó un servicio de guardia junto al muerto; durante toda la noche, mediante relevos, estaría allí constantemente un hombre vigilando con la linterna.

Y Santiago, antes de decidirse á ir á echarse bajo algún cobertizo de la estación de Barentin, de donde no debía salir para el Havre hasta las siete y veinte, permaneció mucho tiempo inmóvil, absorto. Después le turbó la idea del juez de instrucción que aguardaban, cual si hubiese sido cómplice del asesinato. ¿Diría lo que había visto al pasar el exprés? En un principio resolvió hablar, puesto que, en suma, nada tenía que temer. Además, su deber no era dudoso. Pero después cambió de opinión, toda vez que no podía dar á conocer un sólo hecho decisivo ni se atrevería á fijar ningún detalle preciso sobre el asesino. Necia cosa fuera meterse donde no le llamaban para perder el tiempo y emocionarse sin provecho de nadie. No, no, no hablaría. Y se fué, volviéndose dos veces para ver el bulto negro que formaba el cuerpo sobre el suelo, en medio de la redonda claridad de la linterna. Un frío intenso se dejaba sentir en aquel desierto. Habían pasado varios trenes y llegaba otro muy largo con dirección á París. Todos se cruzaban en su inexorable poder mecánico, rozando la cabeza medio cortada de aquel hombre á quien otro había degollado.

### III

Al día siguiente, domingo, acababan de dar las cinco de la mañana en todos los relojes del

Havre, cuando Roubaud bajó á la estación para encargarse del servicio. Todavía era de noche, y el viento que soplabá del lado del mar empujaba la niebla hacia los montecillos que se extienden desde Saint-Adresse al fuerte de Tourneville; mientras que al Oeste, sobre la llanura, había un claro, un pedazo de cielo, donde fulguraban las últimas estrellas. En la estación, los mecheros de gas seguían luciendo, palidecidos por el frío húmedo de la temprana hora; y allí estaba el primer tren de Montivilliers, que preparaban los mozos bajo las órdenes del subjefe de noche. Las puertas de las salas permanecían cerradas y los andenes se hallaban desiertos en aquel perezoso despertar de la estación.

Al salir de su casa, en el piso principal, encima de las salas de espera, había encontrado Roubaud á la mujer del cajero, la señora Lebleu, inmóvil en medio del pasillo central al que daban las habitaciones de los empleados. Hacía varias semanas que esta señora se levantaba de noche para celar á la señorita Guichon, la estancuera, á quien suponía que andaba en alguna intriga con el jefe de estación, señor Dabadie. Por lo demás, nunca había sorprendido la menor cosa, ni una sombra, ni un soplo. Y aquella mañana, también se volvió á su casa sin llevar otra cosa que el asombro producido por haber visto, en casa de los Roubaud, durante los segundos empleados por el marido en abrir y cerrar la puerta, á la mujer, á la hermosa Severina, de pie en el

comedor, vestida ya, peinada y calzada, cuando de ordinario se estaba en la cama hasta las nueve. La mujer de Lebleu despertó á éste, para contarle tan extraordinario acontecimiento. La víspera no se había acostado el matrimonio antes de la llegada del exprés de París, las once y cinco, ardiendo en deseos de saber el resultado de la historia del subprefecto. Pero no pudieron sorprender nada en la actitud de los Roubaud, que habían vuelto con la cara de todos los días; y en vano permanecieron hasta las doce con el oído alerta: ningún ruido salió del cuarto de sus vecinos, los cuales debieron haberse dormido inmediatamente. Seguramente su viaje no había tenido buen resultado, cuando Severina estaba levantada tan de mañana. Y como el cajero preguntase qué cara tenía ella, su mujer esforzabase por pintársela muy seria y pálida, con sus grandes ojos azules, tan claros bajo sus cabellos negros y sin hacer un movimiento, presentando el aspecto de una sonámbula. En fin, ya sabrían á qué atenerse en todo aquel día.

Abajo, encontróse Roubaud con su compañero Moulin, que había estado de servicio por la noche y á quien debía relevar. Moulin, mientras se paseaba algunos minutos, le puso al corriente de las pequeñeces ocurridas desde la víspera: unos vagabundos habían sido sorprendidos en el momento de introducirse en la sala de consigna; tres mozos fueron reprendidos por desobediencia, y un gancho de unión se había roto en el momento que estaban formando el tren de

Montivilliers. Roubaud escuchaba en silencio, con tranquilo semblante; estaba solamente un poco pálido; sin duda un resto de fatiga, que sus ojos acusaban también. Su compañero dejó de hablar, y él parecía interrogarle aún, como si esperase otros acontecimientos. Pero aquello era todo, y Roubaud bajó los ojos entonces, fijándolos un instante en el suelo.

Andando á lo largo del andén, habían llegado los dos hombres al final del muelle cubierto, á un sitio donde, á la derecha, había una cochera en la cual estaban estacionados los vagones que habían llegado la víspera y servían para formar los trenes del día siguiente. Roubaud levantó la cabeza y sus miradas se fijaron en un coche de primera, señalado con el número 293, al cual alumbraba precisamente en aquel momento, con su vacilante resplandor, un mechero de gas. Entonces exclamó el otro:

—¡Ah! se me olvidaba....

El pálido semblante de Roubaud se coloreó, y nuestro hombre no pudo contener un involuntario movimiento.

—Se me olvidaba—repitió Moulin.—Este coche no tiene que salir de aquí, ten cuidado de que no lo enganchen hoy en el exprés de las seis y cuarenta.

Medió una breve pausa antes de que Roubaud preguntase con natural acento:

—¡Toma! ¿y por qué?

—Porque hay que reservar una berlina para el exprés de esta tarde, y como no tenemos se-

guridad de que venga alguna, es preciso guardar ésta por si acaso.

Roubaud, que no cesaba de mirar fijamente á su compañero, respondió:

—Sin duda.

Pero otro pensamiento le absorbía, y exclamó de repente:

—¡Mire Ud. cómo limpian esos mamelucos! Parece que no han quitado el polvo á este coche desde hace ocho días.

—¡Ah!—repuso Moulin—cuando hayan llegado los trenes, después de las once, no hay inconveniente en que los mozos den un limpión.... Gracias á que lo miren siquiera. El otro día se dejaron un viajero dormido sobre el asiento, y no se despertó hasta la mañana siguiente.

Luego, ahogando un bostezo, dijo que se iba á dormir; pero al marcharse, se sintió aguijoneado por una gran curiosidad, y dijo volviéndose:

—A propósito, ¿ha terminado Ud. ya la cuestión con el subprefecto?

—Sí, sí, ha sido un buen viaje, estoy muy contento.

—Vamos, me alegro.... Acuérdesse Ud. de que el 293 no sale.

Cuando Roubaud se encontró solo en el andén, se acercó lentamente al tren de Montivilliers, que estaba esperando. Abriéronse las puertas de las salas y aparecieron los viajeros: algunos cazadores con sus perros, dos ó tres familias de tenderos que aprovechaban el domingo, poca gente en suma. Pero puesto en marcha

aquel tren, el primero del día, Roubaud no tuvo tiempo que perder y procedió á formar el de las cinco y cuarenta y cinco, un tren para Rouen y París. Siendo el personal poco numeroso tan de mañana, las funciones del subjefe de servicio se complicaban con toda clase de cuidados. Así que hubo presenciado la maniobra de los mozos, consistente en sacar de la cochera, uno por uno, todos los vagones, colocarlos sobre el carretón que reemplazaba allí á la plancha giratoria y empujarlos después, llevándolos á su destino, se fué corriendo á dar un vistazo sobre la distribución de los billetes y el registro de los equipajes. Surgió una cuestión entre varios soldados y un empleado, en la cual tuvo que intervenir. Durante media hora, entre las corrientes de aire helado, en medio del ajetreo público, con los ojos hinchados todavía por el sueño, con el mal humor resultante del excesivo trabajo, tuvo que multiplicarse, no quedándole tiempo para consagrarse á pensar tranquilamente en sus cosas. Cuando la salida del mixto hubo dejado expedita la estación, apresuróse á ir al puesto del guarda-aguja con objeto de asegurarse de que todo marchaba bien por aquel lado, pues llegaba otro tren, el directo de París, que venía retrasado. Volvió á presenciar el desembarque, esperó á que la muchedumbre de viajeros hubiese devuelto los billetes, colocándose después en los coches de los hoteles, que habían estado aguardando debajo de la techumbre, separados de la vía por una simple

empalizada; y solamente entonces pudo respirar libre un momento en la estación, ya desierta y silenciosa.

Dieron las seis. Roubaud salió del muelle cubierto, paseándose; y una vez fuera, al aire libre, levantó la cabeza y respiró viendo que comenzaba á nacer el día. El viento había terminado de barrer la niebla, y presentábase la mañana de un hermoso día. Miró en dirección Norte y vió destacarse la colina de Ingonville, formando una zona violácea, hasta el cementerio, bajo el pálido cielo matutino; luego, volviéndose hacia el Mediodía y el Oeste, observó sobre la mar el último vuelo de numerosas nubecillas blancas que bogaban por los espacios, mientras la inmensa abertura del Sena comenzaba á incendiarse con los rayos precursores de la salida del sol. Maquinalmente acababa de quitarse la gorra, bordada de plata, como para refrescarse la frente con el ambiente puro del amanecer. Aquel horizonte conocido, el conjunto de las dependencias de la estación, á la izquierda las de llegada, después el depósito de máquinas, la expedición á la derecha, toda una ciudad, en fin, parecía devolverle la calma temporalmente arrebatada por el invariable, monótono y cotidiano trabajo. Por cima de las tapias de la calle de Carlos Laffite, levantábanse enormes columnas de humo que salían de las chimeneas de las fábricas. A lo largo de la planicie de Vauban veíanse extendidos grandes montones de carbón. Los silbidos de los trenes de mercancías, el olor traído por el viento, el des-



pertar de aquellos lugares, le hicieron pensar en la festividad del día, en el navío que iba á ser botado al agua en presencia de una apiñada muchedumbre.

Al entrar Roubaud en el muelle cubierto, encontróse á los mozos que comenzaban á formar el exprés de las seis y cuarenta. Creyó que iban á enganchar el vagón 293 y toda la calma que le proporcionara la apacible mañana huyó de él en un violento acceso de cólera.

—¡Voto á Dios!... ¡ese coche no! ¡Dejadlo en paz! No sale hasta la noche.

El jefe de la cuadrilla le dijo que no hacían más que empujar aquel coche para sacar otro que estaba detrás; pero él no lo oía, trastornado como se hallaba por la vehemencia de su irascible carácter.

—¡Animales!... ¡Cuando se os dice que no toquéis una cosa!...

Así que hubo comprendido al fin lo que le decían, siguió furioso, maldiciendo de las condiciones de la estación, donde apenas se podía maniobrar. Efectivamente, la estación, que fué una de las primeras construídas en la línea, era indigna del Havre, con su cochera de maderas viejas, su techumbre de tablas y zinc, cuajada de pequeños vidrios, y sus tristes departamentos agrietados por todas partes.

—Es una vergüenza; yo no sé cómo la Compañía no ha derribado ya todo esto.

Los mozos le miraban sorprendidos oyéndole hablar en tales términos, á él, habitualmente tan

disciplinado. Notólo Roubaud y se detuvo de pronto, vigilando en silencio la maniobra. Una arruga de descontento surcaba su frente, mientras su sonrosada faz, erizada de barba rubia, adquiría un aspecto resignado.

Desde entonces conservó toda su sangre fría, atendiendo cuidadosamente á la formación del exprés. Habiéndole parecido que unos enganches estaban mal hechos, ordenó que los ejecutasen de nuevo en presencia suya. Una madre con dos hijos, que solía visitar á Severina, quiso que la colocara en el departamento de señoras solas. Luego, antes de dar con el silbato la señal de marcha, quiso asegurarse otra vez de la buena disposición del tren; y lo miró alejarse despacio, con el ojo avizor de un hombre cuya más insignificante distracción podría costar la vida á muchas personas. En seguida tuvo que atravesar la vía para recibir un tren de Rouën, que entraba en la estación. Precisamente encontró á un empleado del correo, con quien todos los días se comunicaba las noticias. Esto constituía, en sus mañanas tan ocupadas, un corto reposo, cerca de un cuarto de hora, durante el cual podía respirar en libertad, porque ningún trabajo inmediato reclamaba su vigilancia. Y aquella mañana, como de costumbre, lió un cigarrillo y estuvo hablando alegremente. Ya era día claro y habían apagado las luces de gas del muelle cubierto, en el cual reinaba todavía cierta sombra gris, á causa de los pocos vidrios que tenía su techumbre; pero el cielo se presentaba como una

ascua de oro, y el horizonte se tornaba sonrosado en medio del ambiente puro de aquella mañana de invierno.)

A las ocho el Sr. Dabadie, jefe de la estación, bajaba ordinariamente. Era éste un hombre muy moreno, bien vestido, con aspecto de comerciante consagrado á los negocios, y desentendía gustoso la estación de viajeros para dedicarse sobre todo al movimiento de mercancías relacionadas con el gran comercio del Havre y del mundo entero. Aquella mañana se retrasaba, y dos veces ya había empujado Roubaud la puerta de la oficina sin lograr verlo. Sobre la mesa se hallaba el correo cerrado aún. Los ojos del subjefe se fijaron en un despacho que había entre el montón de cartas. Después, como si una fascinación le retuviese allí, quedóse á la puerta, dirigiendo rápidas miradas á la mesa.

Por último, á las ocho y cuarto se presentó el señor Dabadie. Roubaud, que se había sentado, permanecía silencioso, á fin de que el jefe pudiese abrir el telegrama. Pero Dabadie no se apresuraba, porque quería mostrarse amable con aquel subordinado á quien estimaba.

—¿Y, naturalmente, en París todo ha marchado bien?

—Sí, señor, muchas gracias.

Acabó por abrir el telegrama, pero no lo leía por atender á Roubaud, cuya voz habíase tornado sorda, merced al violento esfuerzo que hacía para contener el temblor nervioso que agitaba sus labios.

—Al fin tenemos el gusto de que siga Ud. con nosotros.

—Y yo, señor, estoy muy contento por quedarme al lado de Ud.

Cuando el señor Dabadie se decidió á recorrer con la vista el despacho, Roubaud le miró intranquilo, con la faz cubierta de un ligero sudor. Pero la emoción que él esperaba no se produjo; el jefe terminó tranquilamente la lectura del telegrama y lo dejó sobre la mesa: sin duda un simple detalle del servicio. Y en seguida continuó abriendo el correo, mientras que, como de costumbre, daba el subjefe parte verbal de los acontecimientos de la noche y de la mañana. Roubaud anduvo vacilante antes de recordar lo que le había dicho su compañero, á propósito de los vagabundos que se habían introducido en la sala de consigna. Cambiáronse todavía algunas palabras más y el jefe lo despedía con un gesto, cuando los dos jefes adjuntos, el de los almacenes y el de la pequeña velocidad, entraron á dar su parte respectivo. Traían otro despacho que un empleado acababa de darles en el andén.

—Puede Ud. retirarse—dijo en voz alta el señor Dabadie, viendo que Roubaud se quedaba parado á la puerta.

Pero éste no se fué hasta que vió al jefe dejar sobre la mesa aquel papel con el mismo ademán indiferente que el anterior. Anduvo errante algunos instantes por el muelle, perplejo, aturrido. El reloj señalaba las ocho y treinta y cinco. No debía salir ningún tren antes del mixto de

las nueve y cincuenta. Roubaud tenía la costumbre de emplear este tiempo en dar una vuelta por la estación, y anduvo durante algunos minutos, sin dirección fija. Después, como alzase la cabeza y se fijara en el coche número 293, retrocedió bruscamente con dirección al depósito de máquinas, aunque nada tenía que hacer allí. El sol mostrábase á la sazón esplendoroso en el horizonte y una lluvia de dorado polvo atravesaba la pálida atmósfera. Roubaud ya no gozaba de aquella deliciosa mañana; apretó el paso, tratando de dominar la obsesión que le producía su larga espera.

Una voz lo detuvo repentinamente.

—¡Señor Roubaud, buenos días!..... ¿Ha visto usted á mi mujer?

—Era Pecqueux, el fogonero, un gran mozo de cuarenta y tres años, flaco de carnes, pero de robusto esqueleto, con la faz curtida por el fuego y el humo. Sus grises ojos, bajo la aplastada frente, y su rasgada boca de mandíbula saliente, sonreían sin cesar con la sonrisa característica del hombre aficionado á las mujeres.

—¡Cómo! ¡Usted por aquí!—dijo Roubaud deteniéndose con extrañeza.—¡Ah! sí, el accidente ocurrido á la máquina, se me olvidaba..... ¿Y no sale Ud. hasta la noche? Una licencia de veinticuatro horas, buena ganga ¿eh?

—Buena ganga—repitió el otro, medio embriagado todavía por los goces de la noche anterior, pasada de jolgorio.

Hijo de un pueblo próximo á Rouen, había

entrado muy joven al servicio de la Compañía en calidad de obrero ajustador. Después, á los treinta años de edad, cansado del taller, quiso ser fogonero para llegar á maquinista; y entonces fué cuando se casó con Victoria, paisana suya. Pero los años transcurrían y no salía de fogonero; jamás ascendería ya á maquinista, borracho, sucio y mocero como era. Veinte veces lo habrían despedido, si no hubiese contado con la protección del presidente Grandmorin, y si no estuviesen acostumbrados ya á sus defectos, que compensaba con el buen humor y la experiencia de antiguo obrero. No era de temer más que cuando estaba borracho, porque entonces se convertía en una verdadera bestia capaz de cualquiera cosa.

—¿Ha visto Ud. á mi mujer?—preguntó de nuevo, con la insistencia del borracho y la boca hundida por su estúpida sonrisa.

—Sí, la hemos visto—respondió el subjefe.—Hemos almorzado en vuestra habitación..... ¡Ah! tiene Ud. una gran mujer, Pecqueux. Hace usted mal en no serle fiel.

—¡Oh! ¡si es ella la que quiere que yo me divierta!.....

Y era verdad. Victoria, dos años mayor que él, gruesa hasta el punto de no poder casi moverse, dábale dinero para que gozase fuera de su casa. Jamás había sufrido ella con las infidelidades de Pecqueux, hijas de una necesidad de su naturaleza. Al presente llevaba una vida arreglada; tenía dos mujeres, una en cada ex-

tremo de la línea, su mujer en París para las noches que dormía allí y otra en el Havre para las horas de espera que pasaba, entre dos trenes. Muy económica Victoria, gastando poquísimo en sus necesidades y tratándole maternalmente y sabiéndolo todo, no quería que se pusiese en ridículo con la otra. Hasta le arreglaba la ropa blanca en cada viaje, porque le hubiese sido muy sensible que la otra la acusara de descuidar á su marido.

—No importa—repuso Roubaud—de todos modos no está bien. Mi mujer, que adora en su nodriza, quiere regañarle á Ud.

Pero se calló al ver salir de un cobertizo, junto al cual se hallaban, á una mujer muy seca, Filomena Sauvagnat, hermana del jefe del depósito y mujer suplementaria de Pecqueux en el Havre, hacia ya un año. Ambos debían quedarse hablando bajo el cobertizo, mientras que él se había adelantado para llamar al subjefe. Filomena, todavía joven á pesar de sus treinta y dos años, alta, angulosa, con el pecho hundido y las carnes quemadas por continuos deseos, tenía la cabeza alargada, los ojos chispeantes y el aspecto de una yegua enflaquecida por el celo que relincha llamando al macho. Motejábanla de bebedora, y todos los hombres de la estación habían desfilado ante ella, en la casita que su hermano ocupaba cerca del depósito de máquinas, siempre sucia y descuidada por Filomena. Este hermano, cabezudo auvernés, severísimo en punto á disciplina y muy estimado de sus

jefes, había tenido serios disgustos por causa de su hermana, hasta el punto de haber sido amenazado con la cesantía; y si ahora la toleraban en contemplación á él, Sauvagnat sólo la conservaba á su lado por espíritu de familia; lo que no le impedía molerla á palos cuando la encontraba con algún hombre. Filomena se había entregado á Pecqueux satisfecha de verse en los brazos de este endiablado mozo; él se consideraba feliz con aquella mujer delgada, por contraposición á su Victoria, demasiado gruesa. Y Severina se había enfadado con Filomena, procurando evitar su encuentro, por cierto orgullo nativo.

—¡Bueno!—dijo Filomena insolentemente—hasta luego, Pecqueux. Me voy, porque el señor Roubaud tiene que predicarte moral de parte de su mujer.

Pecqueux se reía.

—Quédate; lo dice en broma.

—No, no. Tengo que ir á llevar un par de huevos de mis gallinas á la señora Lebleu. Se los tengo prometidos.

Filomena había pronunciado este nombre con intención, porque sabía la rivalidad existente entre la mujer del cajero y la del subjefe, afectando estar bien con la primera para hacer rabiar á la segunda. Pero se quedó, sin embargo, interesada de pronto, cuando oyó al fogonero preguntar por la cuestión del subprefecto.

—Ya está arreglado á gusto de Ud., ¿no es eso, señor Roubaud?

—Sí, ¿mi gusto.

Pecqueux guiñó los ojos con maligno ademán.

—¡Oh! no tenía Ud. por qué inquietarse, porque cuando se tiene un buen padrino..... ¿eh? ya sabe Ud. á quién me refiero. Mi mujer también le está muy agradecida.

El sub jefe interrumpió esta alusión al presidente Grandmorin, repitiendo bruscamente:

—¿De modo que no sale Ud. hasta la noche?

—Sí, acaban de ajustar la biela..... Estoy esperando á mi maquinista, que también anda por ahí. ¿Conoce Ud. á Santiago Lantier? Es paisano suyo.

Roubaud permaneció un instante sin responder. Luego dijo con cierto sobresalto:

—¿Santiago Lantier, el maquinista?..... Sí, le conozco. ¡Oh! ¿sabe usted? es una de esas personas á quienes se da los buenos días, las buenas noches, y nada más. Aquí nos hemos conocido, porque él es menor que yo y nunca le había visto allá abajo, en Plassans..... El otoño último prestó un pequeño servicio á mi mujer, un encargo que le hizo en casa de unos primos de Dieppe..... Es un muchacho despejado, según dicen.

Hablaba sin reflexionar, y de repente se despidió:

—Hasta otra vez, Pecqueux..... Voy á dar un vistazo por aquel lado.

Entonces se fué también Filomena, mientras que Pecqueux, inmóvil, con las manos en los bolsillos, sonriente por la holganza de aquella

hermosa mañana, asombrábase de que el sujeto, después de haber dado vuelta al cobertizo, se marchase tan deprisa. ¿Qué podría haber venido á fisgar allí?

Cuando Roubaud entró en el muelle cubierto daban las nueve. Anduvo hasta el fondo, cerca de las mensajerías, mirando, cual si no encontrase lo que buscaba; luego se volvió con el mismo aspecto de impaciencia. Sucesivamente interrogó con la mirada las oficinas de diversos servicios. En aquella hora la estación estaba tranquila, desierta; y él estaba allí solo, atormentado como el hombre que se halla próximo á ser víctima de una catástrofe, cuyo pronto estallido acaba por desear. Acabábasele la paciencia. Dieron las nueve, aguardó unos minutos más y él, que de ordinario no subía á su casa hasta las diez, después de la salida del tren de las nueve y cincuenta, hora en que almorzaba, hizo un movimiento repentino y subió, pensando que Severina estaría también aguardando arriba.

En el pasillo, precisamente en aquel momento, estaba la señora de Lebleu abriendo la puerta á Filomena, que había venido en traje de casa, despeinada y con un par de huevos. Preciso fué que Roubaud entrase en su casa vigilado por los ojos de aquellas mujeres. Llevaba consigo la llave y se dió prisa á entrar. Al abrir y cerrar la puerta, se vió á Severina sentada en una silla del comedor, pálida é inmóvil. Y haciendo pasar á Filomena, contóle la señora Lebleu que ya por la mañana la vió en igual situación; sin duda

era la historia del subprefecto que tomaba mal giro. Pero no; Filomena dijo que había venido porque tenía noticias, y repitió lo que acababa de oír al subjefe mismo. Entonces las dos mujeres se perdieron en mil conjeturas. Y cada vez que se encontraban renovábase la eterna chismografía.

—Los han molido bien, hija mía; pondría las manos en el fuego..... Seguramente están bailando en la cuerda floja.

—¡Ay! señora, ¡si nos librasen de ellos!.....

La rivalidad, cada vez más envenenada entre los Lebleu y los Roubaud, había nacido sencillamente de una cuestión de alojamiento. Todo el primer piso, por encima de las salas de espera, servía de habitaciones para los empleados; y el corredor central, pintado de amarillo y alumbrado por el techo, dividía el piso en dos, alineando las oscuras puertas á derecha é izquierda. Pero los cuartos de la derecha tenían ventanas al patio de salida, plantado de viejos olmos, sobre los cuales se destacaba el admirable panorama de Ingouville; mientras que las habitaciones de la izquierda daban encima de la techumbre de la estación, cuya parte alta de zinc y vidrio tapaba por completo el horizonte. Nada más alegre que los de la derecha con la continua animación del patio, la verdura de los árboles y la vasta campiña; pero había para morir en los cuartos de la izquierda, donde apenas se veía claro, viviendo como en una prisión. En la parte delantera habitaba el jefe de estación, el subjefe

Moulin y Lebleu; en la de atrás, Roubaud y la estanquera, la señorita Guichon, sin contar tres piezas que estaban reservadas para los inspectores transeuntes. Ahora bien, era notorio que los dos subjefes habían vivido siempre puerta con puerta. Si Lebleu estaba allí, era por condescendencias del anterior subjefe, á quien Roubaud había reemplazado, el cual, viudo y sin hijos, quiso hacerse agradable á la mujer de Lebleu, cediéndole su habitación. Pero ¿era justo relegar á Roubaud á la parte trasera, cuando tenía derecho á vivir en la delantera? Mientras que las dos familias habían permanecido amigas, Severina prescindió de sí propia ante su vecina, veinte años mayor que ella, delicada de salud y tan gorda que se asfixiaba á cada instante. La guerra no se había declarado en realidad hasta el día en que Filomena indispuso á las dos mujeres con sus abominables chismes.

—Tan malos son—repuso ésta—que habrán sido capaces de aprovechar su viaje á París para pedir que los echen á Uds..... He oído decir que han escrito al director una larga carta en que hacían valer sus derechos.

—¡Miserables!—prorrumpió la mujer de Lebleu.—Y estoy segura de que tratan de tener de su parte á la estanquera, porque hace quince días que no me saluda..... ¡Alguna cochinería!

Y bajó la voz para afirmar que la señorita Guichon debía ir todas las noches á buscar al jefe. Sus puertas se hallaban frente á frente. El

señor Dabadie, viudo, padre de una muchacha interna en un colegio, era quien había traído allí á esa rubia de treinta años, ajada ya, silenciosa y gentil como una culebra. Debía haber sido institutriz. Era imposible sorprenderla; tan bien sabía deslizarse. Por sí propia nada valía; pero si se acostaba con el jefe de estación, adquiriría decisiva importancia, y el triunfo consistía en tenerla por las orejas, poseyendo su secreto.

—¡Oh! acabaré por saberlo—continuó la Lebleu.—No quiero dejarme comer..... Aquí estamos y aquí seguiremos. Las personas honradas nos dan la razón ¿no es eso?

Toda la estación andaba excitada, apasionada con esta guerra de los dos cuartos. El pasillo, sobre todo, estaba transformado; y no había más persona despreocupada que Moulin, el otro subjefe, que se hallaba satisfecho viviendo en la parte delantera con su mujer, pequeñuela y tímida, á quien nunca se veía, y que le daba un hijo cada verano.

—En fin—concluyó Filomena—aunque bailen ahora en la cuerda floja, no se estrellarán por esta vez..... Desconfíe Ud., porque conocen á personas de mucha influencia.

Seguía con el par de huevos en la mano, y se los ofreció á su amiga: huevos frescos que acababa de coger aquella mañana. Y la vieja se desahacía en cumplidos.

—¡Qué amable es Ud.!..... Venga Ud. á charlar más á menudo. Ya sabe Ud. que mi marido

está siempre en la Caja, y yo ¡me aburro tanto, metida aquí, por causa de las piernas!..... ¿Qué sería de mí, si esos miserables me quitasen las vistas que tengo?

Después, al despedirla, mientras que abría la puerta, se puso un dedo sobre los labios.

—¡Silencio! escuchemos.

Ambas, de pie en el corredor, permanecieron más de cinco minutos sin moverse, conteniendo la respiración y aplicando el oído hacia el comedor de Roubaud, donde reinaba un sepulcral silencio. Y por miedo de que las sorprendiesen se despidieron al cabo, saludándose con la cabeza, sin hablar palabra. La una se alejó en puntillas, y la otra volvió á cerrar su puerta tan quedo que no se oyó el picaporte.

A las nueve y veinte se hallaba otra vez Roubaud en el muelle, vigilando la formación del mixto de las nueve y cincuenta; pero, á pesar del esfuerzo de su voluntad, no cesaba de gesticular y se volvía á cada instante para inspeccionar el andén con la mirada. Nada ocurría, temblábanle las manos.

Luego, bruscamente, cuando registraba otra vez con sus ávidos ojos la estación, oyó cerca de sí la voz de un empleado del telégrafo, que decía jadeante:

—Señor Roubaud, ¿no sabe Ud. dónde están el jefe de estación y el comisario de vigilancia?..... Tengo despachos para ellos, y hace diez minutos que ando buscándolos.....

Habíase vuelto Roubaud con tal rigidez en

todo su ser, que ni un músculo de su rostro se contraía. Sus ojos se clavaron en los dos despachos que llevaba el empleado. Esta vez, con la emoción del mozo, adquirió la certeza de que se trataba de la catástrofe.

—El señor Dabadie ha pasado por aquí hace un momento—dijo con calma.

Jamás se había sentido tan tranquilo, ni con la inteligencia tan serena para defenderse. Ahora estaba seguro de sí.

—¡Mírele Ud.!—repuso—aquí viene el señor Dabadie.

En efecto, el jefe de la estación llegaba en aquel momento.

Tomó el telegrama, desgarró la cubierta y comenzó a leer. Así que hubo terminado la breve lectura del despacho exclamó:

Se ha cometido un asesinato en la línea.... me telegrafía el inspector de Rouen.

—¿Cómo?—preguntó Roubaud—¿un asesinato en nuestro personal?

—No, un asesinato cometido en la persona de un viajero, dentro de una berlina.... El cuerpo ha sido arrojado casi al salir del túnel de Malainay, junto al poste 153.... Y la víctima es uno de nuestros administradores, el presidente Grandmorin.

El subjefe exclamó á su vez:

—¡El presidente! ¡Ah! mi pobre mujer va á tener un disgusto.

Esta exclamación era tan natural, que el señor Dabadie se fijó en ella un instante.

—Es verdad, Ud. lo conocía, un señor muy bueno, ¿eh?

Después, refiriéndose al otro telegrama, dirigido al comisario de vigilancia, añadió:

—Esto debe ser del Juez de instrucción para llenar alguna formalidad sin duda.... Y no son más que las nueve y veinticinco; el señor Cauche no está todavía, naturalmente.... Que vayan pronto al café del Comercio, allí lo encontrarán con seguridad.

Cinco minutos después llegaba el señor Cauche, á quien había ido á buscar un mozo de la estación. Antiguo oficial, que consideraba su empleo como un retiro, no se presentaba nunca en la estación antes de las diez; daba por allí una vuelta y se volvía al café. Este drama, caído entre dos partidas de *piquet*, le había sorprendido en un principio, porque los asuntos que pasaban por sus manos eran ordinariamente poco graves. Pero el despacho venía, en efecto, del Juez de instrucción de Rouen, y si llegaba doce horas después de haberse descubierto el cadáver, era porque el Juez había teleografiado primero á París, al jefe de estación, para saber en qué condiciones había salido la víctima; luego, informado acerca de los números del tren y del coche respectivamente, había enviado orden al comisario de vigilancia para que examinara el estado de la berlina correspondiente al vagón 293, en el caso de que se hallara todavía en el Havre. Pronto desapareció el mal humor que el señor Cauche mostraba por haber sido molestado inútilmente



sin duda, y fué reemplazado por una actitud en armonía con la gravedad excepcional que ofrecía el asunto.

—Pero—exclamó inquietándose de repente con miedo de que la información se le escapase— el coche ya no estará aquí, porque ha debido salir esta mañana.

Roubaud lo tranquilizó.

—No, no, dispense Ud..... Había una berlina detenida para esta noche; el coche está allí, en la cochera.

Y echó á andar, seguido del comisario y del jefe de estación. Sin embargo, la noticia tenía que esparcirse, porque los mozos dejaban socarronamente sus quehaceres é iban también detrás; mientras que en las puertas de los diversos servicios se presentaban empleados que acabaron por acercarse uno á uno. Pronto se formó un gran corro.

Al llegar donde estaba el coche, el señor Dabadie hizo una observación en voz alta.

—Pues ayer se verificó la visita. Si hubiesen quedado huellas, me lo habrían comunicado al dar el parte.

—Vamos á verlo—dijo el señor Cauche.

Y abrió la portezuela, penetrando en la berlina. Al instante exclamó entre juramentos:

—¡Dijérase que han degollado un cochino!

Un soplo de espanto recorrió el grupo de empleados, cuyos cuellos se alargaron para ver mejor, y el señor Dabadie subió al estribo, mientras que Roubaud, detrás de él, para imi-

tar á los demás, alargaba también el cuello.

Interiormente no presentaba la berlina desorden alguno. Los cristales habían permanecido cerrados, todo parecía estar en su sitio. Únicamente se escapaba por la portezuela abierta un olor nauseabundo, y allí, en medio de un almohadón, se había coagulado un charco de sangre, un charco tan profundo y extenso, que de él, como de un manantial, había brotado un arroyuelo. Y nada más, nada más que aquella sangre nauseabunda.

El señor Dabadie se puso colérico.

—¿Dónde están los hombres que hicieron ayer la visita? ¡Que me los traigan!

Presentes estaban, y se adelantaron balbucando excusas; ¿podían haberlo visto de noche? y sin embargo, pasaron las manos por todas partes. Juraban, en suma, que la víspera no habían notado nada.

No obstante, el señor Cauche, en pie dentro del vagón, tomaba notas con un lápiz. Luego llamó á Roubaud, cuyo trato frecuentaba gustoso en los ratos de ocio, fumando cigarrillos y hablando con él á lo largo del andén.

—Señor Roubaud, suba Ud. y me ayudará.

Y cuando Roubaud hubo saltado por encima del charco de sangre, para no pisarlo, añadió el comisario:

—Mire Ud. debajo del otro almohadón á ver si también está manchado.

Lo levantó y miró cuidadosamente.

—No hay nada.

—Pero una mancha que había en la tela del respaldo le llamó la atención, y se la enseñó al comisario. ¿No parecía la señal de un dedo ensangrentado? No, acabaron por convenir en que era una salpicadura. Todo el mundo se había acercado para seguir el examen, apiñándose detrás del jefe de estación, que por delicadeza se quedó en el estribo.

De pronto se le ocurrió una reflexión:

—Diga Ud., señor Roubaud, ¿no estaba Ud. en el tren?.... Tal vez Ud. pueda decirnos algo....

—¡Toma! es verdad—exclamó el comisario. ¿Notó Ud. algo?

Durante tres ó cuatro segundos permaneció Roubaud en silencio. Estaba inclinado á la sazón, examinando la alfombra. Pero se levantó casi en seguida, respondiendo con su voz natural algo gruesa:

—Efectivamente, voy á decirles á Uds.... Mi mujer se hallaba conmigo. Si lo que yo sé debe figurar en la información, preferiría que Severina bajase para refrescar mi memoria con la suya.

Esto le pareció muy razonable al señor Cauche, y Pecqueux, que acababa de llegar, se ofreció á ir por Severina. Hizolo á largas zancadas y entretanto hubo un instante de expectación. Filomena, que había llegado con el fogonero, le seguía con los ojos, enojada porque se había prestado á semejante comisión. Pero habiendo visto á la esposa del señor Lebleu, que venía con toda la ligereza de sus pobres piernas hinchadas, salió á su encuentro y la ayudó á llegar;

ambas mujeres levantaron las manos al cielo y prorrumpieron en exclamaciones, impresionadas por el descubrimiento de tan abominable crimen. Bien que todavía no se supiese nada, circulaban ya comentarios y versiones en torno de ellas, sazonados con gestos y ademanes de terror. Dominando el murmullo de voces, afirmaba Filomena, por cuenta propia, que la mujer de Roubaud había visto al asesino. Todo quedó en silencio cuando apareció nuevamente Pecqueux, acompañado de Severina.

—¡Mírela Ud.!—murmuró la Lebleu. ¡Cualquiera dice que es la mujer de un subjefe al ver su aire de princesa! Esta mañana ya estaba así, peinada y ajustada como si fuese de visita.

Severina avanzaba con leve y regular paso. Había que recorrer un largo trecho de andén bajo las miradas que estaban fijas en ella, viéndola venir; pero caminaba firmemente, aunque llevándose el pañuelo á los ojos para enjugarse las lágrimas que le había arrancado el profundo dolor que le causaba la noticia del nombre de la víctima. Y, vestida con un sencillito y elegante traje negro, parecía llevar luto por su protector. Sus abundantes cabellos negros relucían al sol, pues ni siquiera tuvo tiempo para cubrirse la cabeza, á pesar del frío. Sus azules ojos tan dulces, llenos de agonía y anegados en llanto, dábanle interesantísimo aspecto.

—Razón tiene para llorar—dijo á media voz Filomena.—Ya están frescos, ahora que les han matado á su dios.

Cuando Severina se halló en medio de aquellas gentes, ante la portezuela de la berlina, bajaron el señor Cauche y Roubaud; y enseguida comenzó este último á decir lo que sabía.

—¿Verdad, querida mía, que ayer, en cuanto llegamos á París, fuimos á ver al señor Grandmorin? Serían las once y cuarto, ¿no es eso?

Y la miraba fijamente. Ella respondió con docilidad:

—Sí, las once y cuarto.

Pero sus ojos se habían fijado en el almohadón ennegrecido por la sangre, y sufrió un espasmo y profundos sollozos brotaron de su garganta. El jefe de estación se apresuró á intervenir, conmovido.

—Señora, si no puede Ud. soportar este espectáculo..... Comprendemos perfectamente su dolor.....

—¡Oh! no más que dos palabras—interrumpió el comisario.—Enseguida dejaremos á la señora que se vaya á su casa.

Roubaud se apresuró á continuar:

—Después de hablar de diferentes cosas, nos dijo el señor Grandmorin que debía salir de París al día siguiente, para ir á Doinville, á casa de su hermana..... Aún me parece estar viéndole sentado en su escritorio. Yo estaba aquí, mi mujer ahí..... ¿Verdad que nos dijo eso de ir á casa de su hermana al día siguiente?

—Sí, sí, al día siguiente.

El señor Cauche, que seguía tomando notas con el lápiz, levantó la cabeza.

—¡Cómo al día siguiente, si se puso en camino por la tarde!

—¡Aguarde Ud.!—replicó el subjefe.—Cuando supo que nosotros salíamos por la tarde, pensó tomar el mismo tren, si mi mujer quería irse con él á Doinville, para estar unos días en casa de su hermana, como ha sucedido otras veces. Pero mi mujer, que tenía muchos quehaceres aquí, rehusó..... ¿Verdad que rehusaste?

—Sí, rehusé.

—Estuvo muy amable, trató de mis asuntos, y nos fué acompañando hasta la puerta de su despacho, ¿no es así?

—En efecto, hasta la puerta.

—Por la tarde nos marchamos..... Antes de entrar en nuestro departamento, estuve hablando con el señor Vandorpe, el jefe de estación. Y no he visto más, nada absolutamente. Por cierto que estuve muy aburrido, pues creyendo que estábamos solos, noté luego que había una mujer en un rincón; y poco después entraron dos personas más, un matrimonio..... Hasta Rouen, tampoco ví nada de particular..... en Rouen, donde nos bajamos para estirar un poco las piernas, ¡cuál fué nuestra sorpresa al ver, tres ó cuatro coches más allá del nuestro, al señor Grandmorin, de pie, á la portezuela de una berlina! —¡Cómo es, señor presidente, que se ha puesto Ud. en camino! ¡Cuán agenos estábamos de viajar con Ud.!) Entonces nos dijo que había recibido un telegrama..... Tocaron el silbato y nos fuimos corriendo á nuestro departa-

mento, donde, entre paréntesis, no hallamos á nadie, porque todos nuestros compañeros de viaje se habían quedado en Rouen, lo cual mal-dita la pena que nos causó..... ¡Y esto es todo!.... ¿verdad, querida mía?

—Sí, todo.

Este relato, aunque sencillo, impresionó mucho al auditorio. En todos los semblantes se pintaba el deseo de penetrar el misterio. El comisario preguntó, dejando de escribir:

—¿Y está Ud. seguro de que no había nadie con el señor Grandmorin?

—Completamente seguro.

Todos se estremecieron de horror ante aquel misterio. Si el viajero estaba solo, ¿quién pudo asesinarle y arrojar el cuerpo á tres leguas de allí, antes de que el tren parase otra vez?

En el silencio, oíase la voz de Filomena.

—Es raro, muy raro.

Miróla Roubaud é hizo un gesto, como para indicar que á él también le parecía raro. Entonces vió á Pecqueux y á la mujer de Lebleu que movían la cabeza con extrañeza. Los ojos de todos se fijaron en él; esperaban otra cosa y buscaban en su persona algún detalle olvidado que aclarase el misterio. No había ninguna acusación en sus curiosas miradas; pero él creía, sin embargo, ver esa duda que se torna en certeza, con motivo del hecho más insignificante.

—¡Es extraordinario! — murmuró el señor Cauche.

—¡Extraordinario de todo punto!—repitió el señor Dabadie.

Entonces se decidió Roubaud á añadir:

—De lo que estoy también seguro, es de que el exprés ha caminado con su velocidad reglamentaria, sin que yo observase nada anormal.... Lo digo, porque precisamente, como estábamos solos, bajé el cristal para fumar un cigarrillo, y estuve mirando al exterior y dándome cuenta de todos los ruidos del tren.... En Barentín, habiendo visto en el andén al señor Bessière, el jefe de estación, mi sucesor, le llamé y estuvimos hablando un instante, mientras que, subido en el estribo, me daba la mano.... ¿No es cierto, Severina? Pueden preguntárselo, él lo dirá.

Severina, pálida é inmóvil, con el semblante inundado de disgusto, confirmó una vez más la declaración de su marido.

—El lo dirá, sí.

Desde aquel momento hacíase imposible toda acusación, supuesto que Roubaud, vuelto á su coche en Rouen, había sido saludado en Barentín por un amigo. La leve sombra de sospecha que el subjefe había creído ver en los ojos de cuantos le miraban, desvaneciése al punto; y el asombro de todos crecía. El asunto tomaba cada vez más misterioso aspecto.

—Veamos—dijo el comisario—¿está Ud. seguro de que nadie haya podido subir, en Rouen, á la berlina, después que Ud. se separó del señor Grandmorin?

Roubaud, que no había previsto esta pregun-

ta, se turbó por vez primera, sin duda porque no tenía preparada de antemano la respuesta. Miró á su mujer y pronunció balbuciente:

—¡Oh, no! no creo.... Estaban tocando el silbato y cerrando las portezuelas, tuvimos el tiempo preciso para volver á nuestro coche.... Además, la berlina era reservada, y creo que nadie podría subir.

Pero los negros ojos de su mujer adquirieron tal expresión, que Roubaud se espantó de haber hablado tan categóricamente.

—Después de todo, yo no sé.... Sí, tal vez pudiera subir alguien.... ¡Había tal confusión!....

Y, á medida que hablaba, aclarábasele la voz; aquella nueva historia iba afirmándose.

—Ya sabe Ud. que, con motivo de las fiestas del Havre, la multitud era inmensa.... Nos vimos obligados á defender nuestro departamento contra viajeros de segunda clase y aun de tercera.... Además, la estación está mal alumbrada, no se veía apenas, y todo el mundo tropezaba y chillaba en el apresuramiento de la marcha.... ¡Sí, á fe! es muy posible que, no sabiendo cómo colocarse, ó aprovechándose del barullo, se introdujese alguien violentamente en la berlina, en el último instante.

E interrumpiéndose, dijo:

—¿Eh, Severina? es lo que ha debido suceder.

Severina, transida de dolor, repitió, llevándose el pañuelo á los ojos:

—Seguramente, eso es lo que ha debido suceder.

Desde entonces se presentaba la pista, y, sin decir una palabra, el comisario de vigilancia y el jefe de estación cambiaron una mirada de inteligencia. Un largo movimiento de oleaje se produjo entre la multitud, que veía llegado el fin de la información y necesitaba dar rienda suelta á sus comentarios, los cuales no se hicieron esperar mucho. Hacía un rato que el servicio de la estación estaba en suspenso; todo el personal se hallaba allí hipnotizado por el suceso, siendo una verdadera sorpresa la llegada del tren de las nueve y treinta y ocho. Todos echaron á correr, abriéronse las portezuelas y comenzaron á bajar los viajeros. La mayor parte de los curiosos se habían quedado en torno del comisario, que por escrúpulos de hombre metódico visitaba otra vez, la última, aquella berlina ensangrentada.

Pecqueux, que gesticulaba entre la mujer de Lebleu y Filomena, vió en aquel momento á su maquinista, Santiago Lantier, que acababa de bajar del tren y se hallaba mirando de lejos el corro de gente. Le llamó con la mano, pero Santiago no se movía. Por último, echó á andar lentamente.

—¿Qué hay?— preguntó á su fogonero.

Pero como lo sabía todo, escuchaba distraidamente la noticia del asesinato y las suposiciones que se hacían con tal motivo. Lo que le trastornó por completo fué el caer en medio de aquella información, hallándose frente á la berlina que apenas había distinguido en medio de las tinie-

blas, lanzada á todo escape. Asomó la cabeza para mirar el charco de sangre que había en el interior del coche, y se le representaba la escena del asesinato, el cadáver sobre todo, atravesado en la vía, con la garganta abierta. Después, al apartar los ojos, vió á Roubaud con su mujer, mientras que Pecqueux seguía contándole la historia, de qué modo se hallaban éstos mezclados en el asunto, su salida de París en el mismo tren que la víctima, y las últimas palabras que cambiaron con ella en Rouen. A Roubaud lo conocía de saludarle casi diariamente, desde que hacía el servicio del exprés; á Severina habíala visto de vez en cuando, pero se había apartado de ella como de las demás. Sin embargo, en aquel momento, pálida y llorosa, con la dulzura de sus ojos azules, le llamó la atención. No acertaba á separar la mirada de Severina, y hubo un instante en que se preguntó la causa de encontrarse allí él, Roubaud y su mujer; cómo los acontecimientos habían podido reunirlos ante aquel coche del crimen, á ellos de vuelta de París, y á él de regreso de Barentin.

—¡Oh! lo sé—dijo en voz alta, interrumpiendo al fogonero.—Precisamente me encontraba yo á la salida del túnel y creí ver algo en el tren que pasaba.

Estas palabras causaron grandísima sensación. Todos formaron corro en torno de él. Y Santiago fué el primero que se sintió trastornado por lo que acababa de decir. ¿Por qué hablaba, después de haberse prometido á sí propio callar-

se? ¡Cuán buenas eran las razones que le aconsejaban el silencio! Y las palabras se le habían escapado inconscientemente, mientras que miraba á Severina. Esta apartó bruscamente el pañuelo para fijar sus espantados ojos en Santiago.

Pero el comisario se acercó apresuradamente con el jefe de estación.

—¡Cómo! ¿qué ha visto usted?

Y Santiago, del cual no se apartó un punto la mirada de Severina, dijo lo que había visto: la berlina alumbrada, pasando, en medio de la noche, á todo vapor, y los fugitivos perfiles de los dos hombres, tumbado el uno, con el arma en la mano el otro. Junto á su mujer, estaba Roubaud escuchando, fijos sus azorados ojos en Santiago.

—De modo—preguntó el comisario—¿que reconocería Ud. al asesino?

—¡Oh! eso no, no lo creo.

—¿Llevaba paletot ó blusa?

—No puedo asegurarlo. ¡Figúrese Ud., en un tren que marcha con la velocidad de ochenta kilómetros! imposible.

Severina cambió una mirada con Roubaud, el cual se atrevió á decir:

—Efectivamente, habría que tener buenos ojos.

—No importa—manifestó el señor Cauche—esta declaración es muy importante. El Juez le ayudará á Ud. á ver claro en todo esto.... Señor Lantier y señor Roubaud, denme ustedes exactamente sus nombres para las citas.

Aquello había terminado: disolvióse poco á poco el grupo de curiosos, y el servicio de la estación recobró su habitual actividad. Roubaud, sobre todo, tuvo que correr á presenciar la formación del mixto de las nueve y cincuenta, que ya se iba llenando de viajeros. Había dado á Santiago un apretón de manos más vigoroso que de ordinario; y éste, que se quedó solo con Severina, detrás de la mujer de Lebleu, de Pecqueux y de Filomena, se creyó en el deber de acompañarla hasta la escalera de los empleados, no hallando palabras qué decirle, pero sujeto á su lado, no obstante, como si algo lo encadenase allí. A la sazón mostrábase el día más sonriente, el sol se presentaba vencedor de las nieblas de la mañana, en el purísimo cielo azul; mientras que la brisa del mar aumentada su fuerza con la marca que subía, aportaba su salada frescura. Y como se apartase de Severina, mediante una vulgar palabra de despedida, tropezó de nuevo con sus rasgados ojos, cuya dulzura y dolorosa impresión le habían emocionado tanto.

Pero sintióse un prolongado silbido. Era Roubaud que daba la señal de partida. Contestó la máquina con otro no menos prolongado y más estridente, y el tren de las nueve y cincuenta comenzó á rodar, lentamente al principio, veloz después, hasta que desapareció á lo lejos en medio de la dorada polvareda de los rayos del sol.

## IV

Aquel día, en la segunda semana de Marzo, el señor Denizet, Juez de instrucción, había citado nuevamente en su despacho del Palacio de Justicia de Rouen á varios testigos importantes de la casa Grandmorin.

Hacia tres semanas que esta causa estaba dando gran ruido. Traía trastornados á Rouen y á París, y los periódicos de oposición, en la violenta campaña que sostenían contra el Imperio, se habían apoderado de ella como de una máquina de guerra. La proximidad de las elecciones generales encarnizaba la lucha. En la Cámara se produjeron sendas discusiones: una en que se discutió agriamente la validez de los poderes de dos diputados adictos á la persona del emperador, y otra en que se encarnizaron contra la gestión económica del Prefecto del Sena, reclamando la elección de un Consejo municipal. La cuestión Grandmorin llegaba muy á propósito para continuar la agitación; circulaban las historias más extraordinarias; los periódicos traían todas las mañanas nuevas hipótesis injuriosas para el Gobierno. De una parte dejábase entrever que la víctima, un familiar de las Tullerías, antiguo magistrado condecorado con la Legión de Honor y hombre riquísimo, se había entregado á maldades de las del peor género; de otra,

Aquello había terminado: disolvióse poco á poco el grupo de curiosos, y el servicio de la estación recobró su habitual actividad. Roubaud, sobre todo, tuvo que correr á presenciar la formación del mixto de las nueve y cincuenta, que ya se iba llenando de viajeros. Había dado á Santiago un apretón de manos más vigoroso que de ordinario; y éste, que se quedó solo con Severina, detrás de la mujer de Lebleu, de Pecqueux y de Filomena, se creyó en el deber de acompañarla hasta la escalera de los empleados, no hallando palabras qué decirle, pero sujeto á su lado, no obstante, como si algo lo encadenase allí. A la sazón mostrábase el día más sonriente, el sol se presentaba vencedor de las nieblas de la mañana, en el purísimo cielo azul; mientras que la brisa del mar aumentada su fuerza con la marca que subía, aportaba su salada frescura. Y como se apartase de Severina, mediante una vulgar palabra de despedida, tropezó de nuevo con sus rasgados ojos, cuya dulzura y dolorosa impresión le habían emocionado tanto.

Pero sintióse un prolongado silbido. Era Roubaud que daba la señal de partida. Contestó la máquina con otro no menos prolongado y más estridente, y el tren de las nueve y cincuenta comenzó á rodar, lentamente al principio, veloz después, hasta que desapareció á lo lejos en medio de la dorada polvareda de los rayos del sol.

## IV

Aquel día, en la segunda semana de Marzo, el señor Denizet, Juez de instrucción, había citado nuevamente en su despacho del Palacio de Justicia de Rouen á varios testigos importantes de la casa Grandmorin.

Hacia tres semanas que esta causa estaba dando gran ruido. Traía trastornados á Rouen y á París, y los periódicos de oposición, en la violenta campaña que sostenían contra el Imperio, se habían apoderado de ella como de una máquina de guerra. La proximidad de las elecciones generales encarnizaba la lucha. En la Cámara se produjeron sendas discusiones: una en que se discutió agriamente la validez de los poderes de dos diputados adictos á la persona del emperador, y otra en que se encarnizaron contra la gestión económica del Prefecto del Sena, reclamando la elección de un Consejo municipal. La cuestión Grandmorin llegaba muy á propósito para continuar la agitación; circulaban las historias más extraordinarias; los periódicos traían todas las mañanas nuevas hipótesis injuriosas para el Gobierno. De una parte dejábase entrever que la víctima, un familiar de las Tullerías, antiguo magistrado condecorado con la Legión de Honor y hombre riquísimo, se había entregado á maldades de las del peor género; de otra,



como la instrucción del proceso no había dado resultado práctico alguno, comenzaban á acusar á la policía y á la magistratura de complicidad, diciendo muchos apópsitos de este asesino legendario que permanecía ignorado. Si había mucha verdad en estos ataques, no eran por ello menos duros de soportar.

Así, pues, el señor Denizet sentía perfectamente toda la responsabilidad que pesaba sobre él. Este señor se apasionaba también tanto más cuanto que tenía ambición y esperaba ardientemente un negocio de esta importancia para dar á luz las altas cualidades de perspicacia y energía que él se atribuía. Hijo de un normando que se dedicaba á la cría de ganado, había estudiado Derecho en Caen y había entrado bastante tarde en la magistratura, donde su origen humilde, agravado por una quiebra de su padre, había entorpecido sus ascensos. Sustituto en Bernay, en Dieppe y en el Havre, había tardado diez años en llegar á ser procurador imperial en Pont-Audemer. Luego, enviado á Rouen otra vez como sustituto, era juez de instrucción hacía diez y ocho meses, á los cincuenta años de edad. Sin fortuna, acosado de necesidades que no podían satisfacer sus escasos rendimientos, vivía en esa dependencia de la magistratura mal pagada, aceptada únicamente por los espíritus medianos y donde las inteligencias se devoran en espera de venderse. El poseía una inteligencia muy viva, bien desarrollada y hasta honrada; tenía amor á su oficio, embriagado de su omnipoten-

cia que le hacía en su despacho de juez, dueño absoluto de la libertad de los demás. El interés era lo único que corregía su pasión; tenía tan vivos deseos de ser condecorado y de pasar á París, que después de haberse dejado llevar, el primer día de la instrucción, de su amor á la verdad, ya no avanzaba más que con extrema prudencia, tratando de adivinar por todas partes dónde habría una hondonada en cuyo fondo pudiese zozobrar su porvenir.

Hay que decir que el señor Denizet era prevenido, pues desde el principio del sumario un amigo le aconsejó que fuese á París al Ministerio de Justicia. Allí había hablado largamente con el secretario general, señor Camy-Lamotte, personaje importante que tenía gran prestigio entre el personal, encargado de los nombramientos, y en continuas relaciones con las Tullerías. Era un hombre excelente, que había comenzado también por ser sustituto, pero que llegó á ser diputado y gran oficial de la Legión de Honor, gracias á sus relaciones y á su mujer. El asunto le había caído naturalmente entre manos; el procurador imperial de Rouen, inquieto por este drama cuya víctima era un antiguo magistrado, tuvo la precaución de trasmitirlo al Ministerio, el cual á su vez lo había delegado en su secretario general. Precisamente el señor Camy-Lamotte era antiguo condiscípulo del presidente Grandmorin, algunos años más joven que él, y del cual siguió siendo tan amigo que lo conocía muy á fondo hasta en sus vicios.

Así es que hablaba de la muerte trágica de su amigo con profunda afición; manifestó al señor Denizet su ardiente deseo por encontrar al culpable. No trataba de ocultar que en las Tullerías andaba todo el mundo muy disgustado con aquel formidable clamoreo y hasta se permitió recomendarle mucho tacto. En suma, el juez había comprendido que haría bien en no apresurarse y no hacer nada sin obtener previamente el beneplácito de sus superiores. Habíase vuelto á Rouen en la seguridad de que, por su parte, el secretario general había lanzado agentes, deseoso también de favorecer la instrucción del sumario. Querían conocer la verdad, para ocultarla mejor si era necesario.

Sin embargo, pasaban los días, y el señor Denizet, á pesar de sus esfuerzos de paciencia, se irritaba contra los dichos de la prensa. Luego reaparecía el polizone, olfateando como un buen perro. Arrastrábalo la necesidad de encontrar la verdadera pista, de ser él quien primero topase con ella, pero dispuesto estaba á dejarla si se lo mandasen. Y mientras esperaba del Ministerio una carta, un consejo, una simple indicación, que ya tardaba en venir, proseguía activamente su instrucción. Dos ó tres detenciones se habían verificado sin que hubiesen podido sostenerse. De repente la apertura del testamento del presidente Grandmorin despertó en él una sospecha que ya había asomado á su cerebro en los primeros momentos: la posible culpabilidad del matrimonio Roubaud. Este testamento, lleno de

extraños legados, contenía uno, por el cual Severina era instituída legataria de la casa situada en el lugar denominado Croix-de-Maufras. Desde aquel momento, el móvil del asesinato, vanamente buscado hasta entonces, quedaba descubierto: el matrimonio Roubaud, conociendo el legado, había podido asesinar á su bienhechor para entrar en posesión inmediata. Esta idea le asediaba tanto más, cuanto que el señor Camy-Lamotte había hablado especialmente de la mujer de Roubaud como habiéndola conocido en épocas pasadas en casa del presidente cuando aún era muchacha.

¡Pero cuántas inverosimilitudes é imposibilidades materiales y morales! Desde que dirigía sus investigaciones por este camino tropezaba á cada paso con hechos que daban al traste con su concepción de un sumario clásicamente llevado. Nada se aclaraba; la causa primera, que debía iluminarlo todo como foco principal, faltaba.

Otra pista existía también, que el señor Denizet no había echado en olvido: la suministrada por el mismo Roubaud al decir que bien pudo subir alguien á la berlina en la confusión que se produjo al partir el tren. Aquel era el famoso asesino legendario, imposible de encontrar, de que hablaban todos los periódicos de oposición. El esfuerzo de la instrucción había llegado en un principio á señalar á este hombre, que había partido en Rouen, y se había bajado en Barentin; pero nada práctico había resultado; algunos testigos negaban hasta la

posibilidad de asaltar una berlina reservada y otros daban señas enteramente contradictorias. Y la pista no parecía conducir á nada bueno, cuando el juez, interrogando al guarda-aguja Misard, descubrió sin quererlo la dramática aventura de Cabuche y Luisita, esa niña que, violada por el presidente, había ido á morir á casa de su buen amigo. Esto fué para él un rayo de luz; el acta de acusación clásica se formuló en su cabeza. Todo se encontraba allí: amenazas de muerte proferidas por el cantero contra la víctima; antecedentes deplorables y una coartada que se invocó con mala intención, imposible de probar. En secreto, en un minuto de inspiración enérgica, hizo sacar á Cabuche la víspera de la casita que ocupaba en medio de los bosques, especie de cubil perdido donde se había encontrado un pantalón manchado de sangre. Y, defendiéndose todavía contra la convicción de que estaba penetrado, prometiéndose no abandonar la hipótesis relativa al matrimonio Roubaud, se regocijaba ante la idea de que él solo había tenido la nariz bastante fina para descubrir el verdadero asesino. Para cerciorarse había citado aquel día en su gabinete á varios testigos interrogados ya, al día siguiente del crimen.

El despacho del juez de instrucción daba á la calle de Juana de Arco, en el viejo edificio derruido, al lado del antiguo palacio de los duques de Normandía, transformado hoy en Palacio de Justicia. Aquella extensa y lóbrega pieza, situada en el piso bajo, estaba alumbrada por una luz

tan opaca que había que encender una lámpara, desde las tres de la tarde en invierno. Empapelada con un papel verde descolorido, tenía por todo mueblaje dos butacas, cuatro sillas, el escritorio del juez, la mesa del escribano, y sobre la fría chimenea dos copas de bronce á cada lado de un reloj de mármol negro. Detrás del escritorio una puerta daba á otra pieza, en la que el juez ocultaba á las personas que quería tener á su disposición, mientras que a puerta de entrada se abría directamente al ancho corredor adornado de banquetas donde aguardaban los testigos.

Desde la una y media, aunque la cita judicial era á las dos, estaban allí Roubaud y su mujer. Llegaban del Havre, apenas habían tenido tiempo de almorzar en una fonda de la Grande Rue. Ambos vestidos de negro; él de levita, y ella con traje de seda como una señora, guardaban la gravedad algo cansada y triste de una casa que ha perdido un pariente. Severina se había sentado en una banqueta, inmóvil, callada, mientras que, en pie, con las manos unidas en la espalda, se paseaba Roubaud delante de ella. Pero á cada vuelta se encontraban sus miradas, y su oculta ansiedad pasaba entonces como una sombra por sus mudos semblantes. Aunque les había colmado de alegría el legado de la Croix-de-Maufras, acababa de reavivar sus temores; pues la familia del presidente, su hija, sobre todo, herida por las extrañas donaciones, tan numerosas que alcanzaban la mitad de la fortuna total, hablaba de atacar el testamento; y

la señora de Lachesnaye, empujada por su marido, se mostraba particularmente dura contra su antigua amiga Severina, á quien cargaba con las más graves sospechas. Por otra parte, el pensamiento de una prueba en que Roubaud no había caído en un principio, le mortificaba ahora con un miedo constante: la carta que hizo escribir á su mujer para decidir á Grandmorin á emprender el viaje, y que seguramente encontrarían si éste no la había roto. Felizmente, pasaban los días sin que nada sucediese; la carta debía haber sido inutilizada. Cada nueva cita en el gabinete del juez de instrucción producía al matrimonio sudores fríos, á pesar de su correcta actitud de herederos y testigos.

Dieron las dos y se presentó Santiago, que venía de París. Enseguida se acercó á Roubaud muy expansivo y le tendió la mano.

—¡Ah! ¿También á Ud. le han molestado?... ¡Qué fastidioso se va haciendo este triste asunto que no concluye nunca!

Santiago, al ver á Severina, siempre sentada é inmóvil, acababa de sentarse también sin hablar palabra. Hacía tres semanas que un día sí y otro no, en cada uno de sus viajes al Havre, el subjefe le colmaba de atenciones. Una vez hasta tuvo que quedarse á comer. Y junto á la joven se estremeció en turbación creciente. ¿Iba á desearla también? Su corazón palpitaba, sus manos abrazaban al ver solamente la línea blanca del cuello alrededor del escote. Estaba resuelto á huir de ella en lo sucesivo.

—¿Y qué dicen del asunto ese en París?—repuso Roubaud.—¿Nada nuevo, verdad? No se sabe ni una palabra, ni se sabrá nunca.... Hombre, venga Ud. á dar los buenos días á mi mujer.

Se lo llevó consigo; fué preciso que Santiago se acercara y saludase á Severina, cortada, sonriendo con su aire de niño medroso. Esforzabase por hablar de cosas indiferentes bajo las miradas del marido y de la mujer, que no se apartaban de él, como si hubiesen tratado de leer más allá aún de su pensamiento, en las vagas hipótesis á que él mismo no se atrevía á descender. ¿Por qué se mostraba tan frío? ¿Por qué trataba de evitar su presencia? ¿Acaso se despertaban sus recuerdos? ¿Acaso eran llamados de nuevo para carearles con él? ¡Ah, con qué gusto habrían conquistado ese único testigo á quien tanto temían! ¡De qué buena gana se hubieran unido á él por lazos de fraternidad tan estrecha, que le faltara valor para decir la menor cosa contra ellos!

El subjefe, torturado, fué quien volvió al asunto.

—¿De modo, pues, que no sospecha Ud. por qué razón nos citan? ¿A Ud. qué le parece, habrá alguna novedad?

Santiago tuvo un gesto de indiferencia.

—Cierta ruidó circulaba antes en la estación á tiempo que yo llegaba. Hablaban de una detención.

Los Roubaud se extrañaron, muy agitados, muy perplejos. ¿Una detención? ¡Pues si nadie les había dicho una palabra! ¿Era que iban á

practicar una detención ó que ya había sido llevada á cabo? Las preguntas llovían sobre Santiago, pero él nada más sabía.

En aquel momento, en el pasillo, un ruido de pasos hizo que Severina volviese la cabeza.

—Aquí están Berta y su marido—murmuró.

Eran, en efecto, los Lachesnaye. Pasaron muy tiesos delante de los Roubaud, sin que la señora de Lachesnaye tuviese una mirada para su antigua compañera. Un ujier les introdujo enseguida en el gabinete del juez de instrucción.

—Vaya, nos armaremos de paciencia—dijo Roubaud.—Nos darán un plantón de lo menos dos horas.... ¡Siéntese usted!

Acababa él de colocarse á la izquierda de Severina, y con la mano hacía señal á Santiago para que se sentara al otro lado, junto á ella. Este permaneció aún en pie un ratito. Luego, influido por la mirada dulce y medrosa de Severina, se dejó caer sobre el banquillo; y el calor tibio que emanaba de aquella mujer, durante el largo tiempo que estuvieron esperando, le fué entumeciéndolo lentamente.

La instrucción iba á empezar ya en el gabinete del señor Denizet, pues los interrogatorios habían suministrado materia suficiente para un legajo enorme, varias resmas de papel, con cubiertas azules. La justicia había hecho lo posible por seguir la víctima desde su salida de París. El señor Vandorpe, jefe de estación, había declarado lo que sabía sobre la salida del exprés de las seis y treinta: el coche 293, añadido á última

hora; las pocas palabras cruzadas con Roubaud, quién subió á su compartimento un poco antes de la llegada del presidente Grandmorin; finalmente, la instalación de éste en su cupé, en donde ciertamente estaba solo. Después fué interrogado el conductor del tren, Enrique Dauvergne, sobre lo que había sucedido en Rouen durante la parada de diez minutos, y nada definitivo pudo afirmar. Había visto á los Roubaud hablando delante del cupé, y creía de veras que se habían vuelto á su coche, cuya portezuela cerraría sin duda algún vigilante; pero aquello permanecía vago, indeciso, enmedio de los apretones de la muchedumbre y la escasa luz de la estación.

En cuanto á declarar sobre si un hombre, el famoso asesino oculto, había podido penetrar en el cupé cuando echaba á andar el tren, parecía la cosa poco verosímil, aun admitiendo la posibilidad; pues á ciencia suya, ya dos veces se había dado un caso igual. Preguntados igualmente otros empleados del personal de Rouen sobre los mismos puntos, en lugar de aportar alguna luz, no hicieron más que enmarañar las cosas, por sus contestaciones contradictorias. Sin embargo, un hecho probado era el apretón de mano dado por Roubaud desde el interior del vagón al jefe de estación de Barentin, estando éste subido sobre el estribo: ese jefe de estación, el señor Bessière, había reconocido formalmente la cosa como exacta, y había añadido que su colega estaba solo con su mujer, la cual, medio recos-

tada, parecía dormir tranquilamente. Por otra parte, hasta se llegó á investigar qué viajeros habían salido de París en el mismo compartimento que los Roubaud.

Aquel señor y aquella señora, tan gruesos, llegados con retraso, á tiempo que iba á salir el tren, habían declarado que, como se adormilaron enseguida, nada podían decir; y en cuanto á la mujer vestida de negro, muda en su rincón, habíase desvanecido como una sombra y había sido del todo imposible encontrarla. Finalmente, otros testigos declararon aún, la gente menuda, los que habían ayudado á establecer la identidad de los viajeros que se habían apeado aquella noche en Barentín, pues según probabilidades, allí era donde había bajado el hombre: habían contado los billetes, consiguieron reconocer á todos los viajeros, menos uno, justamente un mocetón, envuelta la cabeza en un pañuelo azul, de paletot, según unos, y de blusa al decir de otros; nada más que sobre ese hombre, desaparecido, desvanecido como un sueño, había un legajo de trescientas diez piezas, con tal confusión, que cada testimonio era desmentido por otro.

Y el legajo se complicaba aún con piezas judiciales: el acta de reconocimiento, redactada por el secretario que el fiscal imperial y el juez de instrucción habían llevado al teatro del crimen; toda una voluminosa descripción del sitio de la vía férrea en donde yacía la víctima, de la posición del cuerpo, del traje, de los objetos encontrados en los bolsillos y que habían permitido

establecer la identidad; el informe del médico, traído también, un informe donde, en términos científicos, estaba ampliamente descrita la herida de la garganta, un espantoso tajo hecho con un instrumento cortante, un cuchillo sin duda; algunos informes más y otros documentos sobre la traslación del cadáver al hospital de Rouen, sobre el tiempo que había permanecido allí, antes que su descomposición, notablemente prematura, hubiese obligado á la autoridad á que le devolviera á la familia. Pero de todo aquel montón de papelotes, sólo quedaban dos ó tres puntos importantes.

Primeramente, en los bolsillos no habían encontrado el reloj, ni una carterita en donde debía haber diez billetes de mil francos, cantidad debida por el presidente Grandmorin á su hermana, la señora de Bonnehon. Habría, pues, parecido que el móvil del crimen era el robo, á no ser por una sortija adornada de un grueso brillante, encontrada en un dedo de la víctima. Otro motivo que daba una serie de hipótesis. No tenían, por desgracia, los números de los billetes del Banco; pero sí conocían el reloj, un reloj muy grueso, remontoir, ostentando en una tapa las dos iniciales del presidente, enlazadas, y al interior un número de fabricación, el núm. 2.516. Luego otro punto importante era el arma, la navaja empleada por el asesino; había promovido investigaciones considerables, á lo largo de la vía, entre las malezas de las cercanías, en todas partes, donde podían haberla tirado; pero todas las pesqui-

sas quedaron sin resultado; sin duda el asesino había ocultado la navaja en el mismo hoyo en que había escondido los billetes y el reloj.

Lo único que habían recogido, á unos cien metros antes de llegar á la estación de Barentin, era la manta de viaje de la víctima, abandonada allí como un objeto comprometedor, y figuraba entre las piezas de convicción.

Cuando los Lachesnaye entraron, el señor Denizet, de pie delante de su despacho, releía uno de los primeros interrogatorios que el secretario acababa de buscar en el legajo.

Era un hombre de estatura baja y bastante grueso, muy afeitado, y entrecano. Las mejillas espesas, su barba cuadrada y su nariz ancha, tenían una inmovilidad descolorida, aumentada aún por los párpados pesados medio caídos sobre gruesos ojos claros. Pero toda la sagacidad de que se creía dotado se había refugiado en la boca, una de esas bocas de comediante, dispuesta á hablar siempre de grandes ideales, dotada de movilidad pasmosa y adquiriendo una forma singular en los momentos que empleaba la astucia. En general lo que perdía era la demasiada fineza; era harto perspicaz, jugaba demasiado al escondite con la verdad simple y llana, y eso por un ideal del oficio, persuadido de que sus atribuciones le convertían en un tipo de anatomista moral, dotado de segunda vista, sumamente espiritual; además, no tenía nada de tonto.

Fué muy amable con la señora de Lachesnaye, acostumbrado como estaba á ser el magistra-

do mundano, que frecuentaba la sociedad de Rouen y de las fincas vecinas.

—Señora, tómese Ud. la molestia de sentarse.

Y él mismo presentó una silla á la joven, una rubia endeblucha, con aire desagradable y fea, vestida de luto. Pero no fué más que cortés, hasta un tanto áspero, con el señor de Lachesnaye, rubio también y enfermizo, pues aquel hombrecillo, consejero de audiencia desde la edad de treinta y seis años, condecorado merced á la influencia de su suegro y á los servicios de su padre, magistrado después, representaba á sus ojos la magistratura de favor, la magistratura rica, los mediocres que se ponían en evidencia, ciertos de un camino rápido por su parentesco y su fortuna; mientras que él, pobre, sin protección, se veía reducido á doblar eternamente la espalda en su papel de pretendiente, bajo la piedra, sin cesar suspendida, del ascenso. Así es, que no le disgustaba hacerle sentir en aquel reducido despacho su omnipotencia, el poder absoluto que tenía sobre la libertad de todos, hasta el punto de cambiar con una palabra un testigo en acusado y de mandarle encarcelar si se le antojaba.

—Señora—repuso—la ruego me perdone la torture de nuevo con esta dolorosa historia. Sé muy bien que desea Ud. tan vivamente como nosotros que la luz se haga y que el culpable purgue su crimen.

Avisó con un signo al secretario, un mucha-

cho alto y amarillo, con cara huesuda, y el interrogatorio principió.

Pero desde las primeras preguntas que hizo á su mujer, el señor de Lachesnaye, que se había sentado viendo que no le invitaban á que lo hiciera, trató de sustituirla. Poco á poco fué exhalando su mal humor contra el testamento de su suegro. ¡Habíase visto! ¡mandas tan numerosas, tan importantes, que casi sumaban la mitad de la fortuna, una fortuna de tres millones setecientos mil francos! ¡Y á personas desconocidas en su mayoría, á mujeres de todas clases y condiciones! Hasta figuraba allí una vendedorcilla de violetas, instalada en un portal de la calle del Rocher. Era inaceptable; esperaba á que hubiese terminado la instrucción criminal, para ver si no había posibilidad de que anulasen aquel testamento inmoral.

En tanto que se lamentaba así, con los dientes apretados, manifestando lo majadero que era, provinciano de pasiones testarudas, hundido en la avaricia, el señor Denizet le miraba con sus gruesos ojos claros, medio cerrados, y su boca astuta expresaba un desdén celoso hacia ese impotente que dos millones no satisfacían, y al que, sin duda, vería algún día bajo la púrpura suprema, merced á todo aquel dinero.

—Creo, señor mío, que sería Ud. vencido. El testamento sólo podía ser atacado en caso de que el total de las mandas fuese mayor que la mitad de la fortuna, y aquí no sucede eso.

Y volviéndose hacia su secretario, le dijo:

—Supongo, Laurent, que no está Ud. escribiendo todo esto....

Este, con una ligera sonrisa, le tranquilizó, como hombre que sabía distinguir.

—En una palabra—repuso el señor Lachesnaye, más agriamente—á nadie se le ocurrirá, supongo, que vaya yo á dejar la Croix-de-Maufrais á esos Roubaud. ¡Semejante regalo á la hija de un criado! ¿Y por qué? ¿A santo de qué? Además, si queda probado que han tenido participación en el crimen....

El señor Denizet volvió al asunto:

—¡Hombre, á Ud. le parece?....

—Pues ya ve Ud., si conocían el testamento, bien claro está el interés que tenían en que muriese nuestro pobre padre.... Note Ud. además, que han sido los últimos que han hablado con él.... En una palabra, todo eso está poco claro.

Impacientado, combatido en su nueva hipótesis, el juez se volvió hacia Berta.

—¿Y Ud., señora, cree Ud. á su antigua amiga capaz de semejante crimen?

Antes de contestar, miró Berta á su marido. Con sólo algunos meses de matrimonio, su aspereza y su sequedad se habían exagerado. Se corrompían mutuamente, él era quien la había azuzado contra Severina, hasta el punto de que por sólo quedarse con la casa, la habría mandado encarcelar inmediatamente.

—¿Qué quiere Ud. que le diga, caballero!—acabó por decir;—la persona de que Ud. me habla tenía muy malos instintos cuando era pequeña.



—¿De modo que la acusa Ud. de mala conducta en Doinville?

—¡Oh! no, caballero; mi padre no la habría tolerado en su casa.

Aquel grito era la protesta de la gazmoñería, de la burguesa honrada, que nunca tendría una falta que reprocharse, y cuya gloria consistía en ser una de las virtudes más indiscutibles de Rouen, saludada y recibida en todas partes.

—Sólo que—continuó—cuando hay costumbres de ligereza y de disipación..... En una palabra, caballero, muchas cosas que yo no hubiera creído posibles, me parecen ciertas hoy día.

De nuevo tuvo el señor Denizet un movimiento de impaciencia. Ya no seguía aquella pista, y todo aquel que se obstinaba en ella era su adversario; parecía como que era poner en duda la seguridad de su inteligencia.

—Vamos á ver, es preciso raciocinar—exclamó.—Gente como los Roubaud no matan á un hombre como su padre de Ud., para heredar más pronto, ó por lo menos habría indicios de su afán en querer heredar; alguna circunstancia me habría indicado ese vicio de posesión y de amor al dinero para gastar. No, ese móvil no basta, sería preciso descubrir otro, y no hay ninguno; ustedes mismos no pueden suministrar otro.....

Por otra parte, restablezcan los hechos. ¿No ven Uds. imposibilidades materiales? Nadie ha visto á los Roubaud subir al cupé; es más, un empleado cree poder afirmar que volvieron á su compartimiento. Y puesto que estaban en su co-

che en Barentín, sería necesario admitir idas y venidas de su vagón al del presidente, del que estaban separados por otros tres coches, y eso durante unos cuantos minutos que dura el trayecto, cuando iba el tren á toda velocidad. ¿Es eso verosímil? He preguntado á maquinistas, á conductores. Todos me han dicho que sólo una gran costumbre podía dar sangre fría y valor suficientes.....

En todo caso, la mujer ninguna participación tendría; sería únicamente cosa del marido; ¿y para qué, para matar á un protector que acababa de sacarles de un gran apuro? ¡No, no; decididamente! La hipótesis esa no tiene el asomo de verosimilitud, hay que hacer otra cosa.....

Por ejemplo, un hombre que, según parece, subió en Rouen y se bajó en la primera estación, el cual profirió hace poco amenazas de muerte contra la víctima.

En su pasión, edificaba todo un nuevo sistema; ya iba á soltársele la lengua, cuando la puerta, al entreabrirse, dejó pasar la cabeza del ujier. Pero antes que éste hubiese pronunciado una palabra, una mano enguantada de mujer acabó de abrir la puerta de par en par, y entró una señora rubia, vestida de luto, muy elegante, hermosa aun á los cincuenta años bien cumplidos, con la belleza opulenta de una diosa envejecida.

—Soy yo, mi querido juez. Vengo con retraso y me dispensará Ud., ¿verdad? Los caminos están malísimos, las tres leguas de Doinville á Rouen representan lo menos seis con este tiempo.

Muy galante, el Sr. Denizet se había levantado.

—¿Su salud de Ud. no ha variado, señora, desde el domingo pasado?

—Estoy muy buena.... ¿Y á Ud., mi querido juez, se le quitó ya el susto que le dió mi cochero? Me contó que estuvo á punto de volcar al traerle á Ud. á unos dos kilómetros del castillo.

—¡Oh! un achuchoncillo; ya ni me acordaba.... siéntese, y le repito lo que antes decía á la señora de Lachesnaye; dispéñeme que renueve su dolor con este lamentable asunto.

—¡Y qué quiere Ud., puesto que es preciso!.... ¡Buenos días, Berta; buenos días, Lachesnaye!

Era la señora de Bonnehón, la hermana de la víctima. Besó á su sobrina y estrechó la mano del marido. Viuda desde los treinta años, de un industrial que le había llevado una gran fortuna, ya muy rica por sí misma, dueña de la finca de Doinville cuando el reparto con su hermano, había llevado una vida muy amable, llena, decían, de apasionamientos, pero tan correcta y de apariencia tan franca, que había permanecido el árbitro de la sociedad rouennensa.

Efecto de las circunstancias y llevada de su afición, había tenido siempre especial predilección por la magistratura, recibiendo en su castillo, desde hacía veinticinco años, al mundo judicial, todo ese mundo de toga, traído y llevado en los coches de la viuda, en perpetua fiesta. Aun entonces mismo conservaba un cariño maternal hacia un joven sustituto, hijo de un con-

sejero de audiencia, el señor Chaumette: se ocupaba del ascenso del hijo y colmaba al padre de invitaciones y amabilidades. También había conservado un amigo íntimo de los tiempos antiguos, otro consejero, solterón, el señor Desbagilles, la gloria literaria de la Audiencia de Rouen; citaban sonetos suyos de factura esmerada. Durante muchos años había tenido habitación en Doinville. En la actualidad, á pesar de que ya pasara de los sesenta, seguía yendo á comer allí, como un viejo camarada cuyos reumas sólo le permitían el recuerdo. Conservaba, pues, así, su soberanía de amabilidad, á pesar de la vejez que ya asomaba, y nadie pensaba en disputarle esa soberanía; sólo se le había presentado una rival el invierno anterior, la señora Leboucq, mujer de un consejero también, morena, alta, de treinta y dos años, verdaderamente agradable, cuya casa principiaba á frecuentar mucho la magistratura. Y aquello, en medio de su buen humor habitual, le daba un ligero velo de melancolía.

—De manera, pues, señora, que si Ud. lo permite—repuso el señor Denizet—voy á hacer á usted algunas preguntas.

El interrogatorio de los Lachesnaye había terminado, pero no por eso les despedía el juez: su despecho, tan triste, tan frío, convertíase en salón mundano. El secretario, flemático, se dispuso á escribir de nuevo.

—Un testigo ha hablado de un telegrama enviado por Ud. á su hermano, llamándole en segui-

da á Doimville..... No hemos encontrado rastro alguno de ese telegrama. ¿Le escribió Ud., señora?

La señora de Bonnehon, con gran soltura, se puso á contestar en tono de amena conversación.

—No escribí á mi hermano, le esperaba, sabía que tenía que venir, pero sin día fijo. Generalmente venía sin avisar, y casi siempre por los trenes de la noche. Como habitaba un pabellón aislado en el parque, que daba sobre una callejuela desierta, ni siquiera se le oía llegar. Alquilaba un coche en Barentin y sólo se dejaba ver al otro día, á veces por la tarde, como un vecino que está de visita, instalado desde hace tiempo en su casa..... Si esta vez le esperaba, era porque tenía que traerme una cantidad de diez mil francos, un final de cuentas entre nosotros. Seguramente tenía sobre sí esa suma, y tal es la razón que me mueve á creer que le han matado para robarle, sencillamente.

El juez dejó reinar un corto silencio; luego, mirándola cara á cara:

—¿Qué juicio le merecen á Ud. la señora de Roubaud y su marido?

Tuvo ella un vivo movimiento de protesta.

—¡Hombre, no! mi querido señor Denizet, supongo que no va Ud. á marearse siguiendo la pista falsa de esas buenas gentes..... Severina era una buena muchachita, muy dulce, dócil y hasta deliciosa, lo cual no quiere decir nada. Mi opinión es, puesto que desea usted que se la

repita, que ella y su marido son incapaces de llevar á cabo una mala acción.

El juez la aprobaba con la cabeza, triunfaba echando una ojeada hacia la señora de Lachesnaye. Esta, picada, se permitió intervenir.

—Tía, me parece Ud. poco exigente.

Entonces la señora de Bonnehon habló á sus anchas, con su llaneza ordinaria.

—No seas niña, Berta, nunca estaremos de acuerdo tocante á eso..... Era alegre, la gustaba bromear, y hacía bien..... De sobra sé lo que tú y tu marido estáis pensando. Pero la verdad, preciso es que el interés os trastorne por completo para que tanto os extrañe ese donativo de la Croix-de-Maufras, hecho por tu padre á la buena de Severina..... La había educado, la había dotado, muy natural era que la dejase algo en su testamento. ¡Vamos, no seáis niños! ¿Acaso no la consideraba un poco como su hija?..... ¡Ay, hija mía, pesa tan poco el dinero en la felicidad!

Ella, en efecto, había sido siempre rica y era sumamente desinteresada. Es más, por un refinamiento de hermosa mujer adorada, afectaba hacer consistir la vida únicamente en la belleza y el amor.

—Roubaud es quien ha hablado del telegrama, hizo notar secamente al señor de Lachesnaye. Si no ha habido telegrama, no pudo decirlo el presidente que había recibido uno. ¿Por qué motivo ha mentido Roubaud?

—Pero—exclamó el señor Denizet apasionándose—pudo muy bien el presidente haber inven-

tado eso del telegrama, para explicar su salida repentina á los Roubaud. Según su propio testimonio, no pensaba marcharse hasta el día siguiente; y como iba en el mismo tren que ellos, necesitaba una razón cualquiera, toda vez que no le pareciese oportuno darles á conocer el verdadero motivo, motivo que, por otra parte, todos desconocemos.... Eso ninguna importancia tiene, á nada conduce.

Hubo un nuevo silencio. Cuando el juez continuó, estaba muy sereno, se mostró lleno de precauciones.

—Ahora, señora, llego á un punto especialmente delicado, y la ruego dispense la naturalidad de mis preguntas. Nadie más que yo respeta la memoria de su hermano.... ¿Corrían ciertas voces, verdad? Decían que tenía algunas queridas.

La señora de Bonnehon había ya recobrado su sonrisa, con su infinita tolerancia.

—¡Oh, querido señor, á su edad!.... Mi hermano quedó viudo joven, y nunca me he creído con derecho á juzgar malo lo que á él le parecía bueno. Ha vivido, pues, á su antojo, sin que yo me haya mezclado lo más mínimo en sus asuntos. Lo que sé es que conservaba su rango, y que siempre fué un hombre de gran distinción.

Berta, rabiosa porque delante de ella se hablara de las queridas de su padre, había bajado la vista, en tanto que su marido, tan molesto como ella, había ido á plantarse delante de la ventana, volviendo la espalda.

—Dispéñeme mi insistencia—dijo el señor Denizet.—¿No ha habido una historia con una doncella muy joven, en su casa de Ud.?

—¡Ah! sí, Luisilla.... Pero, querido señor, si era una viciosa que ya á los catorce años tenía relaciones íntimas con un licenciado de presidio. Han querido explotar su muerte contra mi hermano. Es una indignidad, le voy á contar á usted eso.

Hablaba con sinceridad. Por más que supiese á qué atenerse sobre las costumbres del presidente y que no la hubiese sorprendido su muerte trágica, quería defender la alta situación de la familia.

Por otra parte, en esa desgraciada historia de Luisilla, sí creía á su hermano capaz de haber querido abusar de la jovencilla, pero también estaba convencida del vicio precoz de ésta.

—Figúrese Ud. una chicuela, tan pequeña, tan delicada, rubia y rosada como un angelito, muy dulce.... Pues bien, no había cumplido catorce años y ya estaba enredada con una especie de bestia, un cantero llamado Cabuche, quien acababa de cumplir cinco años de presidio por haber matado á un hombre en una taberna. Ese muchacho vivía como un salvaje, en el linde del bosque de Becourt, donde su padre, muerto de sentimiento por lo de su hijo, le había dejado una choza hecha con troncos de árbol y con tierra. Obstinábase en explotar allí un rincón de las canteras ya abandonadas, canteras que, según creo, han suministrado la mayor parte de las piedras con que se edificó Rouen.

Y en el fondo de aquellas cavernas era donde iba la niña á ver á su lobo; y tanto miedo le tenía el país que vivía solo como un sarnoso. A veces les encontraban juntos, en los bosques, cogidos de la mano, ella tan mona, él enorme y bestial. En una palabra, una vida escandalosísima.... Por supuesto, todo esto lo supe más tarde.

Había yo recogido á Luisilla casi por caridad para hacer una buena obra. Su familia, esos Misard, gente pobre, se guardaron muy bien de decirme que habían pegado mucho á la chiquilla, sin poder impedirla que se fuera detrás de su Cabuche, en cuanto quedaba abierta la puerta.... entonces fué cuando sucedió eso. Mi hermano, en Doinville, no tenía criados exclusivamente suyos. Luisilla y otra mujer arreglaban el pabellón aislado en que vivía. Una mañana que se fué allí sola, desapareció. Yo tengo para mí que premeditaba la huída desde hacía tiempo, quizás la esperase su amante y se la llevara..... Pero lo terrible es que cinco días después, corría el ruido de la muerte de Luisilla, con detalles sobre un estupro intentado por mi hermano, en circunstancias tan monstruosas, que la pequeña, enloquecida, se fué á casa de Cabuche, según decían, para morir de una fiebre cerebral.

—¿Qué había de verdad en eso? Tantas versiones han circulado, que no se sabe fijamente. Yo, lo que creo es que Luisilla, á la que, en efecto, mató una calentura de mal género, pues un médico así lo ha dicho, ha sucumbido víctima de alguna imprudencia: noches pasadas al aire

libre, correrías en los pantanos.... Supongo, mi querido señor, que no se imaginará Ud. á mi hermano torturando á esa muchacha. Eso es odioso, imposible.

Durante ese relato, el Sr. Denizet había escuchado atentamente, sin aprobar ni desaprobar. Y la señora de Bonnehon sintió una ligera molestia, al tiempo de acabar; luego exclamó, decidiéndose:

—Claro está que no digo yo que no haya querido mi hermano bromear con ella. Le gustaba la juventud, era muy alegre bajo su apariencia de rigidez. En fin, supongamos que la haya dado un beso.

Al oír esta palabra, los Lachesnaye tuvieron un movimiento de rebelión púdica.

—¡Oh, tía! ¡Oh, tía!

Pero ella se encogió de hombros: ¿por qué mentir á la justicia?

—La besó, quizás le hiciera cosquillas. Eso no es un crimen.... Y lo que me induce á creer eso, es que no fué el cantero quien lo inventó. La mentirosa debe ser Luisilla, la viciosa que abultó las cosas, quizás para quedarse junto á su amante, de tal suerte, que éste, una bestia, como ya dije, ha creído de buena fe que le habían matado á su querida.... Estaba realmente loco de furor; repetía en todas las tabernas que si el presidente caía entre sus manos, le abriría el cuello como á un cerdo....

Él juez, mudo hasta entonces, la interrumpió vivamente:

—¿Ha dicho eso? ¿Habrán testigos que puedan asegurarlo?

—¡Oh, querido señor, tantos como Ud. quiera!... En fin, un asunto bien triste, hemos tenido muchos disgustos. Afortunadamente, la situación de mi hermano le ponía por encima de toda sospecha.

La señora de Bonnehon acababa de comprender la nueva pista que seguía el Sr. Denizet; aquélla la inquietó mucho y prefirió no seguir aquel camino, interrogándole á su vez. El juez se había levantado, dijo que no quería abusar por más tiempo de la dolorosa situación de la familia. Por orden suya, el secretario leyó los interrogatorios antes de que los firmaran los testigos.

Eran de una corrección perfecta, tan limpios de palabras inútiles y comprometedoras, que la señora de Bonnehon, al ir á firmar, echó una mirada de sorpresa agradecida hacia aquel Laurent, pálido, huesudo, á quien ella aún no había mirado.

Después, al acompañarla el juez hasta la puerta, en compañía de su sobrino y de su sobrina, le estrechó ella las manos.

—¿Hasta pronto, eh? Ya sabe Ud. que siempre se le espera en Doinville..... Y gracias; es Ud. uno de mis últimos fieles.

Su sonrisa se había velado de melancolía, mientras su sobrina, fuera ya de la habitación, se despidió con un seco saludo.

Cuando quedó solo, el Sr. Denizet respiró un minuto. Habíase parado, de pie, reflexionando.

A juicio suyo, la claridad se hacía en el asunto; ciertamente hubo violencia por parte del presidente, cuya reputación era conocida. Eso hacía muy delicada la instrucción del proceso, prometíase redoblar la prudencia, hasta que llegaran las indicaciones del ministerio. Pero ya triunfaba. Por fin, tenía cogido al culpable.

Cuando se hubo sentado en su sillón, delante de la mesa escritorio, llamó al ujier.

—Haga Ud. entrar al señor Santiago.

Los Roubaud continuaban esperando sobre el banco del pasillo con sus caras impenetrables, como adormiladas por la espera, agitados á veces por un movimiento nervioso. Y la voz del ujier llamando á Santiago pareció despertarles con un ligero sobresalto. Le siguieron con la vista ensanchada y le vieron desaparecer en el despacho del juez. Después recayeron en su inmovilidad, más pálidos aún, silenciosos.

Todas aquellas idas y venidas, desde hacía tres semanas, causaban á Santiago un malestar lleno de inquietud, como si pudiesen haberle acusado de complicidad. Aquello no tenía razón de ser, pues nada tenía que reprocharse, ni siquiera de haberse callado; y sin embargo, no entraba en el gabinete del juez sino con el temblor nervioso del culpable que teme ver su crimen descubierto; y se defendía contra las preguntas, se vigilaba, por medio á hablar demasiado. También él habría podido matar; ¿acaso no se leía en sus ojos? Nada le molestaba tanto

como esas citaciones ante el juez; sentía como una especie de ira, deseando, decía, que no le atormentasen, con esas historias que no le importaban.

Pero aquel día el señor Denizet sólo insistió sobre las señas del asesino. Como Santiago era el único testigo que había visto al asesino, sólo él podía suministrar datos precisos. Pero no salía de su primera declaración; repetía que la escena del crimen había sido para él una visión de apenas un segundo, una imagen tan rápida que ni forma tenía en su recuerdo. Todo se reducía á un hombre degollando á otro, y nada más. Durante media hora el juez, con lenta obstinación, le hostigó, le hizo la misma pregunta de todas las maneras posibles: ¿era alto, era bajo? ¿tenía barba, tenía cabello largo ó corto? ¿qué traje llevaba? ¿á qué clase parecía pertenecer? Y Santiago, indeciso, turbado, sólo daba contestaciones vagas.

—En una palabra —preguntó bruscamente el Sr. Denizet, mirándole fijamente, ¿si se lo enseñasen á Ud., le reconocería?

Tuvo un ligero movimiento de párpados, invadido por una angustia bajo aquella mirada que registraba su cráneo. Su conciencia se interrogó en voz alta:

—Reconocerle..... sí..... quizás.

Pero ya su extremo temor á una complicidad inconsciente le hacía volver á su sistema evasivo.

—Sin embargo, no, creo que no; no me atre-

vería nunca á afirmar. ¡Figúrese Ud.! ¡una velocidad de ochenta kilómetros por hora!

Descorazonado iba el juez á mandarle pasar al cuarto vecino para conservarle á su disposición, cuando de repente hizo un gesto.

—Quédese aquí, siéntese.

Y llamando de nuevo al ujier:

—Introduzca Ud.—dijo—al señor Roubaud y á su esposa.

Desde el umbral de la puerta, al ver á Santiago, sus ojos se anublaron llenos de vacilación é inquietud. ¿Había hablado? ¿le conservaban allí para algún careo con ellos? Toda su confianza desaparecía al verle, y las primeras preguntas las contestaron con voz velada. Pero el juez sólo volvía á las andadas.

Repitieron las mismas frases, casi idénticas, mientras les escuchaba, con la cabeza baja, sin siquiera mirarles.

Luego, de repente, se volvió hacia Severina.

—Señora, Ud. dijo al comisario de vigilancia, cuyo informe tengo aquí delante, que vió usted subir un hombre al cupé, en Rouen, al echar á andar el tren.

Quedó pasmada. ¿Por qué recordaba eso? ¿era un lazo? ¿iba acaso, confrontando sus declaraciones, á hacer que se desmintiera ella misma? Así es, que con una ojeada consultó á su marido, quien intervino prudentemente.

—No creo, señor mío, que mi mujer se haya mostrado tan afirmativa.

—Usted dispense..... Al emitir Ud. la posibili-

dad del hecho, la señora dijo: «Eso es lo que ha sucedido.....» Pues bien, señora, deseo saber si tenía Ud. motivos especiales para hablar así.

Severina acabó de turbarse, convencida de que si no andaba lista, iba el juez, de contestación en contestación, á obligarla á que confesara la verdad. Sin embargo, no le era posible permanecer callada.

—¡Oh! no señor, ningún motivo..... Sin duda dije eso como una simple suposición, porque, en efecto, es difícil explicar las cosas de otra manera.

—¿De modo, pues, que no ha visto Ud. al hombre, no puede Ud. decirnos nada acerca de él?

—¡No, no señor, nada!

El señor Denizet pareció abandonar ese punto de la instrucción.

Pero en seguida volvió á él con Roubaud.

—¿Y Ud. cómo puede ser que no haya visto al hombre, si en efecto subió? pues resulta de su misma declaración que aún estaba usted hablando con la víctima cuando silbaron para la salida.....

Aquella insistencia acabó por aterrorizar al subjefo de estación, en medio de la ansiedad en que estaba por saber qué partido tomaría, si dejar la invención del hombre ú obstinarse en ella. Si lograba tener pruebas contra él, la hipótesis del asesino desconocido no era sostenible y hasta podía agravar su situación. Esperaba á que lograrse darse bien cuenta; contestó con explicaciones confusas, dando un gran rodeo.

—Es muy de sentir—repuso el señor Denizet—que sus recuerdos de Ud. sean tan poco precisos, pues me ayudaría Ud. á poner término á las sospechas que han recaído sobre varias personas.

Parecióle esto tan directo á Roubaud que sintió una irresistible necesidad de declarar su inocencia. Se vió descubierto y en el acto tomó una decisión.

—¡Es este tal caso de conciencia! Titubea uno, y de sobra comprenderá Ud. que es muy natural el recelo en tal situación. Suponga usted que le he dicho que creo, sí, haber visto al hombre.....

El juez tuvo un gesto de triunfo, creyendo deber aquel principio de franqueza á su habilidad. Decía él saber por experiencia el extraño recelo que algunos testigos sienten al tener que confesar lo que saben; y esos testigos, preciábase él de ayudarles á dar luz á pesar de ellos.

—Hable Ud., hombre, hable Ud.....¿Cómo era? ¿bajo, alto, de su estatura de Ud., próximamente?

—¡Oh! no, no; mucho más alto..... Por lo menos así me lo figuro, pues no es sino una simple figuración, un individuo al que casi estoy seguro de haber rozado, mientras corría para volver á mi vagón.

—Un momento—dijo el señor Denizet.—Y volviéndose hacia Santiago, le preguntó:

—¿El hombre que Ud. entrevió, con la navaja en la mano, era más alto que el señor Roubaud?

El maquinista, que ya se impacientaba, pues principiaba á temer no poder tomar el tren de las



cinco, levantó los ojos y examinó á Roubaud; y parecíale no haberle mirado nunca, extrañábase al verle bajo, fuerte, con un perfil singular, visto en algún sitio, quizás soñado.

—No—murmuró—no era más alto, casi de la misma estatura.

Pero el subjefe de estación protestaba vivamente.

—¡Oh! mucho más alto, me llevaba por lo menos toda la cabeza.

Santiago permanecía con los ojos anchamente abiertos sobre él; y bajo aquella mirada, en donde leía una sorpresa creciente, se agitaba, como para destruir su propio parecido, en tanto que su mujer seguía helada, el sordo trabajo de memoria que se leía en la cara del joven.

Bien claramente se veía que á Santiago le habían extrañado desde el primer momento ciertas analogías entre Roubaud y el asesino; después había tenido la certidumbre brusca de que Roubaud era el asesino, según el ruido que corría; y ahora parecía del todo entregado á la emoción de ese descubrimiento, con la cara extrañada, sin que fuese posible saber lo que iba á hacer, sin que él mismo lo supiese. Si hablaba, el matrimonio estaba perdido. Los ojos de Roubaud habían encontrado los suyos, ambos se miraban hasta el alma. Hubo un silencio.

—¿De manera que no están ustedes de acuerdo?—repuso el señor Denizet.—Si Ud. lo vió más bajo, es, sin duda, que había doblado el cuerpo en la lucha con su víctima.

También él miraba á los dos hombres. No había pensado en utilizar así aquel careo; pero por instinto de oficio sintió, en aquel minuto, que la verdad pasaba por el aire que allí se respiraba. Hasta sufrió algún fracaso su confianza en la pista de Cabuche. ¿Acaso tuviesen razón los Lachesnaye? ¿Acaso los culpables, contra toda apariencia, fuesen ese buen empleado y su joven mujer tan dulce?

—¿Tenía él toda su barba como Ud.?—preguntó á Roubaud.

Este último tuvo fuerza suficiente para contestar sin que su voz temblara:

—Toda la barba, ¡no, no! no llevaba barba creó.

Santiago comprendió que iban á hacerle la misma pregunta. ¿Qué iba á decir? Pues él habría jurado que el hombre tenía barba cerrada. En suma, aquella gente no les interesaba; ¿por qué no decir la verdad? Pero al apartar la vista del marido, encontró la mirada de la mujer y leyó en aquella mirada una súplica tan ardiente, una entrega tan completa de su persona, que quedó trastornado. Su antiguo temblor nervioso se apoderaba de nuevo de él. ¿Acaso la amaba? ¿Era acaso aquella á quien podría amar con sincero amor, sin que experimentase el monstruoso deseo de destrucción? Y en aquel momento, por un singular contraste de su trastorno, parecióle que su memoria se obscurecía, ya no veía al asesino en Roubaud. La visión se borraba, una duda surgía en él, hasta el punto de que

se habría mortalmente arrepentido al afirmar.

El señor Denizet hacía la pregunta:

—¿Tenía el hombre barba cerrada como el señor Rouband?

Y contestó sinceramente:

—Señor mío, en conciencia nada puedo asegurar. Repito una vez más que aquello fué demasiado rápido. No sé nada, no quiero afirmar nada.

Pero el juez se obstinó, pues quería saber á qué atenerse sobre la sospecha contra el subjefe. Molestó á éste, molestó al maquinista, llegó á obtener del primero señas completas del asesino, alto, fuerte, sin barba, de blusa, todo lo contrario de él, mientras que sólo conseguía arrancar del segundo monosílabos evasivos, que daban fuerza á las afirmaciones del otro. Y el juez volvía á su convicción primitiva: seguía la buena pista, el retrato que el testigo hacía del asesino era tan exacto, que cada nuevo rasgo fortalecía su certidumbre. Aquel matrimonio injustamente sospechado, era el que por su declaración haría caer la cabeza del culpable.

—Entren Uds. ahí—dijo á los Rouband y á Santiago, indicándoles el cuarto vecino, después que hubieron firmado su interrogatorio. Esperen hasta que yo les llame.

Luego dió orden de qué trajesen al preso; y tan contento estaba, que llevó su buen humor hasta decirle á su secretario:

—Laurent, le tenemos cogido. Habíase abierto la puerta y entraron dos gendarmes, empu-

jando á un muchachote de unos veinticinco á treinta años. Fuéronse los gendarmes, despedidos por un gesto del juez, y Cabuche quedó solo en medio del despacho, extrañado, con el rudo espanto de un animal perseguido. Era un mocetón, de cuello potente, puños enormes, rubio, muy blanco de piel, barba escasa, apenas un bozo dorado y sedoso. Su cara maciza y su frente baja indicaban la violencia del ser limitado, entregado por completo á la sensación inmediata; pero había como una necesidad de sumisión tierna, en su ancha boca y en su nariz cuadrada de perro de raza. Sorprendido brutalmente en el fondo de su covacha, al amanecer, arrancado de su bosque, exasperado por acusaciones que no comprendía, tenía ya, con su espanto y su blusa rota, la traza sospechosa del acusado, esa traza de bandido cazurro que la cárcel da al hombre más honrado. Acercábase la noche, el cuarto estaba oscuro y se hundía él en la sombra, á tiempo que el ujier trajo una gran lámpara, cuya viva claridad le alumbró la cara. Entonces, descubierto, permaneció inmóvil.

Inmediatamente el señor Denizet había fijado sobre él sus gruesos ojos claros con párpados pesados. Y no hablaba, era el encuentro mudo, el primer ensayo de su poder, antes de la guerra de salvaje, guerra de astucias, de lazos, de torturas morales. Aquel hombre era el culpable, todo era lícito contra él, sólo le quedaba el derecho de confesar su crimen.

El interrogatorio principió muy lento.

—¿Sabe Ud. de qué crimen se le acusa?  
Cabuche, con la voz aturrullada por una ira impotente, gruñó:

—No me lo han dicho, pero lo supongo. ¡Poco que han charlado sobre eso!

—¿Conocía Ud. al señor Grandmorin?

—Sí, sí, le conocía, ¡demasiado!

—Una muchacha llamada Luisilla, su querida de Ud., entró de doncella en casa de la señora de Bonnehon.

Un arranque de furor arrastró al cantero. En medio de su ira, tenía delante de su vista un velo de sangre.

—¡Dios de Dios! Los que tal dicen mienten como rufianes. Luisilla no era mi querida.

Lleno de curiosidad, el juez le había mirado enfadarse. Y haciendo un paréntesis al interrogatorio, dijo:

—Es Ud. muy violento, ha sido Ud. condenado á cinco años de presidio por haber matado á un hombre en una riña.

Cabuche bajó la cabeza. Aquella condena era su vergüenza. Murmuró:

—Pegó él antes... Sólo cumplí cuatro años, me perdonaron uno.

—De modo—repuso el señor Denizet—que según Ud., la Luisilla no era su querida?

De nuevo apretó los puños. Luego, dijo con voz baja, entrecortada:

—Pero comprenda Ud. esto: ella era una chiquela, no tenía aún catorce años cuando volví de allí.... todos huían de mí, me habrían ape-

dreado. Y ella, en el bosque en donde siempre la encontraba, se acercaba, hablaba, era muy amable, ¡oh! muy amable.... Y así es como nos hicimos amigos. Ibamos cogidos de la mano cuando nos paseábamos. ¡Eran tan buenos, tan buenos aquellos tiempos!.... Claro está que ella crecía y que yo pensaba en ella. No puedo decir lo contrario, estaba como loco, tanto como la amaba. También ella me quería mucho, y habría acabado por suceder eso que Ud. dice, á tiempo que la separaron de mí, haciéndola entrar en casa de esa señora, en Doinville.... Luego, una noche, al volver de la cantera, la encontré delante de mi puerta, medio loca y tan estropeada, que la abrasaba la calentura. No se había atrevido á volver á casa de sus padres, venía á morir junto á mí. ¡Ah! ¡Ira de Dios, qué marrano! ¡Debí echar á correr y degollarlo!

El juez plegaba sus labios delgados, extrañado por el acento sincero de aquel hombre.

Decididamente había que apretar las clavijas, se las tenía con un individuo más ducho de lo que él creía.

—Sí, ya sé la historia atroz que Ud. y esa muchacha han inventado; sólo que note Ud. que toda la vida del señor Grandmorin le ponía por encima de sus acusaciones de usted.

Fuera de sí, ensanchada la mirada, temblándole las manos, el cantero balbuceaba:

—¡Cómo! ¿qué es lo que hemos inventado?.... Los otros son los que mienten y á nosotros se nos acusa de mentirosos.

—Hombre, sí, no se haga Ud. el inocente.... Ya he interrogado á Misard, el hombre que se ha casado con la madre de su querida de usted. Le carearé con Ud. si es preciso. Ya verá Ud. el juicio que á él le merece ese cuento.... Y cuidado con lo que va Ud. á contestar. Tenemos testigos, todo lo sabemos, y lo más prudente para usted sería decir la verdad.

Era su habitual táctica de intimidación, aun cuando nada sabía y carecía de testigos.

—Por ejemplo, ¿negará Ud. que públicamente ha gritado en todas partes que le abriría usted el cuello al señor Grandmorin?

—¡Lo que es eso, vaya si lo he dicho! Y lo decía de todo corazón, pues la mano no cesaba de hacerme cosquillas.

Una sorpresa dejó parado al señor Denizet, que esperaba una rotunda negación. ¡Cómo! el acusado confesaba las amenazas. ¿Qué astucia ocultaba aquello? Temiendo haber corrido demasiado, se recogió un instante, luego le miró fijamente, haciéndole esta brusca pregunta:

—¿Qué hizo Ud. durante la noche del 14 al 15 de Febrero?

—Me acosté al anochecer, á eso de las seis.... Estaba algo indispuerto y mi primo Luis me hizo el favor de guiar una carga de piedras á Doimville.

—En efecto, han visto á su primo con el carro atravesar la vía en el paso á nivel. Pero su primo, interrogado, sólo ha podido contestar una cosa: que Ud. le dejó á eso de las doce de la ma-

ñana y que no lo volvió ya á ver.... Pruébeme usted que á las seis estaba ya acostado.

—¡Pero, hombre! eso es tonto, eso no lo puedo yo probar. Vivo en una casa aislada, en un bosque.... Estaba acostado, lo digo, y no puedo decir más.

Entonces el señor Denizet se decidió á dar el gran golpe de la afirmación que se impone. Su cara se inmovilizaba en una tensión de voluntad, mientras su boca desempeñaba el papel.

—Pues voy á decirle á Ud. yo, lo que Ud. hizo el 14 de Febrero por la noche.... A las tres tomó usted en Barentin el tren para Rouen, con un fin aún desconocido. Iba Ud. á volverse por el tren de Paris que se detiene en Rouen á las nueve y tres minutos; y estaba Ud. en el andén, en medio de la muchedumbre, cuando apercibió usted al señor Grandmorin en un cupé. Note usted que admito sin trabajo que no ha habido premeditación, que sólo después se le ocurrió á usted la idea del crimen.... Entonces subió usted en medio de los apretones y del vaivén de los viajeros y esperó Ud. á entrar en el túnel de Malannay; pero calculó mal el tiempo, pues el tren salía del túnel cuando dió Ud. el golpe.... Tiró Ud. el cadáver, y bajó Ud. en Barentin, después de haber echado también por la ventana la manta de viaje.... Eso es lo que Ud. hizo.

Acuchaba los menores movimientos sobre la cara rosada de Cabuche, y se irritó cuando éste, muy atento al principio, acabó por estallar de risa bonachona.

—¿Qué es lo que está Ud. contando ahí?..... Si le hubiese matado, lo diría.

Luego, dijo tranquilamente:

—No lo hice, pero debí hacerlo. ¡Dios de Dios! sí, lo siento.

Y fué todo lo que pudo sacarle el señor Denizet. En vano recomenzó sus preguntas, volvió diez veces sobre los mismos puntos, por tácticas diferentes. ¡No! ¡siempre no! No había sido él. Se encogía de hombros, le parecía tonto aquello. Al detenerle habían registrado la covacha sin encontrar el arma, ni los diez billetes del Banco, ni el reloj; pero habían cogido un pantalón con algunas gotas de sangre, prueba abrumadora. De nuevo se había echado á reír; ¡otra historia de órdago; un conejo cogido á lazo cuya sangre había goteado sobre sus piernas! Y en su idea fija del crimen, el juez era quien perdía terreno, por demasiada fineza profesional, complicando las cosas, yendo más allá de la verdad lisa y llana. Aquel hombre limitado, incapaz de luchar, de astucia, de una fuerza indecible cuando decía siempre que no, le ponía poco á poco fuera de sí, pues sólo admitía que fuese culpable. Cada nueva denegación le exasperaba más, como una obstinación en el salvajismo y la mentira.

Ya le obligaría él á cortarse.

—¿De modo, pues, que niega Ud.?

—Pues claro que niego, puesto que no he sido yo..... Si hubiese yo dado el golpe, ¡ah! harto orgulloso estaría y lo diría.

Con un movimiento brusco, el señor Denizet se levantó, fué él mismo á abrir la puerta de la habitacioncita vecina y llamando á Santiago, le dijo:

—¿Reconoce Ud. á ese hombre?

—Le conozco—dijo el maquinista sorprendido.—Hace tiempo que le ví en casa de los Misard.

—No, no..... ¿Le reconoce Ud. por ser el hombre del vagón, el asesino?

Al oír esto, Santiago se volvió circunspecto; además, no le reconocía. El otro le había parecido más bajo, más moreno. Iba á decir esto, cuando le pareció que sería adelantarse demasiado también, y permaneció evasivo.

—No sé, no puedo decir nada..... Le aseguro á Ud., señor mío, que nada puedo decir.

El señor Denizet, sin esperar, llamó á su vez á los Roubaud y les dirigió la pregunta:

—¿Reconocen Uds. á ese hombre? Cabuche continuaba sonriendo. No se extrañó; dirigió un ligero saludo de cabeza á Severina, á la que había conocido de soltera, cuando habitaba la Croix-de-Maufras. Pero ella y su marido acababan de tener una sacudida al verle allí. Comprendían que era el hombre detenido de quien Santiago les había hablado; el acusado, causa del nuevo interrogatorio. Y Roubaud se quedó estupefacto, asustado por el parecido de aquel muchacho con el asesino imaginario, cuyas señas había inventado, todo lo contrario de lo que él era. Aquello era puramente fortuito y estaba Roubaud tan turbado, que titubeaba en contestar.

—Vamos á ver, ¿le reconoce Ud.?

—Hombre, señor juez, le repito á Ud. lo que le dije, fué una simple sensación, un individuo que me rozó.... Claro está que éste es alto como el otro, y es rubio, y no tiene barba....

—Pero, si ó no, ¿le reconoce Ud.?

—El subjefo, angustiado, estaba tembloroso por la lucha interior que se reñía en él. El instinto de la conservación triunfó.

—No puedo afirmar. Pero hay algo de eso, mucho de eso, seguramente.

Esta vez Cabuche principió á jurar. Ya principiaban á hacerle la santísima con esas historias. Puesto que él no había sido, quería marcharse. Y bajo la ola de sangre que le subía al cráneo, pegó puñetazos en la mesa, se puso tan terrible, que los gendarmes, llamados de nuevo, se lo llevaron. Pero enfrente de aquella violencia, de aquella sacudida de animal atacado que acomete de frente, el señor Denizet triunfaba. Ahora estaba convencido, y lo manifestó.

—¿Han notado Uds. sus ojos? Yo los conozeo en los ojos.... ¡Ah, ya tiene lo que le hace falta, es nuestro!

Los Roubaud, inmóviles, se miraron. ¿De modo que ya no había más que hablar? Estaban salvados, puesto que el culpable estaba en manos de la justicia. Quedaban algo aturridos, con la conciencia lastimada por el papel que los acontecimientos acababan de obligarles á desempeñar. Pero una alegría les inundaba, arrastraba sus escrúpulos, y sonreían á Santiago; esperaban

aliviados, teniendo sed de aire libre, deseando que el juez les despidiese á los tres, cuando el ujier trajo una carta á este último.

Vivamente el señor Denizet había vuelto á su mesa escritorio para leerla detenidamente, olvidando los tres testigos. Era la carta del Ministerio, las instrucciones que hubiera él debido esperar con más paciencia, antes de dar nuevos pasos en la instrucción del proceso. Y lo que leía menguaba sin duda su triunfo, pues su cara se helaba poco á poco, volvía á su fría inmovilidad. Hubo un momento en que levantó la cabeza y echó una mirada de lado sobre los Roubaud, como si volviera de nuevo esa pista, al leer alguna frase de la carta. Estos, perdiendo su corta alegría, caídos de nuevo en su malestar, se sentían cogidos otra vez. ¿Por qué les había mirado? ¿Acaso habían encontrado en París los tres renglones de la carta de Severina, aquel billete torpe que no les dejaba vivir de miedo?

La mujer del subjefo conocía al señor Camy-Lamotte por haberle visto con frecuencia en casa del presidente, y sabía que estaba encargado de poner orden en los papeles del muerto. Un vivísimo pesar torturaba á Roubaud, el de no habersele ocurrido mandar á París á su mujer, quien habría hecho visitas útiles y quien por lo menos se habría asegurado la protección del secretario general, en caso que la Compañía, molestanda por los rumores que corrían, quisiera destituirle. Y ambos no apartaban su vista de la del juez, sintiendo crecer su inquietud á medida

que le veían ponerse sombrío, visiblemente desconcertado por aquella carta, la cual echaba á perder todo el trabajo, tan provechoso, de aquel día.

Por fin, el señor Denizet soltó la carta y permaneció un momento absorto mirando á los Roubaud y á Santiago. Luego, resignándose, hablándose en voz alta á sí mismo:

—¡Bueno! ya veremos, ahondaremos más todo eso.... Pueden ustedes retirarse.

Pero á tiempo que los tres salían, no pudo resistir á la necesidad de saber, de depurar el punto grave que destruía su nuevo sistema, á pesar de que le recomendasen que no diese ya paso ninguno, sin ponerse de acuerdo con el Ministerio.

—No, Ud. quédese un momento, tengo que hacerle aún una pregunta—dijo á Santiago.

En el pasillo, los Roubaud se detuvieron. Las puertas quedaban abiertas, y sin embargo, no se determinaban á salir: algo les detenía allí, la angustia de lo que sucedía en el despacho del juez, la imposibilidad física de marcharse, en tanto que no supieran de boca de Santiago qué nueva pregunta le hacían aún. Volvieron, fueron y vinieron, con las piernas temblando. Y se encontraron sentados los dos juntos sobre el banquillo en dondó ya tantas horas habían esperado; quedaron allí como un plomo, silenciosos.

Cuando reapareció el maquinista, Roubaud se levantó penosamente.

—Le esperábamos á Ud., volveremos á la estación juntos.... ¿Y qué?

Pero Santiago volvía la cabeza, como si quisiera evitar la mirada de Severina, fija sobre él.

—Ya no sabe por dónde anda—dijo por fin.— ¡Pues no me pregunta ahora si no fueron dos los que cometieron el crimen! Y como hablé yo en el Havre de una masa negra que pesaba sobre las piernas del viejo, me ha estado mareando sobre eso.... El parece creer que no era sino la manta de viaje. Mandó á buscar la manta y he tenido que pronunciarle.... qué se yo.... quizás fuera, en efecto, la manta de viaje.

Los Roubaud tiritaban. Seguían su pista; una palabra de aquel muchacho podía perderles. De fijo sabía y acabaría por cantar. Y los tres, la mujer entre los dos hombres, salían silenciosamente del Palacio de Justicia, cuando el subjefe añadió en la calle:

—A propósito, camarada, mi mujer tendrá que ir á pasar un día á París para asuntos urgentes. Sería Ud. muy amable sirviéndola de guía, en caso de que necesite de alguien.

A las once y cuarto en punto, el puesto del puente de Europa señaló con los dos toques de bocina reglamentarios el expés del

que le veían ponerse sombrío, visiblemente desconcertado por aquella carta, la cual echaba á perder todo el trabajo, tan provechoso, de aquel día.

Por fin, el señor Denizet soltó la carta y permaneció un momento absorto mirando á los Roubaud y á Santiago. Luego, resignándose, hablándose en voz alta á sí mismo:

—¡Bueno! ya veremos, ahondaremos más todo eso.... Pueden ustedes retirarse.

Pero á tiempo que los tres salían, no pudo resistir á la necesidad de saber, de depurar el punto grave que destruía su nuevo sistema, á pesar de que le recomendasen que no diese ya paso ninguno, sin ponerse de acuerdo con el Ministerio.

—No, Ud. quédese un momento, tengo que hacerle aún una pregunta—dijo á Santiago.

En el pasillo, los Roubaud se detuvieron. Las puertas quedaban abiertas, y sin embargo, no se determinaban á salir: algo les detenía allí, la angustia de lo que sucedía en el despacho del juez, la imposibilidad física de marcharse, en tanto que no supieran de boca de Santiago qué nueva pregunta le hacían aún. Volvieron, fueron y vinieron, con las piernas temblando. Y se encontraron sentados los dos juntos sobre el banquillo en dond<sup>e</sup> ya tantas horas habían esperado; quedaron allí como un plomo, silenciosos.

Cuando reapareció el maquinista, Roubaud se levantó penosamente.

—Le esperábamos á Ud., volveremos á la estación juntos.... ¿Y qué?

Pero Santiago volvía la cabeza, como si quisiera evitar la mirada de Severina, fija sobre él.

—Ya no sabe por dónde anda—dijo por fin.— ¡Pues no me pregunta ahora si no fueron dos los que cometieron el crimen! Y como hablé yo en el Havre de una masa negra que pesaba sobre las piernas del viejo, me ha estado mareando sobre eso.... El parece creer que no era sino la manta de viaje. Mandó á buscar la manta y he tenido que pronunciarle.... qué se yo.... quizás fuera, en efecto, la manta de viaje.

Los Roubaud tiritaban. Seguían su pista; una palabra de aquel muchacho podía perderles. De fijo sabía y acabaría por cantar. Y los tres, la mujer entre los dos hombres, salían silenciosamente del Palacio de Justicia, cuando el subjefe añadió en la calle:

—A propósito, camarada, mi mujer tendrá que ir á pasar un día á París para asuntos urgentes. Sería Ud. muy amable sirviéndola de guía, en caso de que necesite de alguien.

A las once y cuarto en punto, el puesto del puente de Europa señaló con los dos toques de bocina reglamentarios el exprés del



Havre, que desembocaba por el túnel de Batignolles; poco después las placas giratorias fueron sacudidas: el tren entró en la estación con un silbido seco, con los frenos rechinando, lleno de humo, chorreando, calado por una lluvia obstinada, cuyo diluvio no cesaba desde Rouen.

Los mozos de tren no habían aún levantado las aldabillas de las portezuelas, cuando ya una de ellas se abrió, y Severina saltó vivamente sobre el muelle, antes de que el tren estuviera del todo parado. Su vagón era uno de los de cola; tuvo que andar de prisa para llegar á la máquina, en medio de la ola brusca de viajeros bajados de los compartimentos, en medio de chiquillos y de paquetes.

Santiago estaba allí de pie sobre la plataforma, esperando para ir al depósito, en tanto que Pecqueux, con un trapo, limpiaba los cobres.

—Con que quedamos en eso—dijo Severina alzándose sobre la punta de los pies.—A las tres estaré en la calle Cardinet, y tendrá Ud. la bondad de presentarme á su jefe, para que le dé las gracias.

Era el pretexto imaginado por Roubaud, una muestra de agradecimiento al jefe del depósito de Batignolles, á consecuencia de un insignificante servicio prestado. De esa manera quedaría ella confiada á la buena amistad del maquinista, y podría estrechar aún más los lazos é influir sobre él.

Pero Santiago, negro de carbón, calado, sin fuerzas por haber luchado contra la lluvia y el

viento, la miraba con sus ojos duros sin contestar. No había podido negarle aquel favor al marido á la salida del Havre; y el pensar que estaría solo con ella le trastornaba, pues de sobra sentía que ahora la deseaba.

—¿No es eso?—repuso ella sonriente, con su dulce mirada acariciadora, á pesar de la sorpresa y de la ligera repugnancia que sentía al verle tan sucio, apenas conocido;—cuento con usted, ¿verdad?

Y como ella se había alzado más todavía apoyando su mano enguantada sobre un agarradero de hierro, Pecqueux, cortesmente, la avisó.

—Cuidado, que se va Ud. á ensuciar.

Entonces Santiago tuvo que contestar, y lo hizo con tono brusco.

—Sí, calle Cardinet..... A menos que esta maldita lluvia acabe de derretirme. ¡Qué pijotero tiempo!

Le dió lástima á Severina ver en qué estado estaba, y añadió, como si únicamente hubiese pasado aquello por ella:

—¡Oh! ¡cómo se ha puesto Ud. mientras estaba yo tan cómoda en mi asiento!..... Ha de saber usted que no le he olvidado durante el camino, y me desesperaba ese diluvio. ¡Y yo que estaba tan contenta al pensar que me traía Ud. esta mañana y que me volvería á llevar por la tarde en el exprés!

Peró aquella amable familiaridad, tan tierna, parecía turbarle más. Pareció aliviado al oír una voz que gritaba: «¡Atrás!» Con mano rápida tiró

de la varilla del vapor, mientras que el fogoneo, con un gesto, apartaba á la joven.

—¡A las tres!

—¡Sí, á las tres!

Y mientras la máquina echaba á andar, Severina dejó el andén. Fuera, en la calle de Amsterdam, al ir á abrir el paraguas, se alegró mucho viendo que no llovía. Bajó hasta la plaza del Havre, se consultó un instante, y por fin se decidió á almorzar enseguida. Eran las once y veinticinco; entró en un Bouillon-Dural, en el ángulo de la calle de San Lázaro, y pidió huevos estrellados y una chuleta.

Y mientras comía, muy lentamente, recayó en las reflexiones que la torturaban desde algunas semanas, pálida y ojerosa, sin su dócil sonrisa de deducción.

La víspera, dos días después de su interrogatorio en Rouen, fué cuando Roubaud, juzgando peligroso esperar, había resuelto enviarla á que hiciera una visita al señor Camy-Lamotte, no en el Ministerio, sino en su casa, calle del Roche, donde ocupaba un hotel, al lado justamente del hotel Grandmorin. Sabía ella que allí le encontraría á la una, y no se daba prisa; preparaba lo que había de decir, trataba de prever lo que habría de contestar, para no cortarse. La víspera, una nueva causa de inquietud acababa de apresurar su viaje: habían sabido por las palabrerías de la estación, que la señora Lebleu y Filomena contaban por todas partes que la Compañía iba á despedir á Roubaud, por los rumores

que corrían; y lo peor era que el señor Dabadie, directamente interrogado, no había dicho que no, lo cual daba mucho peso á la noticia. Se hacía, pues, urgente que Severina fuese á París á defender la causa del matrimonio, y sobre todo, á pedir protección al poderoso personaje, como antes se la pedían al presidente.

Pero bajo aquella demanda de auxilio, que por lo menos explicaría la visita, había un motivo más imperioso, una necesidad abrasadora é insaciable de saber, esa necesidad que empuja al criminal á entregarse antes que ignorar. La incertidumbre les mataba ahora que se sentían descubiertos, desde que Santiago les había manifestado la sospecha del juez, ese segundo asesino. Volvíanse locos en hacer conjeturas: la carta encontrada, los hechos restablecidos; á cada hora que pasaba creían ver entrar á la justicia, se veían ya encarcelados; y su suplicio se agravaba de tal suerte, los hechos más insignificantes tomaban un aspecto tan amenazador, que acababan por preferir la catástrofe á esas continuas zozobras. Tener una certidumbre y dejar de sufrir.

Severina comió su chuleta, tan absorta, que se despertó como sobresaltada, extrañada del sitio público en que se hallaba. Todo tenía un gusto amargo, los pedazos no pasaban, y ni siquiera tuvo ánimo para tomar café. Pero por más que comió despacito, apenas eran las doce cuando salió de la fonda.

¡Todavía tres cuartos de hora!

Ella, que adoraba á París, que tanto le gustaba correr por las calles de la capital libremente, las raras veces que venía, sentíase aquel día perdida en las calles de la ciudad, llena de miedo, impaciente por acabar y ocultarse. Ya se secaban las aceras, un viento tibio acababa de barrer las nubes. Bajó Severina la calle de Trouchet, y se halló en el mercado de flores de la Magdalena.

Durante media hora anduvo en medio de aquella primavera precoz, llena de sensaciones vagas, pensando en Santiago como en un enemigo á quien tenía que desarmar. Parecíale que su visita en la calle del Rocher estaba ya hecha, que todo iba bien por ese lado, que sólo le quedaba lograr el silencio de aquel muchacho; y era una empresa complicada en que se perdía, con la cabeza atormentada por planes románticos. Pero todo aquello sucedía sin cansancio, sin susto, con una dulzura que la mecía. Luego, bruscamente, vió la hora en el reloj del Kiosco: la una y diez minutos. ¡No había hecho aún su visita, recaía duramente en la angustia de la realidad! Apresuróse á subir de nuevo hacia la calle del Rocher.

El hotel del señor Camy-Lamotte estaba situado en el ángulo de esta calle y de la de Nápoles; y Severina tuvo que pasar, delante del hotel Grandmorin, mudo, vacío, con las persianas cerradas. Levantó los ojos, apresuró el paso. Recordó su última visita, aquella casa tan grande se irguió terrible. Y al volverse, después de al-

gunos pasos, por un movimiento instintivo, mirando hacia atrás, como una persona perseguida por la voz formidable de una muchedumbre, vió sobre la acera de enfrente al juez de instrucción de Rouen, el señor Denizet, que también subía la calle. Quedó espantada. ¿La había visto echar una mirada sobre la casa? Pero andaba el juez lentamente, y con todo se dejó ella adelantar, y le siguió en medio de una gran turbación. Y de nuevo recibió un golpe en el corazón cuando le vió llamar, en el ángulo de la calle de Nápoles, en casa del señor Camy-Lamotte.

Un terror indecible se había apoderado de ella. No se atrevería á entrar ahora. Volvió pies atrás, siguió la calle de Edimburgo, y bajó hasta el puente de Europa. Sólo allí se creyó ya salvada. Y no sabiendo ya adónde ir ni qué hacer, descorazonada, permaneció inmóvil contra una de las balaustradas, mirando hacia abajo, á lo largo de las armaduras metálicas, el vasto campo de la estación, en donde los trenes iban y venían continuamente.

Seguíalos con su mirada asustada: pensaba que con seguridad estaba allí el juez por causa del crimen, que los dos hombres hablaban de ella y qué su suerte se estaba decidiendo en aquel minuto. Entonces, invadida por una desesperación angustiosa, atormentóla la tentación de echarse bajo un tren, antes que volver á la calle del Rocher.

Justamente, salía uno de la marquesina de las grandes líneas: su mirada lo seguía: venía

hacia ella, luego pasó bajo sus pies, soplando hasta su rostro una tibia bocanada de vapor blanco. Pero después, la inutilidad tonta de su viaje, la angustia horrible que llevaría consigo si no tenía fuerza suficiente para ir á buscar una certidumbre, se presentaron tan vivamente á su espíritu, que le concedió aún cinco minutos para recobrar todo su valor. Algunas máquinas silbaban; siguió una, pequeña, que estaba desenganchando un tren de circunvalación; y su mirada, que se había alzado hacia la izquierda, reconoció, por encima del patio de las mensajerías, en lo alto de la casa del callejón sin salida de Amsterdam, la ventana de la señora Victoria, aquella ventana en que se veía apoyada con su marido, antes de la abominable escena, causa de la desgracia de ambos. Aquello evocó el peligro de su situación, sintió una punzada de dolor tan agudo, que de repente se sintió dispuesta á afrontarlo todo, para acabar. Por todas partes se oía el sonido de la bocina, se escuchaban ruidos prolongados que la ensordecían, en tanto que humaredas espesas cortaban el horizonte, arrastradas hacia el inmenso cielo claro de París. Severina emprendió de nuevo el camino de la calle del Rocher, yendo allí como el que va á suicidarse, precipitando su marcha, con el brusco temor de no encontrar ya á nadie.

Al tirar Severina del llamador, un nuevo terror la dejó helada. Un ayuda de cámara abrió y la rogó que se sentara en una antesala, después de haber tomado su nombre. Por las puertas, lige-

ramente entreabiertas, oyó ella muy distintamente la conversación viva de dos voces. El silencio recayó, profundo, absoluto. Sólo distinguía ya el latido sordo de sus sienas, decíase que el juez conferenciaba aún, que iba á hacerla esperar mucho tiempo sin duda; y aquel esperar se le hacía intolerable. Luego, de repente, tuvo una sorpresa: el ayuda de cámara la llamó y la introdujo. Positivamente el juez no había salido. Adivinábale allí, escondido detrás de una puerta.

Era un gran gabinete de trabajo, con muebles negros, alfombra espesa, pesados portieres, tan severo y tan resguardado, que ningún ruido de fuera penetraba en la habitación. Sin embargo, había flores, rosas magnificas en un canastillo de broce.

Y aquello indicaba como una delicadeza oculta, una afición á la vida amable detrás de aquella severidad.

El amo de la casa estaba de pie, muy correctamente ceñido en su levita, severo con su cara delgada, un poco ensanchada por sus patillas ya algo entrecanas, pero de una elegancia de antiguo rey de la moda, esbelto aún, de una distinción afable y llena de cariños, bajo la rigidez estudiada del porte oficial. En la media luz de la estancia parecía muy alto.

Severina, al entrar, fué molestada por el aire tibio, ahogado bajo las colgaduras; y sólo vió al señor Camy-Lamotte, que la miraba acercarse. No hizo ni un gesto para invitarla á que se sentara, afectó no abrir la boca el primero, espe-

rando á que explicase el motivo de su visita. Aquello prolongó el silencio; y por efecto de una reacción violenta, encontróse de repente dueña de sí misma en el peligro, muy tranquila, muy prudente.

—Caballero—dijo—Ud. me dispensará si me atrevo á venir á pedirle su benevolencia. Usted sabe la pérdida irreparable que he sufrido, y en el abandono que ahora me encuentro; me he atrevido á acordarme de Ud. para que nos defienda, para que continúe en parte la protección de su amigo, mi llorado protector.

El señor Camy-Lamotte no tuvo entonces más remedio que mandarla sentar con un gesto, pues estaba dicho aquello con ademán correcto, sin exageración de humildad ni de dolor, con ese arte innato de la hipocresía femenina. Pero no por eso hablaba él, también se había sentado, esperando aún. Y ella continuó, viendo que le era necesario precisar.

—Me permito refrescar sus recuerdos, recordándole que he tenido el honor de verle en Doinville. ¡Ah! era aquel tiempo muy feliz para mí!.... Hoy han venido los días malos, y sólo me queda Ud., caballero; imploro su protección en nombre de aquel que hemos perdido. Usted, que le amaba, acabe su buena obra, reemplácele para conmigo.

La escuchaba, la miraba, y todas sus sospechas desaparecían casi; le parecía natural, y encontraba á Severina encantadora en su dolor y en sus súplicas.

El billete descubierto por él, en medio de los papeles de Grandmerin, aquellos dos renglones sin firma, le había parecido no poder ser de nadie más que de ella, cuyas condescendencias con el presidente le eran conocidas; y hacía un rato, con sólo saber que venía á verle, su convicción se había robustecido. No acababa de interrumpir su conferencia con el juez sino para confirmar su certidumbre. Pero ¿cómo creerla culpable, viéndola así, tan serena y tan dulce?

Sentóse él también y quiso saber á qué atenerse. Con aire severo la dijo:

—Explíquese Ud., señora..... Recuerdo muy bien; con mucho gusto la favoreceré si nada se opone.

Entonces, muy detenidamente, Severina contó el cómo amenazaban á su marido con la destitución.

Tenía muchos envidiosos á causa de su mérito y de la alta protección que hasta entonces le había resguardado. Ahora que le creían desvalido esperaban triunfar, y redoblaban sus esfuerzos. Pero ella no nombraba á nadie; hablaba con mesura, á pesar de la inminencia del peligro. Para decidirse á venir á París, preciso era que estuviese bien convencida de la necesidad de obrar en el acto. Quizás un días después fuera ya tarde; inmediatamente era cuando pedía ella ayuda y protección. Y todo ello con tal abundancia de hechos lógicos y de razones verdaderas, que parecía en efecto imposible, que por otra cosa se hubiese molestado.

El señor Camy-Lamotte estudiaba hasta los latidos imperceptibles de sus labios, y dió el primer golpe.

—Pero vamos á ver: ¿por qué despediría la Compañía á su marido de Ud.? Nada grave tiene que reprocharle.

Tampoco ella apartaba su mirada de él, preguntándose si había encontrado la carta; y á pesar de la inocencia de la pregunta, adquirió la convicción de que estaba allí la carta, escondida en un mueble del despacho; él estaba enterado, puesto que la tendía un lazo, tratando de ver si hablaba de las verdaderas razones de la destitución. Pero por otra parte, había acentuado demasiado el tono, y Severina se sintió registrada hasta el alma por los ojos pálidos de aquel hombre experimentado.

Resueltamente marchó hacia el peligro.

—La verdad, caballero, es bien monstruoso lo que voy á decir, pero nos acusan de haber matado á nuestro bienhechor, por causa de ese desdichado testamento. No nos ha costado trabajo probar nuestra inocencia. Sólo que siempre queda algo de esas acusaciones abominables, y quizás la Compañía tema el escándalo.

Quedó de nuevo sorprendido, desconcertado por aquella franqueza, sobre todo por la sinceridad del acento. Además, habiéndola juzgado, á primera vista, de cara insignificante, principiaba á encontrarla sumamente agradable, con la sumisión complaciente de sus ojos azules, bajo la energía negra de su cabellera. Y pensaba en su

amigo Grandmorin, lleno de celosa admiración: ¿cómo demonios aquel pijotero, diez años mayor que él, había tenido hasta su muerte mujeres así, cuando él tenía que renunciar ya á esos juguetes, para no perder lo poco que le quedaba de sus tuétanos? Era verdaderamente muy mona, muy fina, y tuvo el señor Camy-Lamotte esa sonrisa del inteligente ya hoy desinteresado, bajo su fría rigidez de funcionario encargado de un negocio tan fastidioso.

Pero Severina, por una bravata de mujer que conoce su fuerza, tuvo la torpeza de añadir:

—Gente como nosotros no mata por dinero. Hubiera sido preciso otro motivo, y no lo teníamos.

La miró, vió temblar sus labios. Ella era. Desde aquel momento su convicción fué absoluta. Y ella misma comprendió enseguida que se había vendido, al ver cómo había cesado de sonreír, con un imperceptible movimiento nervioso de la barbilla. Sintió un gran desfallecimiento, como si todo su ser la abandonara. Sin embargo, permanecía con el busto erguido sobre la silla, oía su voz continuar hablando con el mismo tono igual, diciendo las palabras que había de decir. La conversación seguía, pero ya nada nuevo tenían que decirse; y bajo las palabras indiferentes, sólo hablaban ambos de aquello que no decían. El tenía la carta, y ella era la que había escrito. Aquella certidumbre se desprendía hasta de sus mismos silencios.

—Señora—repuso por fin—no rehusó inter-

venir junto á la Compañía, si en efecto es usted digna de interés. Espero justamente esta tarde al jefe de la explotación, para otro asunto.... Sólo que necesitaría yo algunas notas. ¡Mire usted! escribame el nombre, la edad, los servicios prestados por su marido, en fin, todo lo que pueda ponerme al corriente de su situación de usted.

Y empujó delante de ella un veladorcito, dejando ya de mirarla para no asustarla demasiado. Severina se había estremecido, quería él una página de su letra para compararla con la carta. Durante un instante buscó desesperadamente un pretexto, resuelta á no escribir. Luego reflexionó, ¿y para qué? puesto que sabía. Siempre tendrían algunos renglones de ella. Sinningún trastorno aparente, con la mayor sencillez del mundo, escribió lo que la pedían; mientras que de pie detrás de ella reconocía él muy bien la letra, más alta, menos temblada que la del billete.

Y acababa por parecerle muy valiente aquella mujercilla tan fina; sonreía de nuevo, ahora que no podía ella verle, con su sonrisa de hombre que sólo se dejaba vencer por el atractivo en medio de su indiferencia harto experimentada por todas las cosas. Bien mirado, no valía la pena de tomarse el trabajo de ser justo. Únicamente velaba por la exterioridad del régimen que servía.

—Pues bien, señora, entrégume Vd. eso, me informaré y trataré de arreglar las cosas.

—Le estoy á Ud. muy agradecida, caballero... ¿De modo que logrará Ud. que no destituyan á mi

marido y puedo ya considerar el asunto como arreglado?

—¡Ah, no! ¡eso sí que no! no me comprometo á nada.... Tengo que ver, tengo que reflexionar.

En efecto, titubeaba; no sabía qué partido tomar con el matrimonio ahora que los hacía culpables. Severina sentía una angustia horrible en aquella incertidumbre, en la alternativa de verse salvada ó perdida por él, sin poder adivinar las razones que le habían de decidir.

—¡Oh! caballero, piense Ud. en nuestro tormento. No puede Ud. dejarme marchar antes de haberme dado una esperanza....

—Pero, señora, si le aseguro á Ud. que nada puedo. Tenga Ud. un poco de paciencia.

La empujaba hacia la puerta. Ella se iba desesperada, trastornada, á punto de confesarlo todo en voz alta, impulsada por la necesidad inmediata de obligarle á que dijera claramente lo que pensaba hacer con ellos. Para permanecer allí un minuto aún, esperando hallar un giro, exclamó:

—Se me olvidaba, quería pedirle consejo á propósito de ese desdichado testamento.... ¿Le parece á Ud. que rehusemos el legado?

—La ley les favorece á ustedes—contestó él prudentemente.—Eso es cosa de apreciación y de circunstancias.

Estaba ella en el umbral, intentó un último esfuerzo.

—Caballero, se lo suplico por favor, no me

deje Ud. marcharme así, dígame si debo tener confianza.

Con un gesto de abandono le había cogido la mano.

El la retiró. Pero ella le miraba con ojos hermosos, tan ardientes de súplica, que se sintió emocionado.

— Vaya, pues vuélvase por aquí á las cinco. Quizás tenga algo nuevo que decirle.

Se fué, dejó el hotel con más angustia que la que había traído. La situación se había precisado, y su suerte permanecía indecisa, bajo la amenaza de una detención quizás inmediata.

¿Cómo vivir hasta las cinco? El recuerdo de Santiago, á quien había olvidado, despertó de repente en ella. ¡Otro que también podía perderla si la encarcelaban! Aunque apenas eran las dos y cuarto, apresuróse á subir la calle del Rocher, hacia la calle Cardinet.

El señor Camy-Lamotte, al quedar solo, se detuvo ante su despacho. Intimo de las Tullerías, donde su cargo de secretario general del Ministerio de la Justicia le obligaba á ir casi cada día; tan poderoso como el ministro, iniciado en los asuntos más íntimos, sabía hasta qué punto esa causa Grandmorin irritaba é inquietaba á los altos poderes. Los periódicos de la oposición continuaban haciendo una campaña ruidosa: los unos acusando á la policía de estar tan entretendida en la vigilancia política, que no le quedaba tiempo para detener á los asesinos; otros registrando la vida del presidente, dando á

entender que era recibido en la corte, en donde reinaba el vicio más crapuloso; y aquella campaña era un verdadero desastre, á medida que se acercaban las elecciones. Así es que habían manifestado al secretario general el deseo de acabar cuanto antes de cualquier manera. Como el ministro le había confiado aquel asunto, resultaba que era el único árbitro de la decisión que se tomara, pero bajo su responsabilidad. Y la cosa era para pensada, pues sabía muy bien que pagaría por todos, si cometía alguna torpeza.

En medio de estas reflexiones, el señor Camy-Lamotte fué á abrir la puerta de la habitación vecina, en donde esperaba el señor Denizet.

Y éste, que había estado escuchando, exclamó al entrar:

— Bien se lo decía yo á Ud., han hecho mal en sospechar de esa gente.... Esta mujer, á la vista está, sólo piensa en salvar á su marido de la destitución. No ha dicho ni una palabra sospechosa.

El secretario general no contestó en seguida. Absorto, mirando al juez, cuya cara maciza, con labios delgados, le llamaba la atención; pensaba ahora en aquella magistratura que tenía en su mano como jefe oculto del personal, y extrañábase que fuese aún tan digna en su pobreza, tan inteligente en su entumecimiento profesional. Pero este juez, por más ducho que se creía, con sus ojos velados por espesos párpados, era apasionadamente tenaz, cuando creía estar en posesión de la verdad.

—¿De modo—repuso el señor Camy-Lamotte



—que persiste Ud. en creer que el culpable es ese Cabuche?

El señor Denizet tuvo un sobresalto de extrañeza.

—¡Pues ya lo creo!..... Todo lo acusa. Le he enumerado á Ud. las pruebas; son, si así puedo expresarme, clásicas, pues no falta ni una..... He buscado con afán tratando de descubrir un cómplice, una mujer en el cupé, según Ud. me indicó. Eso parecía concordar con la declaración de un maquinista, un hombre que ha entrevisto la escena del crimen; pero hábilmente interrogado por mí, ese hombre no ha persistido en su primera declaración, y hasta ha reconocido la manta de viaje, como siendo la masa negra de que habló..... No hay duda, Cabuche es el culpable; y hay que tener en cuenta que si soltamos á Cabuche, ya no nos queda á nadie.

Hasta entonces el secretario general había esperado, para darle conocimiento de la prueba escrita que poseía; y ahora que su convicción no admitía duda, se apresuraba menos aún á establecer la verdad. ¿Para qué destruir la pista falsa que seguía el juez, si la verdadera pista iba á ocasionar serios disgustos? Todo eso había que examinarlo detenidamente.

—Pero, señor—repuso con su sonrisa de hombre experimentado.—Si no digo yo que no esté usted en lo cierto..... Sólo le he molestado para estudiar con Ud. ciertos puntos graves. Esta causa es excepcional; como que ya se ha hecho política. ¿Se da Ud. bien cuenta, verdad? Vamos, pues,

á vernos obligados quizás á obrar como hombres de gobierno..... Dígame Ud. con toda franqueza: según sus interrogatorios ¿ha sido violentada esa muchacha, la querida de Cabuche?

El juez tuvo su gesto de hombre listo, mientras desaparecían á medias sus ojos detrás de los párpados.

—La verdad, se me figura que el presidente la puso en estado bastante grave, y eso saldrá en el proceso..... Añada Ud. que si la defensa queda confiada á un abogado de la oposición, podemos exponernos á ver sapos y culebras, pues lo que es el género ese no falta allí en nuestro país.

Aquel Denizet no era tan tonto, cuando no obedecía á la rutina del oficio, reinando en lo absoluto de su perspicacia y de su omnipotencia. Había comprendido por qué le llamaban, no al Ministerio de Justicia, sino al domicilio particular del secretario general.

En una palabra, acabó por decir, viendo que este último permanecía mudo:—Tendremos una causa bastante sucia.

El Sr. Camy-Lamotte se contentó con mover la cabeza. Estaba calculando los resultados del otro proceso, el de los Roubaud. Seguramente, si encausaban al marido, contaría éste que su mujer había sido seducida también cuando era jovencita; y luego el adulterio y la rabia celosa que le había empujado al crimen; eso sin contar que ya no se trataba de una criada y de un antiguo presidiario, pues aquel empleado, casado con una mujer bonita, iba á sacar á relucir todo un

rincón de la burguesía y del mundo de los ferrocarriles. Y además, ¿sabía nadie qué terreno pisaba con un hombre como el presidente? No, decididamente el procesamiento de los Roubaud, de los verdaderos culpables, era un asunto más expuesto aún. Nada, cosa resuelta, descartaba esa pista, la abandonaba del todo. Y de seguir alguna, hubiérase inclinado por la del inocente Cabuche.

—Acabo por pensar como Ud.—dijo por fin al señor Denizet.—Hay, en efecto, grandes sospechas contra el cantero, si tenía que ejercer una venganza legítima.... ¡Pero qué triste es eso, Dios mío, y cuánto lodo tendremos que remover!.... Por más que, claro está, bien sé yo que la justicia debe permanecer indiferente á las consecuencias, y que corniéndose por encima de los intereses....

No acabó, terminó con un gesto, mientras que el juez, á quien ahora tocaba guardar silencio, esperaba con aire impasible las órdenes que ya estaba sintiendo venir. Desde el momento en que aceptaban la verdad suya, aquella creación de su inteligencia, estaba dispuesto á sacrificar, á las necesidades gubernamentales, la idea de justicia. Pero el secretario, á pesar de su acostumbrada habilidad en aquel género de transacciones, se apresuró un poco, habló demasiado pronto, como amo obedecido.

—En una palabra, quieren un no há lugar.... Arregle Ud. las cosas de manera que se sobresea el asunto.

—Usted perdone—declaró el Sr. Denizet—ya no soy yo el amo del proceso, depende éste de mi conciencia.

Inmediatamente el Sr. Camy-Lamotte sonrió, muy correcto de nuevo, con aquel aire desengañado y cortés que parecía burlarse de la gente.

—Sin duda. Y á su conciencia de Ud. es á la que me dirijo. Le dejo á Ud. tomar la decisión que ella le dicte, cierto de que pesará Ud. equitativamente el pro y el contra, á favor del triunfo de las sanas doctrinas y de la moral pública.... Mejor que yo sabe Ud. que á veces es heroico aceptar un mal para evitar otro mayor.... En fin, sólo nos dirigimos en Ud. al buen ciudadano, al hombre honrado. A nadie se le ha ocurrido pesar sobre su independencia, y hé ahí por qué repito que usted es el dueño absoluto del asunto; cosa, además, determinada por la ley.

Celoso por aquel poder ilimitado, sobre todo á tiempo en que se disponía á abusar de él, acogía el juez cada una de aquellas frases con un movimiento de cabeza que indicaba su satisfacción.

—Además—añadió el otro con un acrecentamiento de amabilidad cuya exageración se hacía irónica—sabemos á quién nos dirigimos. Ya hace tiempo que seguimos sus esfuerzos, y puedo permitirme decirle, que desde ahora mismo le llamaríamos á París si se produjese una vacante.

El señor Denizet tuvo un movimiento. ¡Cómo!

¡Si prestaba el servicio que le pedían iban á colmar toda su ambición, su sueño de un traslado con ascenso á París!... Pero ya el señor Camy-Lamotte añadía, habiendo comprendido:

—Su puesto está marcado aquí: es cuestión de tiempo.... Y pues he principiado ya á ser indiscreto, celebro poder anunciarle que está usted en lista para la cruz de la Legión de Honor, el 15 de Agosto próximo.

Durante un instante, el juez se consultó. Hubiera preferido el ascenso, pues calculaba que era un aumento de ciento sesenta y seis francos al mes, y en la miseria decente en que vivía, era un mayor bienestar. Su guardarropa renovado, su criada Melania mejor mantenida, menos insoportable. Pero, sin embargo, la condecoración ya se podía ir tomando. Además, tenía una promesa. Y él, que no se habría vendido, educado en la tradición de esa magistratura honrada y de término medio, cedía enseguida ante una simple esperanza, ante el compromiso vago de la Administración en favorecerle. El cargo judicial ya no era sino un oficio como otro cualquiera, y arrastraba el grillete del ascenso como un solicitante hambriento, siempre dispuesto á doblar la espalda bajo las órdenes del poder.

—Estoy sumamente agradecido—murmuró—tenga Ud. la bondad de decírselo al Ministro.

Se habían levantado, sintiendo que ahora, todo cuanto pudiesen añadir uno y otro les molestaría.

—Bueno—concluyó, con la mirada apagada

y con la cara muerta—voy á acabar la sumaria, teniendo en cuenta sus escrúpulos. Claro está, que si no tenemos hechos absolutamente probados contra ese Cabuche, lo mejor será no arriesgar el escándalo inútil de un proceso.... Le soltaremos y continuaremos vigilándole.

El secretario general, ya en el umbral de la puerta, acabó de mostrarse del todo amable.

—Señor Denizet, nos entregamos por completo á su gran tacto y á su reconocida honradez.

Cuando quedó solo el señor Camy-Lamotte tuvo la curiosidad, ya inútil, de comparar la página escrita por Severina con el billete sin firma encontrado en los papeles del presidente Grandmorin. El parecido era completo. Dobló el papel y lo guardó cuidadosamente, pues si bien no había querido decirle una palabra al juez de instrucción, juzgaba que un arma semejante merecía guardarse. Y al evocarse ante él el perfil de aquella mujercita tan delicada, y tan fuerte en su resistencia nerviosa, tuvo un movimiento de hombros indulgente y zumbón. ¡Ah, las mujeres! ¡cuando se empeñan!

Severina, á las tres menos veinte, llegaba á la calle Cardinet, antes de la hora de la cita dada por ella á Santiago. Habitaba él allí, en el último piso de una casa muy grande, un cuartito reducido, en donde no entraba sino por la noche para acostarse, y aun faltaba de allí dos veces por semana, las dos noches que pasaba en el Havre entre el exprés de por la noche y el de por

la mañana. Aquel día, sin embargo, calado, muerto de cansancio, había entrado á echarse sobre la cama. De manera que Severina le habría quizás esperado inútilmente, si la reyerta de un matrimonio vecino, un marido que apaleaba á su mujer, y las voces que ésta daba, no le hubiesen despertado. Se lavó y se vistió de muy mal humor, al verla abajo, sobre la acera, y se dispuso á salir después de echar una ojeada desde su buhardilla.

—¡Por fin es Ud.!—exclamó ella cuando le vió venir por la puerta cochera.—Temía haber comprendido mal..... Me había dicho Ud. en el ángulo de la calle Saussure.....

Y sin esperar la contestación, levantando la vista sobre la casa, le dijo:

—¿Ahí es donde tiene Ud. su habitación?

Había él fijado así la cíta delante de su puerta, porque el Depósito adonde tenían que ir juntos, estaba casi enfrente. Pero aquella pregunta le dejó parado; creyó que iba Severina á llevar la curiosidad hasta querer ver su cuarto. Estaba éste tan modestamente amueblado y tan en desorden que le daba vergüenza.

—¡Oh, mi habitación!..... es decir, que allí arriba estoy encaramado. Dése Ud. prisa, temo que se haya marchado el jefe.

En efecto, cuando llegaron á la casita que este último ocupaba detrás del Depósito, en el recinto de la estación, no le encontraron, é inútilmente fueron de soportal en soportal; en todas partes les dijeron que volviesen á eso de las

cuatro y media si querían estar seguros de encontrarle en los talleres de reparación.

—Está bien, volveremos—exclamó Severina.

Luego, al verse fuera en compañía de Santiago, dijo:

—¿Si está Ud. libre no le importará que me quede esperando con usted?

No podía rehusar, y además, á pesar de la sorda inquietud que ella le causaba, ejercía sobre él una seducción creciente y tan fuerte, que la indiferencia voluntaria en que se había prometido encerrarse, desaparecía bajo sus dulces miradas. Severina, con su larga cara tierna y medrosa, debía amar como un perro fiel, al que no se atreve uno á dar un palo.

—Claro está que no la dejo á Ud.—contestó él con tono brusco.—Sólo que nos queda más de una hora de espera..... ¿Quiere Ud. entrar en un café?

Severina sonreía feliz al verle tan amable, y vivamente exclamó:

—¡Oh! no, no, no quiero encerrarme..... Prefero ir cogida de su brazo por las calles adonde usted quiera.

Y ella misma cogió su brazo con mucha monada. Ahora que ya no estaba negro por el viaje, parecíale muy bien, con su traje de empleado que gana buen sueldo, su aire burgués, realzado por una especie de altivez hija del peligro desafiado cada día. Nunca había notado tanto que era buen mozo, con la cara redonda y bien cortada, de bigote muy moreno sobre la piel

blanca; y únicamente sus ojos inquietos, sus ojos sembrados de puntitos de oro, que se apartaban de ella, continuaban infundiéndola una sospecha. Si evitaba mirarla cara á cara, ¿era acaso que no quería comprometerse, conservando su libertad de acción, aun en contra de ella? Desde aquel momento, en la incertidumbre en que aún estaba, presa de un estremecimiento cada vez que recordaba aquel despacho de la calle del Rocher en que su vida se decidía, ya no tuvo más que un deseo, sentir suyo, del todo suyo al hombre que la llevaba del brazo, obtener que cuando levantase ella la cabeza fijase sus ojos en los suyos profundamente. Entonces es cuando sería suyo. Ella no le quería, ni siquiera deseaba verse en brazos de aquel hombre. Simplemente esforzabase en convertirle para no temerle ya.

Durante algunos minutos anduvieron sin hablar en la continua ola de transeuntes que llena aquel barrio populoso. A veces veíanse obligados á bajar de la acera y atravesaban la calle, en medio de los coches.

Después se encontraron delante del jardín de Batignolles, casi desierto en aquella época del año, y eso que el cielo, lavado por el diluvio de por la mañana, era de un azul muy suave, y bajo el tibio sol de Marzo, brotaban las lilas.

—¿Entramos? — preguntó Severina. — Toda esa gente me marea.

También iba ya á entrar Santiago, inconsciente de la necesidad de tenerla más cerca, junto á sí, lejos de la muchedumbre.

—Ahí ó en otra parte, me es lo mismo. Entremos.

Lentamente continuaron andando á lo largo de los céspedes, entre los árboles sin hojas. Algunas mujeres paseaban sus niños en mantillas y otras personas atravesaban el jardín para evitarse camino, apresurando el paso. Traspusieron la ría, subieron hacia las rocas, luego volvieron ociosos, pasando entre las espesuras de abetos, cuyo follaje persistente relucía al sol con un color verde obscuro. En aquel rincón solitario había un banco oculto á las miradas, y se sentaron sin hablar una palabra, como si acudieran atraídos por una misma cita.

—Hoy sí que está bueno el tiempo—dijo ella después de un breve rato de silencio.

—Sí—contestó él—ya volvió el sol.

Pero su pensamiento íntimo estaba lejos. El, que huía de las mujeres, acababa de recordar los acontecimientos que le habían acercado á aquellas. Estaba allí, le tocaba, amenazaba invadir su existencia, y no podía salir de su sorpresa. Desde el último interrogatorio en Rouen, ni una duda le quedaba: aquella mujer era cómplice en el crimen de la Croix-de-Maufras. ¿Cómo? ¿á consecuencia de qué circunstancias? ¿empujada por qué pasión ó por qué interés? Todas estas preguntas quedaban sin respuesta clara, verosímil. Sin embargo, había acabado por arreglar una historia: el marido interesado, violento, teniendo prisa por entrar en posesión del legado, quizás el temor de que cambiase el testa-

mento en perjuicio de el'os, ó también el querer posesionarse de su mujer, unirla á él por un lazo sangriento..... Y aceptaba esta última versión, cuyos rincones oscuros le atraían, sin que tratase de depurar más las cosas. También le preocupaba la idea de que su deber era decirse todo á la justicia. Es más, esa idea le preocupaba, desde que se hallaba sentado en aquel banco, junto á ella, y tan cerca, que sentía contra su cadera el dulce calor de la de Severina.

—Es extraño, en el mes de Marzo, poder estar fuera así, como en verano.

—Es que cuando sube el sol, ya se nota— dijo ella.

Y por su lado pensaba Severina que á no ser tonto, aquel muchacho tenía que haberlos adivinado culpables.

Estuvieron demasiado obsequiosos, y hasta en aquel mismo momento estrechábase ella demasiado contra él. Así es que en el silencio entrecortado por palabras vacías, seguía Severina las reflexiones que cruzaban la mente de Santiago. Sus ojos se habían entrecortado, acababa de leer en aquella mirada que el joven se preguntaba si no era ella á quien él había visto, sujetando con todo su peso las piernas de la víctima como una masa negra. ¿Qué hacer, qué decir para atarle á ella con un lazo indestructible?

—Esta mañana—añadió—hacia mucho frío en el Havre.

—Eso sin contar—dijo él—todo el agua que nos ha caído encima.

Y en aquel instante, Severina tuvo una brusca inspiración.

No racionó, no discutió: ocurríale aquello como una impulsión instintiva, desde las profundidades oscuras de su inteligencia y de su corazón; pues si hubiese discutido, nada habría dicho. Pero sentía que aquello convenía, y que hablando, le conquistaba.

Dulcemente cogióle la mano y le miró. Las espesuras de árboles verdes les ocultaban á los ojos de los paseantes de las calles vecinas; sólo oían un lejano rodar de coches, atenuado aún en aquella soledad llena de sol. Y sin transición, con toda su alma, á media voz, le dijo:

—¿Me cree Ud. culpable?

Sufrió él un ligero estremecimiento y detuvo su mirada en la suya.

—Sí—contestó con la misma voz baja y emocionada.

Entonces ella estrechó la mano del joven, que no había soltado, con una presión más íntima, y no continuó enseguida; sentía la fiebre, la necesidad de unirse ambos.

—Se engaña Ud., no soy culpable.

Y decía aquello, no para convencerle, sino para indicarle que le era preciso permanecer inocente á los ojos de los demás. Era la confesión de la mujer que dice no, deseando que sea no, siempre, á pesar de todo.

—No soy culpable. ¿No me apenará Ud. más creyéndome culpable?

Y era muy feliz, viendo que fijaba sus ojos

en los suyos profundamente. Claro estaba que lo que acababa de hacer era la entrega de su persona; pues ella se entregaba, y más tarde, si él la reclamaba, no podría excusarse. Pero el lazo estaba ya anudado entre ellos, indisoluble: ahora sí que apostaba á que el joven no hablaría; era suyo, así como ella era de él. Una confesión les había unido.

—¿No me atormentará Ud. más? ¿Me cree usted?

—Sí, la creo—contestó él sonriendo.

¿Y al cabo y al fin, por qué la habría obligado á hablar brutalmente de aquella cosa horrible? Ya se lo contaría todo más tarde, si ella quería. Aquella manera de tranquilizarse, confesándose á él, sin decir una palabra, le conmovía mucho, como una prueba de infinita ternura. ¡Estaba tan confiada, tan frágil, con sus dulces ojos azules! ¡Parecía tan mujer, entregada del todo al hombre, dispuesta siempre á tolerarle para ser feliz! Pero más que nada, lo que le encantaba, mientras permanecían juntas las manos de ambos y no apartaban sus miradas uno de otro, era no hallar en sí su ordinario malestar, aquel espantoso estremecimiento que le agitaba junto á una mujer, al ir á poseerla. No había podido rozar la piel de las demás sin sentir el deseo de morderla, presa de una abominable hambre de degüello. ¿Acaso podría amar á aquella y no matarla?

—Ya sabe Ud. que soy su amigo, y que nada tiene Ud. que temer por parte mía—murmuró á

su oído.—No quiero enterarme de sus asuntos; haré lo que Ud. quiera..... ¿Usted me entiende? Disponga por completo de mí.

Tanto se había aproximado á su rostro, que sentía en su bigote el aliento tibio de Severina. Aquella misma mañana habría aún temblado al hacer aquello, bajo el miedo salvaje de una crisis. ¿Qué había sucedido para que apenas le quedase un calofrío, en medio de la laxitud deliciosa de los convalecientes? Al pensar que ella había matado, ahora que estaba cierto de ello, se la representaba una mujer distinta, crecida, aparte entre las demás. Quizás no hubiese sólo ayudado, sino herido, matado. Quedó convencido sin prueba alguna. Y desde aquel momento parecióle sagrada; aquella idea se imponía sin reflexión, en el arrebato del deseo espantoso que ella le inspiraba.

Ahora ambos hablaban alegremente, como una pareja que acaba de encontrarse en un paseo, y en la que principia á hablar el amor.

—Debería Ud. darme la otra mano para que la caliente.

—¡Oh! no, aquí no. Nos verían.

—¿Y quién? puesto que estamos solos.... Además, no veo qué mal pueda haber en eso. No resultaría nada malo....

—Así lo supongo.

Reíase ella de veras, en medio de la alegría de verse salvada.

No quería á Santiago; bien segura parecía estar de ello; y si algo había prometido, ya ima-

ginaría un medio para no pagarlo. Parecía él muy amable, y seguramente no la atormentaría; todo iría á pedir de boca.

—Pues cosa convenida, somos camaradas sin que los demás, ni siquiera mi marido, tengan nada que ver en ello..... Y ahora suélteme usted la mano, y no me mire Ud. así, pues se va usted á secar los ojos.

Pero él conservaba aquellos delicados dedos entre los suyos. En voz muy baja balbuceó:

—Bien sabe Ud. que la amo.

Vivamente retiró ella su mano con una ligera sacudida, y puesta en pie delante del banco en que permanecía sentada, dijo:

—¡Vaya una locura! Tenga Ud. prudencia, que viene gente.

En efecto, una nodriza llegaba con un niño de pecho dormido entre sus brazos. Después una joven pasó muy deprisa. El sol bajaba, se hundía en el horizonte en vapores violados, y sus rayos desaparecían de los céspedes, desvaneciéndose en polvo de oro, en la verdosa cima de los abetos. Hubo como una parada súbita en el continuo rodar de los coches; oyéronse las cinco en un reloj vecino.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó Severina.—¡Las cinco, y yo que tengo cita en la calle del Rocher!

Su goce desaparecía, presentábase ante ella la angustia de lo desconocido que la esperaba en aquella casa, al recordar que aún no estaba salvada. Se puso muy pálida, sus labios temblaban.

—¿Pero y el jefe del depósito á quien Ud. tenía que ver?—dijo Santiago, que se había levantado del banco para ofrecerla de nuevo el brazo.

—¡Qué le vamos á hacer! le veré otra vez..... Mire Ud., hijo mío, ya no me hace Ud. falta; déjeme acudir á la cita que tengo. Y mil gracias, gracias de todo corazón.

Estrechábale ella las manos de nuevo, muy azorada.

—Hasta luego, en el tren.

—Eso es, hasta luego.

Ya se alejaba con paso rápido, desaparecía entre las espesuras del jardín, en tanto que él, lentamente, se dirigía hacia la calle Cardinet.

El señor Camy-Lamotte acababa de tener en su casa una larga conferencia con el jefe de la explotación de la Compañía del Oeste. Llamado so pretexto de otro asunto, había ido confesando el jefe poco á poco lo mucho que molestaba á la Compañía aquel proceso Grandmorin.

Por de pronto, las quejas de los periódicos sobre la escasa seguridad de los viajeros en los coches de primera. Luego todo el personal estaba mezclado en el suceso, recaían sospechas sobre varios empleados, por ejemplo, sobre ese Roubaud, el más comprometido, y que podía ser encarcelado de un momento á otro. Y por fin, los ruidos de asquerosas costumbres que corrían sobre el presidente, miembro del Consejo de Administración, parecían salpicar á todo el Consejo. Así era como el presunto crimen de un in-



significante subjefe de estación, sin duda alguna historia sucia, baja y rastrea, atravesaba los engranajes complicados, conmovía esa máquina enorme cual es la explotación de una vía férrea y destaralada, hasta la administración superior. Y no paraba ahí la sacudida, sino que contagiaba al ministerio, amenazaba al Estado, en medio del malestar político del momento: hora crítica, gran cuerpo social cuya descomposición apresura una ligera fiebre. Así es que cuando el señor Camy-Lamotte supo por boca de su interlocutor que la Compañía, aquella misma mañana, había resuelto la destitución de Roubaud, se había vivamente opuesto á semejant medida. ¡No! ¡no! nada sería más torpe; la prensa chillaría doble, si se le ocurría presentar al subjefe como víctima política.

¡Todo crujiría con más estrépito, desde abajo hasta arriba, y sabe Dios á qué descubrimientos desagradables llegarían para unos y para otros! Ya había durado demasiado el escándalo; era preciso ahogar el asunto lo más pronto posible. Y el jefe de la explotación, convencido, se había comprometido á mantener á Roubaud en su puesto, sin trasladarle siquiera á otro punto. Que viese el público que no había criminales en toda aquella historia. Nada, nada, decidido: la causa se sobreseería.

Cuando Severina, jadeante, latiéndole violentamente el corazón, se encontró de nuevo en el severo despacho de la calle del Rocher, delante del señor Camy-Lamotte, éste la contem-

pló un instante en silencio, interesado por el extraordinario esfuerzo que hacía para aparecer tranquila. Decididamente, le era simpática aquella criminal delicada, con dulces ojos azules.

—Pues bien, señora.....

Y se detuvo para gozar de su ansiedad durante algunos segundos más. Pero tenía ella una mirada tan profunda, sentíala entregada y pendiente de sus labios, con tal necesidad de saber, que fué misericordioso.

—Pues bien, señora, he visto al jefe de la explotación y he conseguido que no destituyan á su marido..... Queda arreglado el asunto.

Entonces Severina desfalleció, bajo la ola de alegría demasiado viva que la inundó. Sus ojos se habían llenado de lágrimas y no decía nada, sonriendo.

Repitió él, insistiendo sobre la frase, para darle toda su significación:

—Queda arreglado el asunto..... Puede usted volverse tranquila al Havre.

De sobra comprendía ella: quería decir el señor Camy-Lamotte que no les encarcelarían, que les perdonaban. Y no era sólo conservar el empleo, era el espantoso drama olvidado, enterrado. Con un movimiento de caricia instintiva, como un bonito animal que agradece y acaricia, inclinóse Severina sobre sus manos y las besó, conservándolas apoyadas contra sus mejillas. Y esta vez no las retiró, muy emocionado él mismo por el encanto tierno de aquella gratitud.

—Sólo que—repuso tratando de volverse severo—recuerden ustedes y observen buena conducta.

—¡Oh, caballero!

Pero quería él conservarles á su disposición á la mujer y al hombre. Hizo alusión á la carta.

—Acuérdense que las notas quedan aquí, y que á la menor falta todo puede recomenzar.... Sobre todo, recomiende á su marido que no vuelva á ocuparse de política. Sobre este capítulo seríamos severísimos, no habría misericordia para ustedes. Me han dicho que ya ha tenido un disgusto, una disputa muy desagradable con el subprefecto; en una palabra, pasa por ser republicano; eso es detestable.... Bueno, pues que sea prudente ó si no le suprimiremos sencillamente.

Estaba ella en pie, deseando ya verse fuera, dar libre expansión á la alegría que la ahogaba.

—Señor, le obedeceremos á Ud., seremos lo que Ud. quiera.... A cualquier hora, en cualquier sitio, mande Ud., soy suya.

El se puso de nuevo á sonreír, con su aire cansado, con la mueca de desdén de un hombre que durante largos años había bebido en la copa de todas las quimeras humanas.

—¡Oh! no abusaré, señora, yo no abuso.

Y él mismo abrió la puerta del despacho. En el descansillo volvióse ella dos veces, con su cara resplandeciente de alegría, dando aún las gracias.

En la calle del Rocher, Severina echó á andar

como una loca. Se apercibió de que subía otra vez sin razón; y bajó la pendiente, atravesando la calle sin necesidad, con riesgo de que la aplastara algún carruaje. Era una necesidad de movimientos, de gestos, de gritos. Ya comprendía ella por qué los perdonaban y se sorprendió diciéndose á sí misma:

—¡Ya lo creo! tienen miedo; no hay que temer que remuevan esas cosas, he sido una tonta al asustarme.... Bien claro está. ¡Ah! ¡Qué suerte! ¡Salvada, salvada, salvada de veras esta vez!.... Pero no importa, voy á asustar á mi marido para que no haga tonterías.... ¡Salvada, salvada, qué suerte!

Al desembocar por la calle de San Lázaro, vió en el reloj de un joyero que eran las seis menos veinte.

—¡Una idea! Voy á ofrecerme una comida de primera, tengo tiempo.

Enfrente de la estación escogió la fonda más lujosa; y sentada sola enfrente de una mesita con mantel blanquísimo, contra el inmenso cristal del escaparate, muy divertida por el movimiento de la calle, encargó una excelente comida: ostras, lenguado, un ala de pollo asado. Justo era que se resarciese del pobre almuerzo de por la mañana. Caíase de necesidad, devoró, parecióle exquisito el pan de flor que le sirvieron, pidió todavía una golosina, buñuelos de viento. Y cuando hubo sorbido el café se apresuró, pues sólo le faltaban algunos minutos para tomar el exprés.

Santiago, al dejarla, después que fué á su casa para ponerse de nuevo el traje de faena, había ido enseguida al depósito, en donde sólo se presentaba generalmente media hora antes de que saliera su máquina. Había acabado por dejar encargado á Peequeux de todo lo tocante á los cuidados de visita, á pesar de que el fogonero estaba ebrio, de cada tres veces dos. Pero aquel día, en la emoción tierna en que se hallaba, un escrúpulo irrazonado acababa de invadirle: quería asegurarse por sí mismo del buen funcionamiento de todas las piezas, y tanto más cuanto que por la mañana, al venir del Havre, creía haber notado un gasto mayor de fuerza para menor cantidad de trabajo.

En el vasto soportal cerrado, negro de carbón y alumbrado por altas ventanas llenas de polvo, entre las demás máquinas que descansaban, la de Santiago estaba ya en la entrada de una vía, destinada á salir la primera. Un fogonero del depósito acababa de llenar el hogar y las brasas rojas caían por debajo en el foso para atizar el fuego.

Era una de esas máquinas de exprés, con dos ejes pareados, de una elegancia fina y gigante, con sus grandes ruedas ligeras reunidas por brazos de acero, con su ancho pecho, sus riñones alargados y poderosos, toda esa lógica y toda esa certidumbre que constituyen la belleza soberana de los seres de metal, la precisión en la fuerza. Al igual de las demás máquinas de la Compañía del Oeste, además del número que

la designaba, el núm. 214, llevaba el nombre de una estación, el de Lisón. Pero Santiago, por cariño, lo había convertido en nombre de mujer, la Lisón, como él decía, con una dulzura acariciadora.

Y era verdad, amaba con verdadero amor á su máquina, desde hacía cuatro años que la guiaba. Había guiado otras, dóciles y rebeldes, animosas y perezosas; no ignoraba que cada una tenía su carácter, que muchas de ellas no valían un real, como algunas mujeres de carne y hueso; y si él quería á aquélla, era porque, en efecto, tenía selectas cualidades de excelente mujer. Era suave, obediente, suelta para arrancar y ponerse en movimiento, de marcha normal y continua, gracias á su buena vaporización. Todos decían que si arrancaba con tanta facilidad, era debido á la excelente tensión de las ruedas, y sobre todo á la perfecta disposición de los volantes. Y también, si vaporizaba mucho con poco combustible, achacaban eso á la calidad del cobre de los tubos y á la feliz disposición de la caldera.

Pero él sabía que no era sólo aquello, que había otra cosa; pues otras máquinas, idénticamente construidas, montadas con igual cuidado, ninguna de esas cualidades tenían. Había en ella el alma, el misterio de la fabricación, ese algo que la casualidad del martillado añade al metal, lo que la mano del obrero ajustador da á las piezas: la personalidad de la máquina, la vida.

Amábala, pues, como un varón agradecido, á esa Lisón, que arrancaba y se detenía pronto, como una yegua vigorosa y dócil; amábala, porque además de su sueldo fijo, ganábale cuartos, gracias á las primas de carbón.

Tan bien vaporizaba, que en efecto, hacía grandes economías de hulla. Y sólo tenía que reprocharla una cosa, una exagerada necesidad de engrasación; los cilindros, sobre todo, devoraban cantidades de grasa exageradas; un hambre continua, un verdadero vicio. En vano había tratado de moderarla. Pero en seguida jadeaba, requería eso su temperamento. Habíase resignado á tolerarle aquella pasión glotona, del mismo modo que cerramos los ojos sobre un vicio en las personas que, por otra parte, están llenas de buenas cualidades; y contentábase con decir, con su fogonero, en tono de chanza, que la Lisón necesitaba, como las mujeres hermosas, que la engrasaran con demasiada frecuencia.

Mientras zumbaba el hogar y la Lisón poco á poco entraba en presión, Santiago iba y venía alrededor de ella, inspeccionándola en cada una de sus piezas, tratando de descubrir por qué aquella mañana le había comido más grasa que de costumbre. Y nada hallaba: estaba reluciente y limpia, una de esas limpiezas alegres que anuncian el cariñoso esmero de un maquinista. Siempre le veían refregarla, sacarla brillo; á la llegada, sobre todo, del mismo modo que se cuida á un animal lleno de sudor por una larga carrera, le daba vigorosas friegas; aprovechaba

el que estuviese aún caliente, para quitarle más fácilmente las manchas y las salpicaduras. Tampoco la atropellaba; conservábale una marcha normal, evitando retrasarse, cosa que luego necesita carreras muy perjudiciales. Así es que ambos habían vivido en tan buena armonía, que ni una vez durante cuatro años se había quejado de ella en el registro del Depósito, donde apuntan los maquinistas las demandas de reparaciones; es decir, los malos maquinistas, perezosos ó borrachos, sin cesar reñidos con sus máquinas. Pero la verdad, aquel día no se le olvidaba su atracón de grasa; y además sentía algo vago y profundo que aún no había experimentado, una inquietud, una desconfianza, como si dudase de ella y quisiera asegurarse de que no iba á hacerle alguna trastada en el camino.

Pero no estaba allí Pecqueux, y Santiago se enfureció cuando por fin llegó, tartamudeando, después de almorzar en compañía de un amigo.

Generalmente, los dos hombres se las entendían muy bien en medio del compañerismo que les paseaba de una punta á otra de la línea, recibiendo las mismas sacudidas, silenciosos, unidos por el mismo trabajo y los mismos peligros. Aunque tenía diez años menos, el maquinista se mostraba paternal con su fogonero, tapaba sus vicios, dejábale dormir una hora cuando estaba demasiado ebrio; y éste le devolvía aquella condescendencia con una abnegación de perro, excelente obrero por otra parte, perito en el oficio, fuera de sus borracheras. Hay que decir que

también él quería á la Lisón, y esto bastaba para el buen acuerdo entre ellos. Los dos y la máquina formaban una pequeña comunidad de tres, sin que hubiese nunca una disputa. Así es que Pecqueux, sorprendido al ver que le recibían de aquella manera, miró á Santiago con la mayor extrañeza al oírle refunfuñar entre dientes contra la Lisón.

—¿Pero qué pasa? ¡Pues si funciona como una buena moza!

—No, no, no estoy tranquilo.

Y á pesar del buen estado de cada pieza, continuaba moviendo la cabeza. Hizo jugar las manillas, se aseguró de que funcionaba bien la válvula. Subió sobre el tablero, fué él mismo á llenar los depósitos engrasadores de los cilindros, en tanto que el fogonero limpiaba la cúpula, en donde quedaban ligeros rastros de moho. La varilla del cenicero jugaba bien, todo hubiera debido tranquilizarle.

Pero era que en su corazón no sólo había ya el cariño de la Lisón. Otra ternura se desarrollaba: aquella mujer fina, tan frágil, á quien siempre estaba viendo á su lado, sobre el banco del jardín, con su debilidad zalamera, que necesitaba ser amada y protegida. Nunca, cuando una causa involuntaria le había atrasado, al lanzar su máquina á una velocidad de ochenta kilómetros por hora, nunca había pensado en los peligros que podían correr los viajeros. Y hé ahí que la sola idea de llevar al Havre á aquella mujer, casi detestada por la mañana, traída á

París con disgusto, le inquietaba por temor á un accidente, y ya la veía herida por culpa suya, muriendo entre sus brazos. Desde aquel momento, una responsabilidad de amor pesaba sobre sus hombros. Bien haría la Lisón, de quien ya principiaba á sospechar, en conducirse como es debido si quería conservar su reputación.

Dieron las seis, Santiago y Pecqueux subieron sobre el puentecillo de hierro colado que unía el tender á la máquina; y al abrir el fogonero el purgador por mandato de su jefe, un torbellino de vapor blanco llenó el soportal ennegrecido. Luego, obedeciendo á la manilla del regulador, lentamente movida por el maquinista, la Lisón arrancó, salió del depósito, silbó para que le abriesen la vía. Casi en seguida entró en el túnel de Batignolles. Pero en el puente de Europa fué preciso esperar hasta la hora reglamentaria en que el guarda-agujas la dirigió sobre el exprés de las seis y treinta, al que dos mozos de tren la engancharon sólidamente.

Ya iba á salir el tren, sólo quedaban cinco minutos y Santiago se inclinaba, sorprendido al no ver á Severina en medio del vaivén atropellado de los viajeros. Seguro estaba de que no subiría al tren sin antes venir á verle. Por fin llegó con retraso, corriendo casi. Y en efecto, recorrió todo el tren y sólo se detuvo al pie de la máquina, muy encendida, rebosando alegría.

Sus piecitos se alzaron, levantó la cara risueña.

—No esté Ud. inquieto, estoy aquí.

También él sonrió, feliz al verla allí.

—¡Bueno, bueno! Está muy bien.

Pero alzóse ella aún y añadió en voz más baja:

—Amigo mío, estoy contenta, muy contenta.... He tenido una gran suerte.... Todo va á pedir de boca.

Y él comprendió, sintió una gran alegría. Después, al marcharse ella corriendo, volvió para decirle en broma:

—Oiga Ud., no vaya ahora á hacerme añicos.

El protestó con voz alegre.

—¡Vaya una ocurrencia! ¡no tema Ud. nada!

Pero ya las portezuelas se cerraban, á Severina sólo le quedó tiempo para subir; y Santiago, á una señal que hizo el conductor jefe, silbó, abrió el regulador. Partieron. Era la misma salida que la del trágico tren de Febrero, á la misma hora, en medio de la misma actividad de la estación, en medio de los mismos ruidos, del mismo humo. Sólo que ahora era aún de día, un crepúsculo claro, de una dulzura infinita. Asomada á la portezuela, Severina miraba.

Y sobre la Lisón, Santiago, colocado á la derecha, bien abrigado con un pantalón y un chaquetón de lana, resguardada la vista por gafas con tiras de paño alrededor de los ojos, atadas detrás de la cabeza, bajo la gorra, no apartaba su mirada de la vía, se inclinaba á cada segundo, fuera del cristal de resguardo, para ver mejor. Rudamente sacudido por la trepidación, sin siquiera notarlo, tenía puesta la mano

derecha sobre el volante del cambio de marcha, como un piloto sobre la rueda del timón; manejábalo con movimiento insensible y continuo, moderando, acelerando la velocidad; con la mano izquierda no cesaba de tirar de la varilla del silbato, pues la salida de París es difícil, llena de peligros. Silbaba en los pasos á nivel, en las estaciones, en los túneles, en las grandes curvas. Una señal roja apareció á lo lejos, al caer el día; Santiago pidió vía durante largo rato, y pasó como un trueno. Apenas, alguna que otra vez, echaba una ojeada sobre el manómetro; girando el volantito del inyector, en cuanto llegaba la presión á diez kilogramos. Pero continuamente volvía su mirada sobre la vía, hacia adelante, vigilando las menores dificultades, tan preocupado, que no veía otra cosa, ni siquiera oía soplar el viento como una tormenta.

El manómetro bajó y abrió la puerta del hogar, alzando la cadencia; Pecqueux, acostumbrado al movimiento, comprendió, rompió carbón á martillazos y lo puso sobre la pala, en una capa bien igual, sobre toda la extensión del enrejado. Un calor abrasador les quemaba las piernas; después, cuando quedó cerrada la puerrecilla, volvió á soplar la corriente de aire helado.

Caía la noche; Santiago redoblaba la prudencia. Rara vez había sentido la Lisón tan obediente bajo su mano; la poseía, la dominaba á su antojo, con la absoluta voluntad del amo; y sin embargo, no abandonaba su severidad, la trataba

como animal domado, del que siempre hay que desconfiar. Allí, detrás de su espalda, en el tren lanzado á todo vapor, veía él una cara fina que se abandonaba á él confiada, sonriente. Dábale aquello un ligero calofrío, apretaba con mano más ruda el volante del cambio de marcha, agujereaba las tinieblas cada vez más densas con su mirada fija, en busca de faroles rojos.

Después de los empalmes de Asnières y de Colombes, respiró un poco. Hasta Mantes todo iba bien, la vía era una verdadera meseta en la que el tren rodaba á sus anchas.

Pasado Mantes, fuéle preciso empujar á la Lisón para que ésta subiese un declive bastante fuerte, casi una media legua. Luego, sin disminuir su marcha, la lanzó sobre la pendiente suave del túnel de Rolleboise, dos kilómetros y medio de túnel que la máquina recorrió en tres minutos escasos. Sólo quedaba otro túnel, el del Roule, próximo á Gaillon, antes de la estación de Sotteville, una estación temida, muy peligrosa por la complicación de las vías, las continuas maniobras y el hacinamiento de coches. Todas las fuerzas de su ser estaban en su vista que vigilaba, en su mano que guiaba; y la Lisón, silbando y echando humo, atravesó Sotteville á todo vapor, deteniéndose sólo en Rouen, de donde salió á poco algo calmada, subiendo con más lentitud la pendiente que va hasta Malanay.

La luna se había levantado muy clara, con una luz blanca que permitía á Santiago distinguir las más insignificantes zarzas y hasta las piedras

del camino, en su huida rápida. A la salida del túnel de Malanay, al echar una ojeada hacia la derecha, inquieto por la sombra producida por un árbol muy alto, borrando la vía, reconoció el rincón apartado, el campo de malezas desde donde había visto el crimen.

El país, desierto y áspero, desfilaba con sus continuas cuestas, sus huecos sombreados de bosquecillos, su tristeza asolada. Luego, en la Croix-de-Maufras, bajo la luna inmóvil, tuvo la brusca visión de la casa plantada oblicuamente, en su abandono y su desamparo, con las puertas y ventanas eternamente cerradas, con una melancolía espantosa.

Y sin saber por qué, también aquella vez, y más que de costumbre, sufrió Santiago un estremecimiento, como si pasara por delante de su desgracia.

Pero inmediatamente fué herida su vista por otra visión. Junto á la casa de los Misard, contra la barrera del paso á nivel, estaba Flora de pie.

Ahora, á cada viaje, veíala en aquel sitio, esperándole, acechándole. No hizo ella un movimiento; volvió simplemente la cabeza para seguirle durante más tiempo, en el relámpago que le arrastraba. Su alta silueta se destacaba en negro sobre la luz blanca; únicamente se encendían sus cabellos de oro, al oro pálido del astro.

Y Santiago, después de empujar la Lisón para que subiese el declive de Motteville, la dejó respirar un poco á lo largo de la meseta de Balbec, lanzándola de nuevo, desde Saint-Romain hasta

Hafleur, sobre la pendiente más ruda de la línea; tres leguas que las máquinas devoran con un galope de bestias locas que huelen la cuadra. Estaba ya en el Havre rendido de cansancio, cuando la marquesina, llena del ruido y del humo de la llegada, Severina, antes de subir á su casa, corrió á decirle con ademán alegre y tierno:

—Gracias, hasta mañana.

## VI

Pasó un mes, y la tranquilidad reinó de nuevo en el cuarto que los Roubaud ocupaban en el primer piso de la estación, por encima de las salas de descanso. En su casa, en las habitaciones de sus vecinos, en aquel reducido mundo de empleados, sometidos á una existencia de reloj por la no interrumpida sucesión de las horas reglamentarias, la vida volvía á deslizarse monótona, y parecía que nada violento y anormal hubiese ocurrido.

La ruidosa y escandalosa causa Grandmorin iba olvidándose poquito á poco, y estaba á punto de sobreseerse por no poder la justicia, al parecer, descubrir al culpable.

Después de una prisión preventiva de otros quince días, el juez de instrucción, Denizet, había pronunciado el no há lugar sobre Cabuche,

sentencia motivada por no resultar contra él cargos suficientes; y ya estaba edificándose una leyenda policiaca muy romántica: la de un asesino desconocido, imposible de ser hallado; un aventurero del crimen, presente en todas partes á la vez, al que achacaban todas las muertes, y que se disipaba como humo, al llegar la policía.

Apenas algunas bromas reaparecían de tiempo en tiempo sobre aquel legendario asesino, en la prensa de oposición, calenturienta por la proximidad de las elecciones generales. La presión del poder, las violencias de los prefectos, le ofrecían diariamente otros motivos en que fundar sus artículos indignados; de tal modo, que como no se ocupaban los periódicos del asunto, había éste desaparecido de la curiosidad apasionada de la masa del público. Ya ni se hablaba de aquello.

Lo que había acabado de tranquilizar á los Roubaud era ver con qué felicidad se había allanado la otra dificultad, la que amenazaba estallar con el testamento del presidente Grandmorin.

Por consejo de la señora de Bonnehon, los Lachesnaye habían consentido por fin en no atacar aquel testamento temerosos de renovar el escándalo; é inciertos también sobre el resultado de un proceso. Y ya en posesión de su legado, eran los Roubaud, desde hacía una semana, propietarios de la Croix-de-Maufras, casa y jardín, tasados en unos ocho mil duros. Decidieron desde luego vender aquella casa de vicio y de sangre que era para ellos una pesadilla, y en la que no se habrían atrevido á dormir, por es-



Hafleur, sobre la pendiente más ruda de la línea; tres leguas que las máquinas devoran con un galope de bestias locas que huelen la cuadra. Estaba ya en el Havre rendido de cansancio, cuando la marquesina, llena del ruido y del humo de la llegada, Severina, antes de subir á su casa, corrió á decirle con ademán alegre y tierno:

—Gracias, hasta mañana.

## VI

Pasó un mes, y la tranquilidad reinó de nuevo en el cuarto que los Roubaud ocupaban en el primer piso de la estación, por encima de las salas de descanso. En su casa, en las habitaciones de sus vecinos, en aquel reducido mundo de empleados, sometidos á una existencia de reloj por la no interrumpida sucesión de las horas reglamentarias, la vida volvía á deslizarse monótona, y parecía que nada violento y anormal hubiese ocurrido.

La ruidosa y escandalosa causa Grandmorin iba olvidándose poquito á poco, y estaba á punto de sobreseerse por no poder la justicia, al parecer, descubrir al culpable.

Después de una prisión preventiva de otros quince días, el juez de instrucción, Denizet, había pronunciado el no há lugar sobre Cabuche,

sentencia motivada por no resultar contra él cargos suficientes; y ya estaba edificándose una leyenda policiaca muy romántica: la de un asesino desconocido, imposible de ser hallado; un aventurero del crimen, presente en todas partes á la vez, al que achacaban todas las muertes, y que se disipaba como humo, al llegar la policía.

Apenas algunas bromas reaparecían de tiempo en tiempo sobre aquel legendario asesino, en la prensa de oposición, calenturienta por la proximidad de las elecciones generales. La presión del poder, las violencias de los prefectos, le ofrecían diariamente otros motivos en que fundar sus artículos indignados; de tal modo, que como no se ocupaban los periódicos del asunto, había éste desaparecido de la curiosidad apasionada de la masa del público. Ya ni se hablaba de aquello.

Lo que había acabado de tranquilizar á los Roubaud era ver con qué felicidad se había allanado la otra dificultad, la que amenazaba estallar con el testamento del presidente Grandmorin.

Por consejo de la señora de Bonnehon, los Lachesnaye habían consentido por fin en no atacar aquel testamento temerosos de renovar el escándalo; é inciertos también sobre el resultado de un proceso. Y ya en posesión de su legado, eran los Roubaud, desde hacía una semana, propietarios de la Croix-de-Maufras, casa y jardín, tasados en unos ocho mil duros. Decidieron desde luego vender aquella casa de vicio y de sangre que era para ellos una pesadilla, y en la que no se habrían atrevido á dormir, por es-

panto á los espectros del pasado; y querían venderla entera con los muebles, tal como estaba, sin hacer en ella reparaciones, ni siquiera limpiar el polvo. Pero como habría perdido mucho en subasta pública, pues eran pocos los compradores que hubiesen consentido en retirarse allí, en aquella soledad, habían resuelto esperar á que alguien se presentase y se contentaron con colgar en la fachada un inmenso letrero, fácilmente legible desde los continuos trenes que pasaban. Aquel llamamiento en gruesos caracteres, aquel angustioso «Se vende» aumentaba la tristeza de aquellas maderas cerradas y el jardín cubierto de maleza. Como Roubaud se había negado á ir en absoluto, ni siquiera una hora, para tomar algunas disposiciones necesarias, Severina fué allí una tarde, y dejó la llave á los Misard, encargándoles que enseñasen la propiedad si algún comprador se presentaba. Dos horas bastaban para instalarse, pues hasta ropa había en los armarios.

Y como nada ya inquietaba á los Roubaud, dejaban deslizarse los días en una tranquilidad soñolienta. La casa acabaría por venderse, colocarían el dinero y todo se arreglaría á pedir de boca. Además la olvidaban, vivían como si nunca hubiesen tenido que salir de las tres piezas que ocupaban: el comedor, cuya puerta se abría directamente sobre el pasillo; el dormitorio, bastante espacioso, á la derecha, y la cocina, muy reducida y sin aire, á la izquierda. Y hasta delante de sus ventanas, la marquesina de la

estación, aquella pendiente de zinc que les quitaba toda vista, como una pared de cárcel, en lugar de exasperarles como antes, parecía tranquilizarles, aumentaba la sensación de infinito reposo, de paz reparadora en que se hundían.

Siquiera no había vecinos enfrente, no tenía uno delante continuamente espías que husmeasen lo que se hacía ó se dejaba de hacer, y sólo se quejaban al llegar la primavera del calor sofocante, de los reflejos del zinc que cegaban cuando daba el sol sobre la marquesina. Después de la espantosa sacudida que durante cerca de dos meses les había hecho vivir en continua zozobra, gozaban ampliamente de aquella reacción de entumecimiento que les invadía.

Únicamente deseaban no tener que moverse ya, felices al sentirse vivir simplemente, sin temblar ni sufrir. Nunca había sido Roubaud un empleado tan exacto, tan concienzudo; la semana de día, ya en el andén á las cinco de la mañana, sólo subía á almorzar á las diez, bajaba otra vez á las once y seguía hasta las cinco de la tarde, once horas cumplidas de servicio; durante la semana de noche, ocupado desde las cinco de la tarde hasta las cinco de la mañana, ni siquiera tenía el ligero descanso de comer en su casa, pues cenaba en su despacho, y sobrelevaba aquella dura servidumbre con una especie de satisfacción; parecía complacerse en ella, ocupándose hasta de los detalles, queriendo verlo todo, hacerlo todo, como si hallara un olvido en aquella fatiga, una nueva vida equilibrada, nor-

mal. Por su lado, Severina, casi siempre sola, viuda de cada dos semanas una, y sin ver á Roubaud durante la otra semana más que el tiempo preciso de almorzar y comer, parecía ser presa de una fiebre de mujer hacendosa.

Generalmente se sentaba, bordaba, odiaba ocuparse de los quehaceres domésticos, encargados á una anciana, la señora Simón, que venía á asistirles desde las nueve hasta las doce. Pero cuando se vió otra vez tranquila en su casa, con la seguridad de no ser molestada, no cesaba de limpiar y de arreglar los trastos. Sólo se sentaba después de haber dado un vistazo por todas partes. Además, ambos dormían con sueño profundo. En los escasos momentos de intimidad, en las comidas, y durante las noches que dormían juntos, nunca hablaban de la causa; y sin duda habían acabado por creer que ya era cosa terminada, enterrada.

Para Severina sobre todo tornó á ser dulcísima la existencia. Volvieron sus perezas, de nuevo abandonó su casa á la señora Simón, como una señorita educada únicamente en las finas labores de la aguja. Había principiado una obra interminable, un cobertor bordado, que amenazaba ocuparla durante toda su vida. Levantábase bastante tarde, feliz al verse sola en la cama, mecida por las llegadas y salidas de los trenes que marcaban para ella la sucesión de las horas exactamente como un reloj.

En los comienzos de su matrimonio, aquel estrépito violento de la estación, silbidos, cho-

ques de placas giratorias, ruidos espantosos cual los de una tormenta, aquellas trepidaciones bruscas, semejantes á terremotos, que la sacudían y sacudían á los muebles, la habían acostumbrado; la estación, con sus vaivenes, sus prisas y sus emociones, formaba parte de su vida; y ahora complaciase en aquel medio, hablando con la asistenta, con las manos ociosas.

Luego pasaba las tardes sentada delante de la ventana del comedor, casi siempre con su labor caída sobre las rodillas, feliz por no hacer nada. Las semanas en que su marido subía á acostarse al despuntar el día, oíale roncar hasta por la noche. No salía casi nunca, sólo veía del Havre el humo de los talleres vecinos, cuyos gruesos torbellinos negros manchaban el cielo, por encima del techo de zinc que cortaba el horizonte, á algunos metros de donde ella estaba. La ciudad se encontraba detrás de aquella eterna pared; sentíala siempre presente, y su aburrimiento por no verla habíase convertido, á la larga, en un sentimiento dulce; cinco ó seis macetas de alelifes y verbenas que cultivaba sobre el canal de aguas de la marquesina, formaban su jardincito y embalsamaban su soledad.

A veces hablaba de sí misma como de una reclusa en el fondo de un bosque. Únicamente Roubaud, en sus momentos de ocio, pasaba por encima de la ventana, y siguiendo el canal, iba hasta el fin, subía la pendiente de zinc, se

sentaba en lo alto de la cúspide, por encima del Paseo Napoleón, y una vez ya allí, fumaba su pipa, en pleno cielo, dominando la ciudad desparramada á sus pies, las dársenas plantadas de elevadísimos mástiles cual árboles de esplendoroso bosque, el mar inmenso, infinito, de un color verde pálido.

Algunas semanas de absoluta tranquilidad se deslizaron; parecía como que el mismo letargo se hubiese apoderado de los demás matrimonios de empleados, vecinos de los Roubaud.

Cuando Filomena visitaba á la señora Lebleu, apenas si se oía el ligero murmullo de sus voces. Sorprendidas ambas al ver el giro que tomaban las cosas, no hablaban ya del subjefe sino con una conmiseración desdeñosa: de fijo que para conservar su empleo había ido su mujer á hacer cosas bonitas allá en París; en fin, un hombre ya desprestigiado y que no se lavaría de ciertas sospechas. Y como la mujer del cajero estaba convencida de que después de lo ocurrido no tendrían influencia sus vecinos para apoderarse de nuevo de su cuarto, demostrábales simplemente mucho desprecio, pasaba dándose tono, muy seca, sin saludar. Sin embargo, la señora Lebleu, para ocuparse en algo, continuaba acechando el lío de la señorita Guichon con el jefe de estación, señor Dabadie, sin poder conseguir sorprenderlos juntos. En el pasillo sólo se oía el roce de sus zapatillas de fieltro. Como el entumecimiento se había ido apoderando de unos y otros, toda la vecindad pasó un mes de paz

soberana, cual esos grandes sueños que siguen á las grandes catástrofes.

Un sitio doloroso, inquietante, quedaba en casa de los Roubaud, un rincón del solado del comedor, en el que no podían fijarse sus ojos, ni por casualidad, sin que un gran malestar les turbase de nuevo. Era el reloj y los diez mil francos cogidos sobre el cuerpo de Grandmorin, á más de un portamonedas con unos trescientos francos en oro, escondido todo bajo el friso de roble de la ventana. Aquel reloj y aquel dinero, sólo los había cogido Roubaud para hacer creer que el robo había sido el móvil del crimen; no era él un ladrón, habríase muerto de hambre, según decía, antes que aprovecharse de un céntimo ó de vender el reloj.

El dinero de aquel viejo que había baboseado á su mujer y á quien él había dado su merecido, aquel dinero manchado de lodo y sangre, ¡no! ¡no! no era dinero bastante limpio para que lo tocara un hombre honrado. Y ni siquiera se acordaba de la Croix-de-Maufras, cuyo regalo aceptaba; únicamente el haber registrado á la víctima, aquellos billetes del Banco, arrancados en medio de la abominación del crimen, le repugnaba, sublevaba su conciencia, con un movimiento de desconfianza y de miedo. No obstante, no se había resuelto á quemarlos y tirar una noche al mar el reloj y el portamonedas.

Si la simple prudencia se lo aconsejaba, un sordo instinto protestaba en él contra aquella destrucción. Sentía un respeto inconsciente,

nunca se habría resignado á destruir semejante cantidad. La primera noche la había guardado bajo su almohada, no pareciéndole ningún rincón bastante seguro. Los días siguientes ingenióse en descubrir escondrijos: adoptaba uno nuevo cada mañana, nervioso al oír el menor ruido, temiendo una pesquisa judicial.

Nunca había hecho tal gasto de imaginación. Luego, no sabiendo ya qué astucias inventar, cansado de temblar, tuvo un día la pereza de coger otra vez el dinero y el reloj, escondidos desde la víspera bajo un baldosín; y ahora por nada del mundo hubiera él registrado aquel rincón: era como un lugar de degüello, un hoyo de espanto y de muerte, en donde le esperaban terribles espectros. Hasta evitaba, al andar, poner los pies sobre aquel punto del pavimento; imaginábase recibir como un choque en las piernas.

Severina, por la tarde, al sentarse delante de la ventana, reulaba su silla para no estar precisamente encima de aquel cadáver que conservaban en su solado. No hablaban del crimen entre ellos, esforzábanse en creer que se acostumbrarían á vivir siempre lo mismo y acababan por irritarse cuando sentían aquel testigo, cada vez más importuno, bajo las suelas de sus zapatos. En cambio no les daba cuidado alguno el cuchillo que Roubaud había hundido en la garganta del presidente. No hicieron más que lavarlo y lo dejaron en el fondo de un cajón, de donde lo cogía muchas veces la señora Simón y le servía para cortar el pan.

Además, en aquella paz muerta en que vivía, acababa Roubaud de introducir otra causa de trastorno, aumentada poco á poco, obligando á Santiago á que les visitase con frecuencia. El vaivén de su servicio traía al maquinista al Havre tres veces por semana; el lunes, desde las cinco y treinta y cinco de la mañana hasta las seis y veinte de la tarde; el jueves y el sábado, desde las once y cinco de la noche hasta las seis y cuarenta de la mañana. Y el primer lunes, después del viaje de Severina, el subjefe se había obstinado en convidarle á comer.

—Vamos á ver, camarada, no puede Ud. rehusar el comer una friolera con nosotros.... ¡Qué demonio! ha estado Ud. muy anable con mi mujer, y me parece justo darle las gracias.

Dos veces durante un mes había aceptado Santiago el ir á almorzar con los Roubaud. Parecía como que el marido, molestado por el silencio que ahora reinaba, sentía cierto alivio cuando podía poner algún convidado entre ellos. En seguida recordaba chascarrillos, hablaba y bromaba.

—¡Hombre, venga Ud. por aquí más á menudo! Ya ve Ud. que no nos molesta.

Una noche, al ir Santiago á meterse en la cama, se encontró al subjefe dando una vuelta por el Depósito; y á pesar de la hora ya avanzada, este último, aburrido por volverse solo á su casa, se hizo acompañar hasta la estación y luego obligó al joven á que subiera á su casa. Severina, aún levantada, leía. Tomaron una copita y ju-

garon á las cartas hasta después de las doce.

Y desde entonces los almuerzos del lunes y las veladas del jueves y sábado convertíanse en costumbre. El mismo Roubaud era quien, si se descuidaba alguna vez Santiago, le acechaba para traerle, reprochándole su descuido.

El subjefe tomaba cada día un aire más tétrico y sólo con su nuevo amigo tenía ratos de verdadera expansión. Aquel muchacho que tan cruelmente le había inquietado en un principio y que parecía deber serle odioso ahora, se le hacía necesario, quizás justamente porque sabía que no había hablado. Aquello quedaba entre ellos, como un lazo fuertísimo, una complicidad. Con frecuencia, el subjefe miraba al otro con aire entendido y le estrechaba la mano con súbito arranque de cariño, cuya violencia iba más allá de la simple expresión de compañerismo.

Pero más que nada era Santiago una distracción para el matrimonio. También Severina le acogía alegremente, arrojaba una exclamación en cuanto entraba, como mujer á quien despierta un placer. Lo dejaba todo, su bordado, su libro, no cesaba de charlar y de reír, resarciéndose del sombrío letargo en que pasaba los días.

—¡Ah! ¡qué amable ha sido Ud. en venir! He oído el exprés, me he acordado de Ud.

Cuando almorzaba allí, era una fiesta. Ya conocía Severina sus gustos; ella misma salía para comprarle huevos frescos; pero todo ello de buena fe, como una mujer hacendosa que recibe al amigo de casa, sin que aún hubiese más que el

deseo de mostrarse amable y la necesidad de distraerse.

—No se le olvide volver el lunes; tendremos un plato de crema.

Lo que sucedió fué que al cabo de un mes, cuando ya quedó allí instalado, por decirlo así, la separación se agravó entre el matrimonio. La mujer, cada día más, gustaba de dormir sola, inventaba medios para encontrarse allí lo menos posible con su marido; y este último, tan ardiente y tan brutal recién casado y aun después, ningún esfuerzo hacía para conservar á su mujer á su lado.

El la amó primero sin delicadeza, y ella se resignó con aire de sumisión como mujer complaciente, creyendo que las cosas estaban sin duda arregladas de aquella manera; pero sin experimentar ningún placer.

Mas desde el crimen, las relaciones conyugales, sin que supiese por qué, la repugnaban mucho. Quedaba enervada, espantada. Una noche, al quedar encendida la bujía, Severina gritó. Sobre ella, en aquella cara roja, convulsa, creyó ver el semblante del asesino; y desde entonces tembló cada vez más; tuvo, en aquellos momentos, la horrible sensación del crimen, como si su marido se hubiese echado sobre ella con una navaja en la mano.

Era una locura, pero su corazón latía de espanto. Además, Roubaud abusaba de ella cada vez menos, notando que lejos de serla agradable aquello, la molestaba.

Parecía como que la crisis horrorosa que habían atravesado, la sangre vertida, hubiese producido en ellos ese casancio, esa indiferencia y esa hartura que trae consigo la edad. Las noches en que no podían evitar el dormir juntos, permanecían cada uno en una orilla de la cama toda la noche. Y Santiago ayudaba ciertamente á que se consumara aquel divorcio, arrancándoles por su presencia á la obsesión en que estaban sumidos cuando quedaban solos.

Roubaud, sin embargo, vivía sin remordimientos. Sólo había temido las consecuencias, antes que quedase sobreesida la causa; y su gran inquietud era, más que nada, el perder su empleo. Ahora nada sentía. Quizás, sin embargo, si las cosas se hiciesen dos veces, no hubiese comprometido á su mujer en el asunto aquel, pues las mujeres se asustan enseguida y la suya huía de su cariño por haberla él puesto sobre los hombros un peso demasiado considerable. Habría permanecido el amo á no descender con ella hasta la intimidación aterradora y pendenciera del crimen. Pero las cosas estaban de tal suerte arregladas y preciso era conformarse; tanto más cuanto que le era preciso hacer un verdadero esfuerzo intelectual para colocarse en el estado de ánimo en que estaba cuando después de confesarle su mujer la verdad, había juzgado la muerte del presidente como necesaria para su vida. Si no hubiese matado al otro, pareciale que le sería imposible vivir. Hoy, que ya había muerto su tueria celosa, hoy, que ya no le abrasaba el pecho el

atropello del presidente, invadido por una especie de entumecimiento, como si la sangre de su corazón se hubiese espesado con toda la sangre vertida, aquella necesidad de matar no le parecía ya tan evidente.

Llegaba hasta preguntarse si valía verdaderamente la pena de matar. Además, no era que sintiese arrepentimiento, era á lo sumo una desilusión, el pensar que á veces se hacen cosas terribles para ser feliz, sin lograr por eso más tranquilidad.

El, tan charlatán, se hundía en largos silencios, en reflexiones confusas, de donde salía peor humorado. Todos los días, ahora, para evitar, después de las comidas, el quedarse frente á frente con su mujer, subía sobre la marquesina é iba á sentarse en lo alto del alero; y allí, en medio de las bocanadas de la alta mar, mecido por vagos ensueños, fumaba pipas mirando, por encima de la ciudad, perderse los buques en el horizonte, hacia los lejanos mares.

Una noche despertaron en Roubaud sus terribles celos antiguos. Al ir al Depósito á buscar á Santiago, y cuando le traía para tomar en su casa una copita, encontró, bajando la escalera, á Enrique Dauvergne, el conductor jefe. Este quedó cortado, explicó que venía á ver á Severina para un encargo de sus hermanas. La verdad era que desde hacía algún tiempo perseguía á la mujer del subjefe, con esperanza de vencerla.

Desde la puerta, Roubaud se encaró violentamente con su mujer.

—¿Para qué ha subido ese? ¡Ya sabes que me encocora!

—Pero, hijo mío, es para un dibujo de bordado....

—¡Ya le darán á él bordado! ¿Acaso me crees tan majadero que no sospeche lo que viene buscando aquí?.... ¡Y tú, cuidadito!

Adelantábase hacia ella con los puños cerrados, y ella retrocedía muy pálida, extrañada por aquel arranque de ira, en medio de la tranquila indiferencia en que vivían uno y otro. Pero por fin se calmó el marido diciendo á su compañero: ¡Hombre, es verdad, mocitos que caen en un matrimonio figurándose que la mujer va enseguida á echarse en sus brazos, y que el marido, muy honrado, hará la vista gorda! Eso me enciende á mí la sangre.... ¡Mire Ud., en un caso así, yo estrangularía á mi mujer, así como lo digo! Y que no recomience el caballero ese ó le ajusto la cuenta.... ¿Verdad que da asco?

Santiago, muy molestado por aquella escena, no sabía qué hacer ni qué decir. ¿Era acaso un aviso aquella exageración de cólera? Se tranquilizó cuando repuso el subjefe con aire alegre:

—Vamos, tonta, de sobra sé que tú misma lo pondrías á la puerta de la calle.... Anda, danos unas copitas, y echa un trago con nosotros.

Daba palmadas sobre el hombre de Santiago, y Severina, ya serenada también, sonreía á los dos hombres. Luego bebieron juntos, pasaron una hora muy agradable.

Y así fué Roubaud poco á poco echando á su mujer en brazos de su amigo, con la mayor amabilidad, sin parecer pensar en las consecuencias posibles. Aquel arranque de celos fué justamente la causa de una intimidad más estrecha, de toda una ternura secreta, cimentada por confidencias entre Santiago y Severina; pues el maquinista, al visitarla al otro día, la compadeció por haber sido tratada tan brutalmente; mientras que ella, con mirada melancólica, confesaba por la explosión involuntaria de sus quejas, cuán poca felicidad había encontrado en el matrimonio. Desde aquel momento tuvieron un motivo íntimo de conversación, una complicidad de amistad en la que acababan por entenderse con una simple seña.

A cada visita le interrogaba con la mirada para saber si no había tenido ningún nuevo motivo de tristeza, y ella contestaba lo mismo con un simple movimiento de párpados. Después, sus manos se buscaron á espaldas del marido, se envalentonaron, cruzaron sus impresiones con largos apretones, diciéndose con las yemas de sus dedos tibios el interés creciente que tomaban en los más pequeños acontecimientos de su existencia. Rara vez tenían la suerte de encontrarse un minuto fuera de la presencia del marido. Siempre estaba allí entre ellos en aquel comedor melancólico; y nada hacían para evitarlo, ni siquiera pensaban en darse una cita en algún rincón apartado de la estación. Era aquello, hasta entonces, una afección verdadera, un



impulso de viva simpatía, apenas estorbada por el subjefe, puesto que una mirada, un apretón de manos, les bastaba aun para comprenderse hasta en lo más íntimo del corazón.

La primera vez que Santiago murmuró al oído de Severina que la esperaba el próximo jueves á las doce de la noche detrás del depósito, ésta se enfadó, retiró su mano con violencia. Era aquella su semana de libertad, la del servicio de noche. Pero una gran turbación se había apoderado de ella á la idea de salir de casa, de ir á ver á aquel muchacho tan lejos á través de las tinieblas de la estación. Experimentaba una confusión que nunca había tenido, el miedo de las vírgenes ignorantes cuyo corazón late; y no cedió enseguida, tuvo que rogarla durante casi quince días antes que consintiese, á pesar del ardiente deseo que la incitaba á aquel paso nocturno. Empezaba el mes de Junio, las noches se hacían abrasadoras, refrescadas apenas por la brisa del mar. Ya cinco veces la había esperado, confiando siempre en que acudiría Severina á la cita, aunque había rehusado. Todavía aquella noche dijo que no; pero no había luna, hacía una noche de cielo cubierto, en donde ni una estrella brillaba bajo la espesa capa ardorosa que ocultaba el cielo. Y cuando se encontraba de pie en la sombra, la vió venir por fin, vestida de negro, con paso mudo. Estaba tan obscuro, que le habría rozado sin reconocerle si no la hubiese detenido en sus brazos dándole un beso. Lanzó ella un ligero grito conmovida. Luego, risueña, dejó sus

labios sobre los de Santiago. Y fué todo, no quiso sentarse bajo uno de los soportales que les rodeaban. Anduvieron, hablaron en voz muy baja, estrechados uno contra otro. Había allí un vasto espacio ocupado por el depósito y sus dependencias, todo el terreno comprendido entre la calle Verte y la calle François-Mazeline, que cortan cada una la línea de un paso á nivel: especie de inmenso terreno vago, ocupado por vías de resguardo, de depósitos de agua, de construcciones de toda especie, los dos grandes soportales para las máquinas, la casita de los Sauvagnat rodeada de un huertecillo, grande como la mano, las casuchas en donde estaban instalados los talleres de reparación, el cuerpo de guardia en donde dormían los maquinistas y los fogoneros; y nada era más fácil que ocultarse, perderse como en el fondo de un bosque, entre aquellas callejuelas desiertas, con un laberinto de caminitos.

Durante una hora saborearon allí una soledad deliciosa, aliviando sus corazones con palabras amigas, durante tanto tiempo amontonadas, pues sólo quería ella oír hablar de afección; habíale declarado enseguida que nunca se entregaría, que sería demasiado feo manchar aquella pura amistad que tanto la enorgullecía, pues necesitaba ella estimarse por algo. Después la acompañó hasta la calle Verte, sus bocas se juntaron de nuevo en un beso profundo. Y se volvió á su casa.

En aquel mismo instante, en el despacho de

los subjeses, Roubaud principiaba á dormirse, en el fondo de la vieja butaca de cuero, de la que se levantaba veinte veces durante la noche, con los miembros molidos. Hasta las nueve recibía y despachaba los trenes de la noche. El tren de pescadería le ocupaba de una manera especial con sus maniobras, el enganchar vagones y las hojas de expedición, que había que vigilar atentamente. Luego, cuando había llegado el exprés de París y quedaban desenganchados los coches, cenaba sólo en su despacho, sobre un ángulo de la mesa, un pedazo de carne fría bajado de su casa, entre dos pedazos de pan. El último tren, un mixto de Rouen, entraba en la estación á las doce y media. Y ya los andenes se hundían en un gran silencio, sólo quedaban encendidos algunos mecheros de gas, la estación entera se dormía, en medio de ese calofrío de la luz media. De todo el personal sólo quedaban en pie dos vigilantes y cuatro ó cinco mozos de tren, bajo las órdenes del subjeefe; pero también éstos roncaban á pierna suelta sobre las tablas del cuerpo de guardia, mientras que Roubaud, obligado á despertarles en cuanto ocurría la menor cosa, sólo dormía con un ojo. Por miedo á que le venciese el cansancio al despuntar el día, ponía su despertador á las cinco, hora en que tenía que estar listo para recibir el primer tren de París. Pero á veces, y sobre todo desde estos últimos tiempos, no podía dormir, lleno de insomnio, revolviéndose en su butaca. Entonces salía, giraba una visita y llegaba hasta

el puesto del guarda-agujas, en donde charlaba un rato. El inmenso cielo negro, la paz soberana de la noche, acababan por calmar su fiebre. A consecuencia de una lucha con unos mero-deadores, habíanle armado de un revólver, que llevaba ya cargado en su bolsillo. Y con frecuencia se paseaba así hasta el alba, deteniéndose en cuanto creía ver moverse la menor cosa, continuando su inspección con el vago sentimiento de no tirar; aliviado cuando la luz blanquecina de las primeras horas del día arrancaba de la sombra el gran fantasma pálido de la estación. Ahora que ya era de día á las tres, volvía á echarse en su butaca, en donde dormía con sueño de plomo hasta que su despertador le ponía en pie asustado.

Cada quince días, el jueves y el sábado, Severina iba á ver á Santiago, y una noche, al hablarle ella del revólver que llevaba su marido, quedaron preocupados. Roubaud, hasta entonces, no había ido nunca hasta el Depósito; pero no por eso les parecían menos peligrosos aquellos paseos que daban juntos, y aquel peligro era un doble atractivo. Habían encontrado un rincón delicioso: detrás de la casa de los Sauvagnat, una especie de calle, entre montones enormes de carbón de tierra, como si fuera una calle solitaria de una ciudad extraña, con grandes palacios cuadrados de mármol negro.

Estaban allí completamente ocultos; en el final había una casucha para guardar herramientas, y en un rincón de la misma, cierta cantidad

de sacos vacíos que podían ser una camita muy blanda. Pero un sábado, obligados á refugiarse allí por un chubasco que de repente caía, obstinóse ella en permanecer de pie, abandonando sólo sus labios, en besos interminables. No hacía consistir en eso su pudor, daba á beber su aliento, glotonamente, como por simple amistad. Y cuando abrasado por el deseo trataba él de poseerla, se defendía, lloraba, repitiendo cada vez las mismas razones. ¿Por qué quería causarle tanto disgusto? ¡Parecíale tan tierno amarse, sin toda esa suciedad de sexo, manchada á los diez y seis años por el vicio de aquel viejo, cuyo espectro sangriento no se apartaba de su imaginación, y violentada más tarde por los apetitos brutales de su marido! Había conservado cierta candidez de niña, una virginidad, un pudor delicioso de la pasión que se ignora. Lo que en Santiago la seducía era su dulzura, su obediencia en no pasear sus manos sobre su cuerpo en cuanto se las cogía ella entre las suyas, tan débiles. Amaba por primera vez, y no se entregaba, pues el entregarse enseguida á éste de la misma manera que había pertenecido á los otros dos, le habría estropeado la felicidad de amar. Su deseo inconsciente era prolongar para siempre aquella sensación tan exquisita, volverse jovencita; antes de la mancha, tener un verdadero y cariñoso amigo, como esos amores de los quince años; un amante al que se besa glotonamente, sin esconderse detrás de las puertas. Y también él, como Severina, parecía volver á su infancia, delectrean-

do el amor, ese amor que hasta entonces había sido para él un espanto.

Si se mostraba dócil, retirando las manos en cuanto ella se defendía, era que un sordo miedo subsistía en el fondo de su ternura, una gran turbación en que temía no distinguir el deseo de la posesión de su antigua necesidad de asesinato. Esta mujer que había matado, era como el ensueño de su carne. Su curación le parecía más cierta cada día, puesto que la había tenido horas enteras colgada á su cuello, con sus labios pegados á los de ella, bebiendo su alma, sin que se despertara su furioso deseo de ser el amo, degollándola. Mas no se atrevía á violentarla, pues era cosa dulcísima el esperar, dejando al amor que se profesaban el cuidado de unirles cuando llegase el minuto, en un desmayo de la voluntad de ambos, en brazos uno de otro. Y así iban sucediéndose las citas felices, no se cansaban de verse, aunque sólo fuera por un momento, andando juntos en las tinieblas, entre los grandes montones de carbón que emnegrecían aún más la noche, alrededor de ellos.

Una noche de Julio Santiago, para llegar al Havre á las once y cinco, hora de reglamento, tuvo que empujar la Lisón, como si el calor sofocante hubiese emperezado sus movimientos. Desde Rouen, á su izquierda, le acompañaba un nublado, siguiendo el valle del Sena con grandes relámpagos que deslumbraban; y de tiempo en tiempo se volvía muy inquieto, pues aquella noche había quedado Severina en ir á

verle. Temía él que aquel nublado, si estallaba demasiado pronto, le impidiese salir de su casa. Así es que cuando llegó á la estación, antes de que principiara á caer la lluvia, se impacientó contra los viajeros, que no salían pronto de los coches.

Roubaud estaba allí, en el andén, de servicio de noche.

—¡Demonio!—dijo riendo—mucha prisa tiene usted por ir á acostarse.... Duerma Ud. bien.

—Gracias.

Y Santiago, después de haber reulado el tren sobre las vías de resguardo, se fué al Depósito.

Las hojas de la inmensa puerta estaban abiertas y la Lisón se hundió bajo el soportal cerrado: una especie de galería de dos vías, de una longitud de sesenta metros, y que podía dar cabida á seis máquinas. Estaba aquello muy oscuro; cuatro mecheros de gas alumbraban apenas las tinieblas acrecentadas aún por grandes sombras movedizas; y únicamente, por momentos, iluminaban los relámpagos los cristales del techo y las altas ventanas á derecha é izquierda; distinguíase entonces, como en una llamarada de incendio, las paredes agrietadas, la armadura ennegrecida por el carbón, toda la miseria caduca de aquella construcción hoy día insuficiente.

Dos máquinas estaban ya allí, frías, dormidas.

Enseguida se puso Pecqueux á apagar el fuego. Removiólo violentamente, y algunas bra-

sas, saliendo del cenicero, caían debajo, en el foso.

—Tengo un hambre que no veo, voy á tomar un tente en pie—dijo.—¿Usted gusta de acompañarme?

Santiago no contestó. A pesar de su prisa no quería dejar á la Lisón antes de que quedase apagado el fuego y la caldera vacía. Era un escrúpulo, una costumbre de buen maquinista de que nunca se apartaba. Es más, cuando tenía tiempo, no se marchaba sino después de haberla visitado y limpiado con el cuidado que se atiende á un animal favorito. El agua cayó en el foso á gruesos borbotones, y sólo entonces dijo:

—Pronto, pronto, fuera.

Un trueno formidable le cortó la palabra. Esta vez, las altas ventanas se habían destacado tan distintamente sobre el cielo abrasado, que habría sido fácil contar los cristales rotos, muy numerosos.

A la izquierda, á lo largo de los tornos que servían para las reparaciones, una hoja de zinc, que estaba de pie, retumbó con la vibración persistente de una campana. Toda la antigua armadura de la techumbre crujió.

—¡Pijota!—dijo simplemente el fogonero.

El maquinista tuvo un gesto de desesperación. Ya no había cita, y tanto más cuanto que ahora azotaba el soportal un diluvio. La violencia del chubasco amenazaba echar abajo los cristales del techo. También en la parte que cubre las máquinas debían faltar cristales, pues llovían

sobre la Lisón gruesas gotas. Un viento furioso entraba por las puertas que habían quedado abiertas; hubiérase dicho que toda aquella vieja fábrica iba á ser despedazada.

Pecqueux estaba acabando de dar los últimos cuidados á la máquina.

—Ya está! mañana veremos más claro.... No hay necesidad de atusarla más.

Y volviendo á su idea:

—Es preciso comer.... Llueve demasiado para ir á echarse en un jergón.

La cantina, en efecto, estaba allí, contra el mismo Depósito, y la Compañía había tenido que alquilar una casa en la calle François-Mazeline, en donde había camas para los maquinistas y los fogoneros que pasaban la noche en el Havre. Con aquel diluvio hubieran llegado allí caídos hasta los huesos.

Santiago tuvo que decidirse á seguir á Pecqueux, quien había cogido la cestita de su jefe, como para evitarle la molestia de llevarla. Sabía él que en aquella cestita había aún dos tajadas de ternera fría, pan y una botella apenas empezada; y aquello era, ni más ni menos, lo que le daba hambre. La lluvia redoblaba, otro trueno hizo temblar de nuevo el soportal. Cuando los dos hombres se fueron, por la puertecita que daba á la cantina, la Lisón se enfriaba ya. Y acabó por dormirse, abandonada, en las tinieblas iluminadas por violentos relámpagos, bajo las gruesas gotas que mojaban sus riñones. Junto á ella, un grifo mal cerrado, chorreaba y alimen-

taba un charquillo que corría entre sus ruedas en el foso.

Pero antes de entrar en la cantina, quiso Santiago lavarse. Siempre había allí, en un cuarto, agua caliente y barreñones. Sacó un jabón de su cestita y se limpió las manos y la cara, negras por el viaje; además, como tenía la precaución, siempre recomendada á los maquinistas, de llevar consigo un traje de repuesto, pudo mudarse de pies á cabeza, cosa que siempre hacía con cierto esmero, al llegar al Havre, todas las noches en que tenía cita con Severina. Pecqueux ya esperaba en la cantina, pues sólo se había lavado la punta de la nariz y las puntas de los dedos.

Aquella cantina consistía simplemente en una pequeña sala desnuda, pintada de amarillo, donde sólo había una hornilla para calentar los alimentos, y una mesa, sujeta al suelo, cubierta de una hoja de zinc, que servía de mantel. Dos bancos completaban el mobiliario. Los empleados tenían que llevar su comida y comían sobre papel, con la punta de su cuchillo. Una ancha ventana alumbraba la pieza.

—¡Vaya una asquerosa lluvia!—gritó Santiago plantándose delante de la ventana.

Pecqueux se había sentado sobre un banco delante de la mesa.

—¿De modo que Ud. no come?

—No, amigo, no; acabe Ud. de comer ese pan y esa carne si tiene Ud. gana.... Yo no tengo hambre.

El otro, sin hacerse rogar, se echó sobre la ternera y vació la botella. Con frecuencia tenía sorpresas semejantes, pues su jefe comía poco, y todas aquellas migajas que recogía detrás de él acrecentaban su cariño, su abnegación de perro. Con la boca llena añadió, después de un silencio:

—¿Y qué nos importa la lluvia, puesto que estamos resguardados? Verdad es que si la cosa continúa, yo le dejo á Ud., me voy aquí, al lado.

Se echó á reír, pues no se ocultaba; habíale sido preciso confiarle sus amores con Filomena Sauvagnat, para que no le extrañase verle faltar del dormitorio las noches en que iba á verla. Como ocupaba ella, en el cuarto de su hermano, una pieza de la planta baja, junto á la cocina, no tenía más que dar un golpecito en la ventana; Filomena abría y entraba Pecqueux de un salto, sencillamente. Por aquella ventana, según decía la gente, habían pasado todos los empleados de la estación. Pero ahora se contentaba la mujer con el fogonero, quien la contentaba, según parecía.

—¡Dios de Dios!—continuaba jurando entre dientes Santiago, viendo que volvía el diluvio con nueva violencia, después de un ligero descanso.

Pecqueux, que tenía en la punta de su cuchillo el último bocado de carne, tuvo de nuevo una risa bonachona.

—¿Según parece, Ud. está también ocupado esta noche?.... Vamos, que no nos pueden echar

en cara, tanto á Ud. como á mí, el que gastamos demasiado los colchones de la calle Français-Mazeline.

Vivamente Santiago dejó la ventana.

—¿Pues?

—Toma, pues porque desde la primavera última casi siempre entra Ud. allí á las dos ó las tres de la mañana.

Debía estar enterado de algo, quizás había sorprendido alguna cita. En cada dormitorio las camas estaban por parejas, la del fogonero junto á la del maquinista, pues unían lo más posible la existencia de aquellos dos hombres, destinados á una armonía de trabajo tan íntima. Así es que nada extraño era que Pecqueux notara los desvarios de su jefe, hasta entonces modelo de buena conducta.

—Padezco fuertes dolores de cabeza—dijo el maquinista por decir algo, y me alivia el aire fresco de la noche.

Pero ya añadía el fogonero:

—¡Oh! bien libre es Ud. de hacer lo que guste.... Esto que digo es una broma.... Y es más, si algún día tuviera Ud. cualquier disgusto, no tenga Ud. reparo en pedirme auxilio; aquí me tiene á su disposición para cuanto se le antoje.

Y sin explicarse más claramente, se permitió cogerle la mano, estrechándosela hasta descoyuntársela casi, como una entrega completa de su persona.

Después arrugó y tiró el papel grasiento en que había estado envuelta la carne; colocó la bo-

tella vacía en la cestita, lo arregló todo como un servidor cuidadoso, acostumbrado á la escoba y la esponja.

Y como la lluvia se obstinaba, aunque ya había cesado la tormenta, añadió:

—Bueno, pues yo me las guillo y le dejo en sus ocupaciones.

—¡Oh!—dijo Santiago—puesto que esto no para, voy á ir á echarme sobre un jergón.

Al lado del depósito había una sala con colchones, protegidos con fundas de tela, en donde venían á descansar, sin desnudarse, los maquinistas y fogoneros que sólo tenían que esperar en el Havre tres ó cuatro horas.

En efecto, en cuanto vió que su fogonero desaparecía bajo el chubasco hacia la casa de los Sauvagnat, se atrevió también y corrió hasta el cuerpo de guardia. Pero no se echó, quedó en el umbral de la puerta, abierta de par en par, ahogado por el espeso calor que allí reinaba. En el fondo de la pieza un maquinista, tendido sobre la espalda, roncaba con la boca abierta.

Algunos minutos pasaron aún, y Santiago no podía resignarse á perder su esperanza.

En su exasperación contra aquella lluvia imbecil crecía una terrible gana de acudir á la cita; quería siquiera estar allí él, ya que no encontrase á Severina. Era aquello como un vehemente deseo de todo su cuerpo, y acabó por salir bajo el chaparrón; llegó al rinconcito predilecto, siguiendo la calle negra formada por los montones de carbón. Y como las gruesas gotas que

azotaban de frente le cegaban, llegó hasta la casucha de las herramientas, en donde ya una vez se había guarecido con ella. Parecíale que allí estaría menos solo.

Al entrar Santiago en la obscuridad profunda de aquella pieza, dos brazos delicados le envolvieron y unos labios apasionados se pegaron á su boca. Severina estaba allí.

—¡Usted aquí! ¿Con que se atrevió usted á venir?....

—Sí, al ver que la tormenta subía, me vine corriendo antes de que principiara á llover.... ¡Cuánto ha tardado Ud.!

Suspiraba con voz desfallecida, nunca la había tenido tan abandonada á su cuello. Se dejó caer, hallóse sentada sobre los sacos vacíos, sobre aquella camita tan blanda que ocupaba todo un ángulo. Y él, caído junto á ella, sin que sus brazos se hubiesen desenlazado, sentía las piernas de Severina á lo largo de las suyas; no podían verse, sus alientos les envolvían como un vértigo en medio del anonadamiento de cuanto les rodeaba.

Y bajo la ardiente llamarada de un beso, el tuteo había subido á su boca, cual la sangre unida de sus corazones.

—Me esperabas....

—¡Oh! te esperaba, te esperaba....

Y enseguida, desde el primer minuto, casi sin hablar, ella fué quien lo atrajo á sí, quien le obligó á que la poseyera. No había ella previsto aquello.

Acababa él de sucumbir á la alegría inesperada de poseerla, en una brusca é irresistible necesidad de hacerla suya, sin cálculo ni razonamiento. Aquello sucedía porque tenía que suceder. La lluvia redoblaba sobre el techo de la casucha; el último tren de París que entraba en la estación pasó rugiendo y silbando, conmoviendo el suelo. ¿En dónde estaba? Y al encontrar en el suelo, bajo su mano, el mango de un martillo que había sentido al sentarse, quedó inundado de felicidad. ¿Con que ya se había acabado? Había poseído á Severina y no había echado mano al martillo para romperle el cráneo. Era suya sin lucha, sin ese deseo instintivo de echársela al hombro, muerta, como una presa arrancada á los demás.

Ya no sentía su sed de vengar ofensas muy antiguas, cuyo exacto recuerdo se hubiera borrado de su memoria; aquel rencor amontonado de varón en varón, desde el primer engaño en el fondo de las cavernas. No, la posesión de ésta revestía un encanto poderoso, le había curado porque veía en ella una mujer especial, violenta en su debilidad, cubierta de la sangre de un hombre, como de una coraza de hierro. Ella le dominaba, pues él nunca se había atrevido á matar. Y con agradecimiento apasionado, con deseo de fundirse en ella, la abrazó estrechamente, y la poseyó de nuevo, cubriéndola de besos; Severina era su superior, su ideal, podía hacer de él lo que se le antojara.

También ella se abandonaba feliz. Era una

redención, el final de una lucha cuya razón de ser no veía Severina en aquel momento. ¿Por qué había rehusado durante tanto tiempo? Se había prometido y hubiera debido entregarse, puesto que no había en aquel acto sino placer y dulzura. Bien claro veía ella ahora que siempre había deseado aquel momento, hasta cuando le parecía tan agradable esperar. Sus delicadezas doblaban la felicidad de la caída. Sí, decididamente estaba hecha para entregarse, pues al caer en brazos de aquel hombre acababa de experimentar la verdadera felicidad de la mujer, la de ser acariciada, de devolver tanto placer como el que recibía. Su corazón y su cuerpo sólo pedían y necesitaban amor absoluto, continuo, y maldecía los crueles acontecimientos que la habían mezclado en aquellas abominaciones. Hasta entonces la existencia había abusado de ella, en el lodo, en la sangre, con tal violencia, que sus hermosos ojos azules, cándidos aún, conservaban cierto sello de terror bajo su casco trágico de cabellos negros. Había permanecido virgen á pesar de todo; acababa de darse por completo y por primera vez á aquel muchacho á quien adoraba, deseosa de desaparecer en él, de ser su sierva. Ella le pertenecía, podía disponer de ella á su antojo.

—¡Oh! querido mío, cógeme, llévame, sólo quiero lo que tú quieras.

—¡No, no! querida, tú eres el ama, sólo estoy aquí para amarte y obedecerte.

Pasaron las horas. Hacía tiempo que la lluvia



había cesado; un gran silencio envolvía la estación, silencio únicamente turbado por una voz lejana, confusa, que subía del mar. Estaban aún en brazos uno del otro cuando un tiro les puso en pie, despavoridos. El alba iba á despuntar, una mancha pálida blanqueaba el cielo por encima de la embocadura del Sena. ¿Qué podía ser aquel tiro? Su imprudencia, aquella locura de haberse retrasado así tanto tiempo, les representaba en un relámpago de su imaginación al marido persiguiéndoles á tiros.

—¡No salgas! Espera, voy á ver.

Santiago, con prudencia, se había adelantado hasta la puerta. Y allí, en la sombra aún espesa, oyó acercarse un tropel de hombres, reconoció la voz de Roubaud, que animaba á los vigilantes gritándoles que los merodeadores estaban en número de tres y que les había visto muy bien robando carbón.

Sobre todo desde hacía algunas semanas, no pasaba noche sin que tuviese alucinamientos de ladrones imaginarios. Esta vez, bajo el imperio de un terror súbito, había tirado al azar en las tiniéblas.

—Pronto, pronto, no nos quedemos aquí—murmuró el joven.—Van á visitar esto..... ¡Escápate!

En un arranque de deseo se habían abrazado de nuevo, ahogándose de puro apretarse, comiéndose los labios. Luego, Severina, ligera, se escurrió á lo largo del depósito, protegida por el espeso muro; mientras él con gran precau-

ción, se ocultó en medio de los montones de carbón. Y ya era tiempo en efecto, pues Roubaud quería visitar la casucha. Aseguraba que los rateros debían estar allí. Las linternas de los vigilantes bailaban rozando el suelo. Hubo una disputa, y por fin todos acabaron por volverse á la estación, irritados por aquellas carreras inútiles.

Y en el momento en que Santiago, ya tranquilizado, se decidía por fin á irse á acostar á la calle François-Mazeline, quedó sorprendido al tropezar con Pecqueux, quien acababa de vestirse, jurando entre dientes.

—¿Qué pasa, compañero?

—¡Ah, Dios de Dios! ¡Calle Ud., hombre! Esos majaderos han despertado á Sauvagnat. Me ha oído con su hermana, bajó en camisa y yo me apresuré á saltar por la ventana..... ¡Escuche usted, escuche Ud.!

Oíanse gritos, sollozos de mujer á quien están pegando, mientras una gruesa voz de hombre vomitaba injurias.

—¡Ya pareció aquello! Le está sacudiendo el polvo. Aunque ya tiene treinta y dos años, la sacude como á una chiquilla cuando la sorprende..... ¡Anda que se las arregle como pueda, es su hermano!

—Pero—dijo Santiago—tenía yo entendido que con Ud. hacía la vista gorda y que sólo se enfadaba cuando la cogía con otro.

—¡Quién demonios sabe! A veces hace como que no me ve; y luego, de repente, ya lo está

usted oyendo, atiza..... no por eso deja de querer á su hermana, pues es su hermana y preferiría cualquiera cosa antes que separarse de ella. Sólo que el hombre quiere buena conducta, moralidad..... ¡Dios de Dios! Vamos, que me parece que hoy ya no se la enfría el cuerpo.

Los gritos cesaban en medio de grandes suspiros de dolor y los dos hombres se alejaron. Diez minutos después dormían profundamente, al lado uno de otro, en el fondo del pequeño dormitorio pintado de amarillo, simplemente amueblado con cuatro camas, cuatro sillas y una mesa, en donde sólo había una palangana de zinc.

Desde entonces cada noche de cita Santiago y Severina saborearon grandes felicidades. No siempre tuvieron aquella protección de la tempestad. Cielos estrellados y lunas clarísimas les molestaron; pero los días de aquellas citas se deslizaban por las rayas de sombra, buscaban los rincones oscuros, en donde tan dulce era estrecharse uno contra otro. Y hubo así, en Agosto y en Septiembre, noches adorables, de tal dulzura que se habrían dejado sorprender por el sol, emperzados, si el despertar de la estación no les hubiese separado. Y hasta no les disgustaron los primeros fríos de Octubre. Venía más abrigada, envuelta en un gran manto, en el que él mismo desaparecía á medias, y se refugiaban en el fondo de la casucha de las herramientas, la que habían logrado llegar á cerrar por dentro con una barra de hierro.

Estaban allí como en su casa y ya podían los vientos fuertes, los huracanes de Noviembre, arrancar las pizarras de las techumbres, sin siquiera rozarles á ellos la nuca. Pero él, desde la primera noche, tenía un deseo, el de poseerla en su casa, en aquella estrecha vivienda en donde le parecía otra, más codiciable con su serenidad sonriente de burguesa honrada; y siempre había ella rehusado, menos por temor al espionaje del pasillo, que por un último escrúpulo de virtud, reservando el lecho conyugal. Mas un lunes, en pleno día, al ir á almorzar allí y como tardaba en subir el marido, retenido por el jefe de estación, se la llevó bromeando á la cama, en una locura de temeridad que les hacía reirse á los dos; y allí se olvidaron de todo. A partir de aquel momento, ya no resistió más Severina, y Santiago subió á verla después de dadas las doce de la noche, los jueves y sábados. Aquello era horriblemente peligroso; no se atrevían á moverse por miedo á los vecinos; sintieron allí un acrecentamiento de ternura, goces nuevos. Con frecuencia caprichos de correrías nocturnas, una necesidad de huir como animales escapados les echaba fuera, en medio de la negra soledad de las noches heladas. En Diciembre, una noche de terrible helada, se amaron en un rincón, al aire libre.

Desde hacía cuatro meses Santiago y Severina vivían así, en medio de una pasión creciente. Continuaba el combate de sumisión, luchando á quién de los dos se sacrificaría más. El, ni un minuto dudaba que hubiese hallado el remedio á su

horrible enfermedad hereditaria, pues desde que la poseía no se le había ocurrido ni un momento la idea de matar. ¿Era acaso que la posesión física contentaba aquella necesidad de muerte? ¿Era quizás que poseer y matar sean equivalentes en el fondo tenebroso de la bestia humana? No raciocinaba; demasiado ignorante, no trataba de entreabrir la puerta pavorosa del pensamiento. A veces, entre sus brazos, recordaba bruscamente lo que ella había hecho, aquel asesinato, confesado únicamente con la mirada, sobre el banco del jardín de Batignolles; y ni siquiera deseaba enterarse de los detalles del crimen. Severina, por el contrario, parecía cada vez más atormentada por la necesidad de contarle todo. Cuando le estrechaba en un abrazo, harto notaba él que la hinchía y azaraba su secreto, y que sólo quería fundirse en él para aliviarse de aquella cosa que la ahogaba.

Sentía ella un gran estremecimiento nervioso que partía de sus riñones y que hinchaba su pecho de enamorada, en una ola confusa de suspiros que subían á sus labios. Cuando su voz espiraba, en medio de su espasmo, ¿no se le escaparía alguna vez su secreto?

Pero pronto, con un beso, cerraba él su boca, sellaba aquella confidencia, lleno de cierta inquietud. ¿Por qué interponer eso entre ellos? ¿Podían afirmar que nada cambiaría aquello en su felicidad? Presentía un peligro, un ligero estremecimiento se apoderaba de él con sólo pensar en remover aquellas historias de

sangre. Y sin duda adivinaba Severina todo aquello; volvíase, pegada á su cuerpo, cariñosa y dócil, como una criatura de amor, únicamente nacida para amar y ser amada. Una furia de posesión les arrastraba entonces, quedando á veces desmayados en brazos uno de otro.

Roubaud, desde el verano, se había adelgazado un poco, y á medida que su mujer rebotaba más alegría, recobrando la tez y la gracia de sus veinte años, él envejecía, cada vez más tétrico. En cuatro meses, según decía ella, había cambiado mucho. Continuaba dando cordiales apretones de manos á Santiago, le invitaba, no estando contento sino cuando le tenía sentado á su mesa. Sólo que esta distracción ya no le bastaba; salía con frecuencia, sucedíale levantarse con el último bocado, dejando al amigo con su mujer, so pretexto de que se ahogaba allí y que necesitaba ir á tomar el aire. La verdad era que ahora frecuentaba un cafetín del paseo Napoleón, al que era asiduo el comisario de vigilancia señor Cauche. Bebía poco, algunas copitas de rom; pero se había aficionado de tal suerte al juego, que aquello era ya una pasión. Sólo se animaba, sólo lo olvidaba todo cuando estaba con los naipes en la mano, hundido en partidas de *piquet* interminables. El señor Cauche, un jugador desenfrenado, había decidido que interesarían las partidas; llegaron á jugar hasta un duro por partida; y desde aquel momento Roubaud, extrañado él mismo de no conocerse á fondo, quedó abrasado por la furia de la ganancia, esa fiebre intensa del dinero

ganado, que hace presa en un hombre hasta el punto de que comprometa su situación y su vida en una jugada. Su servicio no sufría aún, echaba á correr en cuanto estaba libre, sólo entraba á las dos ó las tres de la mañana, las noches en que no estaba de servicio. Su mujer no se quejaba, lo único que le reprochaba era el volver á casa peor humorado; y es que tenía una mala suerte increíble, acababa por empeñarse.

Una noche estalló la primera riña entre Severina y Roubaud.

Sin aborrecerle todavía, llegaba á soportarle con trabajo, pues estorbaba su vida: ¡habría ella estado tan alegre, habría sido tan feliz, á no apesadumbrarla él con su presencia!

Por lo demás, ningún remordimiento le causaba el engañarle: ¿no era culpa suya, no la había él empujado para que cayese? En aquella lenta desunión, para curarse de aquel malestar que les desorganizaba, cada uno de ellos se consolaba, se distraía á su manera; puesto que él jugaba, bien podía ella tener un amante.

Pero lo que sobre todo la molestaba, lo que no aceptaba sin protesta, era la estrechez á que les condenaba sus continuas pérdidas. Desde que los duros del matrimonio tomaban el camino del paseo Napoleón, no sabía á veces Severina cómo pagar á su lavandera. Carecía de toda especie de pequeñas satisfacciones, de objetos de tocador. Y aquella noche riñeron por la compra necesaria de un par de botas. Él, en el momento de marcharse, no encontrando un cuchillo de mesa para

cortar un pedazo de pan, había cogido la navaja, relegada en el fondo de un cajón del aparador. Mirábale Severina en tanto que le rehusaba los dos duros de las botas, dos duros que no tenía y que no sabía de dónde sacarlos; repetía su demanda con obstinación, obligándole á repetir su negativa, exasperado poco á poco; pero de repente le indicó ella con el dedo el sitio del pavimento en donde dormían ciertos espectros; le dijo que allí había dinero y que lo necesitaba. Se puso muy pálido y soltó la navaja, que recayó en el cajón. Hubo un momento en que creyó que la iba á pegar, pues se había acercado, tartamudeando que ya podía podrirse allí aquel dinero, que se cortaría la mano antes que cogerlo de nuevo, y apretaba los puños, amenazando aplastarla si se atrevía á levantar el friso durante su ausencia para coger aunque no fuera más que un céntimo. ¡Nunca, nunca! Aquello estaba muerto y enterrado. Severina también había palidecido, medio desmayada, con sólo pensar en tocar á aquello. Aunque viniese la miseria, ambos se morirían de hambre junto á aquel dinero. Y en efecto, no volvió á tratarse del asunto, aun en los días de mayor escasez. Cuando ponían el pie en aquel sitio, la sensación de quemazón aumentaba y tan intolerable, que daban un rodeo.

Después ocurrieron otras disputas sobre la Croix-de-Maufras. ¿Por qué no vendían la casa? Y ambos se acusaban mutuamente de no hacer nada de lo que hubiera sido preciso para activar aquella venta. El, violentamente, continuaba

rehusando ocuparse de eso; y ella, las pocas veces que escribía á los Misard, sólo recibía contestaciones vagas; ningún comprador se presentaba, las frutas se habían estropeado, las legumbres no crecían por falta de riego. Poco á poco, la gran tranquilidad en que se había hundido el matrimonio después de la crisis, se turbaba así, parecía ser arrastrado por un nuevo y terrible acceso de fiebre. Todos los gérmenes de malestar, el dinero ocultado, el amante introducido en la casa, se habían desarrollado, les separaban ahora, les irritaban uno contra otro. Y en medio de aquella agitación creciente, la vida se iba á convertir en un infierno.

Por otra parte, y como consecuencia fatal, todo se echaba á perder alrededor de los Roubaud.

Una nueva borrasca de chismes y discusiones soplaba en el pasillo. Filomena acababa de romper violentamente con la señora Lebleu, por una calumnia de esta última, quien la acusaba de haber vendido una gallina muerta de enfermedad. Pero la verdadera razón del rompimiento estaba en una reconciliación entre Filomena y Severina. Una noche reconoció Pecqueux á ésta del brazo de Santiago; y la mujer del subjefe, olvidando sus antiguos escrúpulos, estuvo muy amable con la querida del fogonero; y Filomena, muy halagada por aquella amistad con una señora, que era incontestablemente la distinción y la belleza de la estación, acababa de aplastar con su desprecio á la mujer del cajero, aquella bruja vieja, capaz, según decía, de ha-

cer que se pegaran de bofetadas las montañas.

La acusaba de todas las desgracias, gritaba ahora por todas partes que el cuarto que daba á la calle pertenecía á los Roubaud, y que era una abominación el no devolvérselo.

Las cosas principiaban, pues, á ponerse muy malas para la señora Lebleu, tanto más, cuanto que su encono en acechar á la señorita Guichón, para sorprenderla con el jefe de estación, amenazaba también proporcionarle serios disgustos; no conseguía sorprenderles, pero cometía ella la falta de dejarse sorprender, pegado el oído á las puertas; de tal suerte, que el señor Dabadie, exasperado por aquel espionaje, había dicho al subjefe Moubis que si Roubaud pedía otra vez el cuarto, estaba dispuesto á apoyar su demanda.

Y como Moubis, poco charlatán de costumbre, había repetido aquello, estuvieron á punto de pegarse de puerta en puerta, de una punta á otra del pasillo; de tal suerte se habían enardecido de nuevo las pasiones.

En medio de aquellas sacudidas cada vez más violentas, Severina sólo tenía un día feliz, el viernes. Desde Octubre había tenido la tranquila audacia de inventar un pretexto, el primero que se le ocurrió, un dolor en la rodilla, que necesitaba los auxilios de un especialista; y cada viernes salía por el exprés de las seis y cuarenta de la mañana, tren conducido por Santiago, pasaba el día en París con él, y volvía por el exprés de las seis y treinta. Los primeros días creyóse obligada á darle á su marido noticias de la rodilla;

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
MEMBRAS DE...  
1917

seguía mejor; se había empeorado; después, viendo que ni siquiera la escuchaba, cesó por completo de decirle una palabra. Y á veces le miraba, preguntándose si sabía cómo aquel celoso feroz, aquel hombre que había matado, cegado por la sangre, en una rabia imbecil, llegaba hasta el punto de tolerarle un amante. No podía ella creerlo, parecía simplemente que su marido se embrutecía.

En los primeros días de Diciembre, una noche glacial, Severina esperó á su marido hasta muy tarde. Al otro día viernes, antes que despuntase el alba, tenía que tomar el exprés; y la víspera de aquel día, por la noche, esmerábase generalmente en su tocado, preparando su ropa para poder vestirse en seguida al salir de la cama.

Al fin se acostó y acabó por dormirse á eso de la una. Roubaud no estaba de vuelta todavía. Ya dos veces se había recogido al amanecer, entregado por completo á su pasión, cada día más intensa, sin poder arrancarse del café, en el que una salita del fondo se convertía poco á poco en un verdadero garito: jugábanse gruesas sumas al *ecarté*. Contentísima por dormir sola, mecida por la felicidad que la esperaba al otro día, dormía Severina profundamente en el dulce calor del lecho.

Iban á dar las tres cuando un ruido extraño la despertó. Primero no pudo comprender, creyó soñar y se volvió á dormir. Eran choques sordos, crujidos de la madera, como si se tratase de forzar una puerta. Un ruido de astilla que salta, una

desgarradura más violenta la hizo sentarse sobre la cama y quedó aterrorizada: alguien seguramente descerrajaba la puerta del pasillo. Durante un minuto no se atrevió á moverse, escuchando, zumbándole los oídos. Luego tuvo suficiente valor para levantarse, para ver; anduvo sin hacer ruido, descalza; entreabrió despacito la puerta de su cuarto, y el espectáculo que presenció en el comedor la dejó como clavada de sorpresa y de espanto.

Roubaud en el suelo, boca abajo, apoyado sobre los codos, acababa de arrancar el friso con un cincel. Una bujía junto á él le alumbraba, proyectando su sombra enorme hasta el techo. Y en aquel minuto, inclinada la cara sobre el hoyo que hacía en el pavimento una hendidura negra, miraba con la mirada ensanchada.

La sangre daba un color violado á sus mejillas; tenía su cara de asesino. Brutalmente hundió la mano; no encontró nada, azarado como estaba, y tuvo que acercar la bujía. En el fondo aparecieron el portamonedas, los billetes, el reloj.

Severina lanzó un grito involuntario, y Roubaud, aterrorizado, se volvió. Durante un momento no la reconoció; creyó sin duda que era algún espectro, viéndola tan blanca, con sus miradas de espanto.

—¿Qué es lo que estás haciendo?—preguntó su mujer.

Entonces, comprendiendo, evitando contestar, sólo soltó un sordo gruñido. La miraba, molestando por su presencia, queriendo enviarla á la cama. Pero no se le ocurría una palabra

razonable, únicamente le venían ganas de abofetearla, viéndola así tiritando, desnuda.

—¡Muy bien!—continuó—te opones á que compre unas botas y coges el dinero para tí, porque has perdido.

Aquello le puso furioso. ¿Iba á estropearle ahora la vida, á estorbar sus placeres, aquella mujer, á la que ya no deseaba y cuya posesión no era más que una sacudida desagradable?

Puesto que se divertía con otras cosas, ninguna necesidad tenía de ella. Registró de nuevo, cogiendo sólo el portamonedas que contenía los trescientos francos en oro. Y así que hubo puesto el friso en su sitio de un taconazo, vino á escupirle esto en la cara con ademán frenético:

—¡Me estás haciendo la santísima, hago lo que me da la ganal ¿Acaso te pregunto yo lo que dentro de un rato harás tú en París?

Después, con un furioso movimiento de hombros, se volvió al café, dejando la bujía en el suelo.

Severina la recogió y fué á acostarse helada, conservando la bujía encendida, sin lograr dormirse de nuevo, esperando la hora del exprés, enardecida poco á poco, con la mirada ensanchada. Ahora era cosa cierta, habia habido una desorganización progresiva, como una infiltración del crimen, que descomponía á aquel hombre y que habia podrido todo lazo entre ellos. Roubaud lo sabia todo.

FIN DEL TOMO PRIMERO

## Obras de fondo y surtido

	Pesetas
Alas (L.)— <i>Clarín</i> .—Cuentos Morales; en 8.º....	4
Alcalá Galiano (D. A.)—Memorias publicadas por su hijo; 2 tomos en 4.º.....	10
Balzac (H. de). La Vendetta; en 8.º, con ilustraciones de Kloug.....	2
Barcia (D. R.)—Sinónimos castellanos. Edición póstuma corregida y considerablemente aumentada por su autor; en 4.º.....	8
Call. —Higiene del alma y de sus relaciones con el organismo; 3.ª edición, en 4.º.....	4
Calles de Madrid (Las). — Revista cómico-lírico-fantástica, extraordinariamente aplaudida, silbada y prohibida en el teatro Circo de Price; folleto en 4.º.....	1
Candial Martínez (F.)—El consultor. Manual teórico-práctico del fabricante de jabones; 3.ª edición, en 4.º.....	6
Canonge (F.)—Historia militar contemporánea (1854 1871), traducida por J. Prast y Jimeno; 2 tomos en 8.º.....	6
Castelar (E.)—Galería histórica de mujeres célebres; 8 tomos en 4.º.....	40
Daudet (A.)—Port-Tarascón. Últimas aventuras del ilustre Tartarín; en 8.º.....	3,50
Delcourt (P.)—El crimen de Pantín; en 8.º.....	2
Delpit (A.)—El divorcio de Edmundo; en 8.º.....	3,50
—Desaparecido. Versión española; en 8.º.....	3
—Como en la vida. Versión castellana; en 8.º.....	3
—Las dos á un tiempo. Versión castellana; en 8.º.....	3
—¡Toda corazón! Versión castellana; en 8.º.....	2,50
Díaz Pérez (N.)—Diccionario histórico, biográfico, crítico y bibliográfico de autores, artistas y extremeños ilustres; 2 tomos folio con retratos....	20

razonable, únicamente le venían ganas de abofetearla, viéndola así tiritando, desnuda.

—¡Muy bien!—continuó—te opones á que compre unas botas y coges el dinero para tí, porque has perdido.

Aquello le puso furioso. ¿Iba á estropearle ahora la vida, á estorbar sus placeres, aquella mujer, á la que ya no deseaba y cuya posesión no era más que una sacudida desagradable?

Puesto que se divertía con otras cosas, ninguna necesidad tenía de ella. Registró de nuevo, cogiendo sólo el portamonedas que contenía los trescientos francos en oro. Y así que hubo puesto el friso en su sitio de un taconazo, vino á escupirle esto en la cara con ademán frenético:

—¡Me estás haciendo la santísima, hago lo que me da la ganal ¿Acaso te pregunto yo lo que dentro de un rato harás tú en París?

Después, con un furioso movimiento de hombros, se volvió al café, dejando la bujía en el suelo.

Severina la recogió y fué á acostarse helada, conservando la bujía encendida, sin lograr dormirse de nuevo, esperando la hora del exprés, enardecida poco á poco, con la mirada ensanchada. Ahora era cosa cierta, habia habido una desorganización progresiva, como una infiltración del crimen, que descomponía á aquel hombre y que habia podrido todo lazo entre ellos. Roubaud lo sabia todo.

FIN DEL TOMO PRIMERO

## Obras de fondo y surtido

	Pesetas
Alas (L.)— <i>Clarín</i> .—Cuentos Morales; en 8.º....	4
Alcalá Galiano (D. A.)—Memorias publicadas por su hijo; 2 tomos en 4.º.....	10
Balzac (H. de). <i>La Vendetta</i> ; en 8.º, con ilustraciones de Kloug.....	2
Barcia (D. R.)—Sinónimos castellanos. Edición póstuma corregida y considerablemente aumentada por su autor; en 4.º.....	8
Call. —Higiene del alma y de sus relaciones con el organismo; 3.ª edición, en 4.º.....	4
Calles de Madrid (Las). — Revista cómico-lírico-fantástica, extraordinariamente aplaudida, silbada y prohibida en el teatro Circo de Price; folleto en 4.º.....	1
Candial Martínez (F.)—El consultor. Manual teórico-práctico del fabricante de jabones; 3.ª edición, en 4.º.....	6
Canonge (F.)—Historia militar contemporánea (1854 1871), traducida por J. Prast y Jimeno; 2 tomos en 8.º.....	6
Castelar (E.)—Galería histórica de mujeres célebres; 8 tomos en 4.º.....	40
Daudet (A.)—Port-Tarascón. Últimas aventuras del ilustre Tartarín; en 8.º.....	3,50
Delcourt (P.)—El crimen de Pantín; en 8.º.....	2
Delpit (A.)—El divorcio de Edmundo; en 8.º.....	3,50
—Desaparecido. Versión española; en 8.º.....	3
—Como en la vida. Versión castellana; en 8.º.....	3
—Las dos á un tiempo. Versión castellana; en 8.º.....	3
—¡Toda corazón! Versión castellana; en 8.º.....	2,50
Díaz Pérez (N.)—Diccionario histórico, biográfico, crítico y bibliográfico de autores, artistas y extremeños ilustres; 2 tomos folio con retratos....	20



Espejo y del Rosal (R).—El indispensable á los veterinarios. Libro utilísimo y de frecuente consulta para los profesores; en 8. <sup>o</sup> ...	4
Fernández Laguilhoat (E.).—Aritmética mercantil, elemental y superior. Obra de estudio para el primer año de la carrera de comercio, arreglada al programa del Banco de España, 6. <sup>a</sup> edición, en 4. <sup>o</sup> .....	9
Ferrer y Minguet (V.).—Ensayo teórico-práctico sobre los deberes y atribuciones de los promotores fiscales; 2 tomos en 4. <sup>o</sup> .....	8
Feval (P.).—El jorobado. Versión castellana; 2 tomos en 8. <sup>o</sup> .....	5
Flaubert. —La educación sentimental. Historia de un joven. Versión española de D. H. Giner de los Ríos; 2 tomos en 8. <sup>o</sup> .....	5
Gaboriau (E.).—Los amores de una envenenadora; en 8. <sup>o</sup> .....	2,50
—(Los esclavos de París.)—Los secretos de la casa Champdoce; 2. <sup>a</sup> edición, en 8. <sup>o</sup> .....	3
—La degradingolade; 2 tomos en 8. <sup>o</sup> .....	5
—El incendio de Valpisón; 3. <sup>a</sup> edición, en 8. <sup>o</sup> .....	2,50
—El proceso Lerouge; 2. <sup>a</sup> edición, en 8. <sup>o</sup> .....	2,50
—Por honor del nombre; 2 tomos en 8. <sup>o</sup> .....	7
—(La cuerda al cuello.) El veredicto; 3. <sup>a</sup> edición, en 8. <sup>o</sup> .....	2,50
—Matrimonios de aventura; 3. <sup>a</sup> edición, en 8. <sup>o</sup> .....	2,50
—(Los esclavos de París.) Los delatores; 2. <sup>a</sup> edición en 8. <sup>o</sup> .....	3
—Los testaferrros; en 8. <sup>o</sup> .....	2,50
—El capitán Contanceau; en 8. <sup>o</sup> .....	3
—El dinero de los otros. Continuación de los Testaferrros; en 8. <sup>o</sup> .....	2,50
Henoeh (E.).—Lecciones sobre enfermedades de los niños. Traducción de D. R. del Valle; en 4. <sup>o</sup> .....	15
Hidalgo.—Diccionario general de bibliografía española; 7 tomos en 4. <sup>o</sup> .....	70
Iñiguez (E.).—Ofensas y desafíos. Recopilación de las leyes que rigen en el duelo y causas originales de éste; en 4. <sup>o</sup> .....	5
Lagrange (F.).—Fisiología de los ejercicios corporales. Traducción de D. R. Rubio; en 4. <sup>o</sup> .....	5

Malot (H.).—Justicia; en 8. <sup>o</sup> .....	3
—Madre; 2 tomos en 8. <sup>o</sup> .....	4
—Mundana; en 8. <sup>o</sup> .....	2
March y Reus (J. A.).—Clave telegráfica internacional; 2. <sup>a</sup> edición en 4. <sup>o</sup> .....	20
Maupassant (G. de).—Nita; en 8. <sup>o</sup> .....	3,50
—En el mar; en 8. <sup>o</sup> , con dibujos de Rivee y grabados de Guillaume freres.....	3,50
Méndez (Fray F.).—Tipografía española ó historia de la introducción, propagación y progresos del arte de la imprenta en España, á la que antecede una noticia general sobre la imprenta de la Europa y de la China; 2. <sup>a</sup> edición en 4. <sup>o</sup> , con grabados.....	8
Merouvel (C.).—El honor ó la vida; 2 tomos en 8. <sup>o</sup> .....	5
Molinari (G. de).—Conversación sobre el comercio de granos y la protección á la agricultura; en 8. <sup>o</sup> .....	1
Navarrete (J.).—Sonrisas y lágrimas. Artículos escogidos; en 8. <sup>o</sup> .....	3
Navarro Soler (D.).—Teoría y práctica de la vinificación; en 4. <sup>o</sup> , con 139 grabados.....	10
—Arboles frutales. Cultivo en macetas para enanos y miniaturas ó el huerto en los balcones; en 8. <sup>o</sup> , con 59 grabados.....	2,50
Ohnet (J.).—Deuda de odio; en 8. <sup>o</sup> .....	3,50
—El alma de Pedro; en 8. <sup>o</sup> .....	4
Pallardo-Guillant (A.).—Vade-mecum del empleado y del aspirante á ingreso en el cuerpo de Correos; en 4. <sup>o</sup> .....	6
Pardo Bazán (E.).—La prueba. (Segunda parte de <i>Una cristiana</i> ); en 8. <sup>o</sup> .....	3
—Una cristiana; en 8. <sup>o</sup> .....	3
—Nuevo teatro crítico. (Año 1891). Números sueltos. (Precio de publicación, 1,50. Tomos en 8. <sup>o</sup> Colección completa de dicho año; 12 tomos en 8. <sup>o</sup> .....)	10
—Al pie de la torre Eiffel; en 8. <sup>o</sup> .....	1,50
Rebollo Parras (F.).—Mar de fondo. Borrador de una novela; en 8. <sup>o</sup> .....	1,50
Regnault (M. V.).—Curso elemental de química. Traducido, aumentado y anotado con la anuencia y cooperación del autor, por	



P22

A1

189

v.